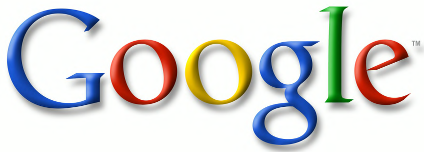
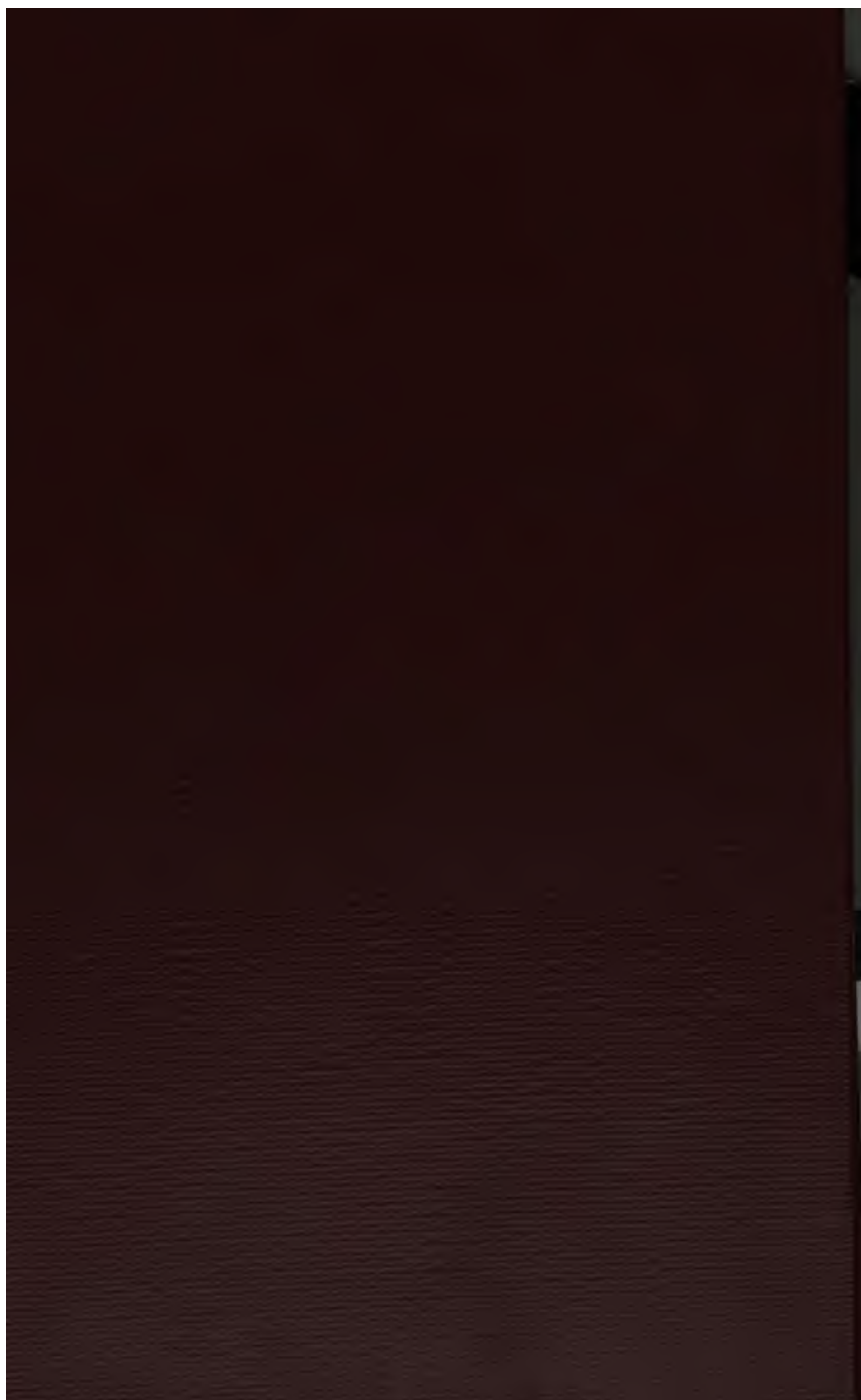





VE RI
TAS

telectual ha embrutecido sistemáticamente la razon, ha envilecido la ciencia, ha hecho decaer las artes, ha degradado los ánimos y ha esclavizado el pensamiento; y que en el órden político destruye la libertad política y entroniza el despotismo, porque suprime la nocion del deber y degrada la autoridad; lo que corrobora el autor, examinando no solo su naturaleza, sino tambien la historia de este siglo y los presentes acontecimientos.

En el 2.º opúsculo examina el autor el orígen y tendencias del *liberalismo católico*, haciendo ver que es mucho más peligroso que el *liberalismo puro*, por cuanto, sin renunciar del todo los funestos errores que constituyen la esencia de este, antes bien acariciándolos y demostrando por ellos verdadera simpatía, intenta conciliarlos en la práctica con la doctrina católica.

El P. Ramière con una claridad y precision notables hace ver que en el fondo no es otra cosa el *liberalismo católico* que un sistema erróneo adornado hipócrita y pérfidamente con el ropaje de católico, y que toda la habilidad de los católico-liberales consiste en engañar á los incautos presentando, no principios fijos contrarios al dogma, sino afirmaciones equívocas que, encubriendo el error con la apariencia de una verdad seductora, presentan el sistema como inofensivo y hasta como el más á propósito y el único capaz en nuestros dias de salvar los intereses de la Iglesia. Pero, perfecto conocedor del engaño, el ilustre escritor ha puesto de relieve el principio erróneo que se oculta bajo aquellos pérfidos y atractivos *equívocos* y el sofisma que envuelve cada una de sus aparentes razones; y examinando luego el valor práctico de dicho sistema, demuestra que es quimérico en su fin, anticatólico en su proceder y desastroso en sus efectos, por cuanto el resultado de su fascinacion sobre las inteligencias más rectas y los corazones más generosos ha sido hacerles víctimas de un verdadero engaño, imponer al valor de los más fervientes católicos una cobarde capitulacion, dar á su fidelidad el carácter de rebeldía, y hacer sus servicios tan funestos como si fuesen una verdadera traicion. *En estas cuatro palabras*, dice el P. Ramière, *resumimos el balance de la Bancarrota del liberalismo-católico: engaño, cobardía, revuelta y traicion.*

La simple exposicion del hermoso plan que se ha propuesto el Autor en estos dos opúsculos basta, Excmo. é Ilmo. Sr., para que se vea su importancia y utilidad, y no habiendo por otra parte observado en su exposicion y desarrollo idea alguna que sea contraria al dogma, moral y disciplina de la Iglesia, soy de parecer que puede V. E. I. autorizar la impresion y publicacion de los mismos.

V. E. I., no obstante, resolverá en su ilustrado y superior criterio lo que sea más conveniente.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Barcelona 14 de setiembre de 1876, dia de la Exaltacion de la santa Cruz.

Salvador Casañas, *Pbro.*

ADVERTENCIA.

Estos dos opúsculos han sido reproducidos y recomendados por la docta revista católica *La Scienza e la Fede*, que es la más antigua de Italia, y cuyo objeto es propagar las doctrinas de santo Tomás de Aquino. Igualmente han merecido los elogios de la otra revista católica é italiana, cuya autoridad es universalmente reconocida, *La Civiltà cattolica*. Dichos opúsculos se publicaron en forma de artículos los años 1874 y 75 por el Rdo. P. E. Ramière en la revista que dirigen los Padres de la Compañía de Jesús titulada: *Estudios de Lyon*, y vienen á ser como el complemento y epílogo de su obra, que se tradujo en español con el título de *La Soberanía social de Jesucristo*, y que el autor habia escrito en 1870 con el título de *Las doctrinas romanas sobre el liberalismo en sus relaciones con el dogma cristiano y las necesidades de las naciones modernas*. Así es que cuantos han leido esta última obra han de recorrer las páginas de estos dos opúsculos para comprender todo el pensamiento del P. Ramière, y hasta el camino que ha seguido para ir combatiendo el error madre de los errores del siglo actual.

LA BANCARROTA DEL LIBERALISMO.

Dando una mirada á todo el mundo civilizado, vemos brotar de los acontecimientos que van realizándose dos verdades en apariencia contradictorias y en realidad unidas entre sí por necesario enlace, y son: el liberalismo obtiene por todas partes un triunfo completo, espantoso, y esto no obstante por do quiera se ve obligado á destruirse á sí propio.

Que este infausto sistema triunfa por todas partes, no es por cierto necesario demostrarlo; basta abrir los ojos para convencerse de ello. El liberalismo ha afirmado á un tiempo su dominio sobre las almas, las leyes y las costumbres. La imprenta, esta reina de la sociedad actual, donde quiera está á su servicio. Bajo su bandera acoge á los partidarios de todo régimen político, á secuaces de todas las creencias, á hombres de todas las razas. Los Estados cuyas instituciones parecen excluirlo, como la Rusia sufren tambien la influencia de sus doctrinas. En Alemania «el hombre de hierro y sangre,» desde el instante que se ha puesto al frente del partido nacional liberal, ha conquistado el poder absoluto, del que hace tan tiránico empleo. Asimismo, en nombre del liberalismo, las antiguas fran-

quicias de las Dietas del Austria y los derechos soberanos de los cantones suizos han sido sacrificados á la *centralizacion*. Por el mecanismo de la monarquía parlamentaria, gobierna aun el liberalismo en Inglaterra, Italia, Holanda, Bélgica y Portugal: los partidos más opuestos en la república radical de España y en la provisoriamente conservadora de Francia, se convienen en reconocer su supremacía; y hasta en el Japon nadie hay que no tenga por un honor someterse á sus leyes.

Y sin embargo en el momento en que sus conspiraciones eran coronadas con el más pleno triunfo, en el momento en que el liberalismo se habia asegurado el concurso de todos los poderes que tienen la mision de combatirlo, un defensor de la verdad, el diputado Reichensperger, tenia el valor de proclamar en el Parlamento de Berlin *la bancarrota del liberalismo*.

Sí, esta palabra ha sido pronunciada, y nosotros la demostrarémos verdadera con todo el rigor de la lógica. A veces se ha acusado á los adversarios del liberalismo de sustituir declamaciones á razonamientos y de no definir nunca la doctrina que combaten. Pues nosotros no queremos exponernos á semejante reproche: para ello definirémos el liberalismo; distinguirémos cuidadosamente sus diferentes especies y gradaciones; examinarémos la gran mentira que constituye su esencia y los errores capitales que entraña; en lo cual encontrarémos el principio de la doble derrota, teórica y práctica, por medio de la cual le condena la Providencia á desengañar á los pueblos, de quienes tanto ha llegado á abusar.

Tal será la venganza reservada por Dios á favor de la eterna verdad, momentánea y aparentemente vencida

por el error. Cuando éste ha llegado al apogeo de su poder y se lisonjea de haber conquistado un imperio irresistible sobre los ánimos y naciones todas, Dios le hace expiar su victoria con un doble castigo: con los desastres que acarrea á los pueblos sometidos á su yugo, y con las contradicciones en las que necesariamente cae en su desenvolvimiento por razon de los errores que lleva ocultos bajo hipócritas fórmulas.

El liberalismo ha llegado á esta hora fatal en que, renegando de todas sus máximas y desmintiendo todas sus promesas, destruye sus propios principios con el último desarrollo de sus consecuencias. Para asegurarse de esta doble derrota, bastará aplicar el oido á su lenguaje y observar sus obras; estudiarlo primero en los principios, y despues en los efectos.

Mas ante todo es necesario definir con precision qué es lo que se entiende por liberalismo, ya que no le dan igual significado los que hacen profesion del mismo. Y habremos dado un gran paso en la discusion presente, si lográremos definir con alguna precision la doctrina con tal nombre designada (1).

(1) Para este estudio nos servirémos en gran parte de la excelente obra de Mr. Blanc de Saint-Bonnet: *La Legitimidad*, publicada poco há, (un vol. en 8.°, Castermann, Tournai).—Un juez competente, el señor Obispo de Poitiers, ha dicho de este libro: « Es la obra de una inteligencia elevada, constantemente inspirada por un gran corazon... En ella la verdadera nocion de la libertad está separada de la mentira bajo que la presenta al mundo el liberalismo para su desgracia y ruina. Por otra parte, el liberalismo está estudiado fundamentalmente, desenmascarado sin piedad, denunciado con valor y juzgado sin apelacion. En particular el liberalismo católico es vigorosamente combatido y sólidamente refutado.» Asimismo nos servirémos de los cuatro volúmenes publicados en Bruselas por Goemaere: *La Revolucion y la Restauracion del órden social*; y de los dos libros de Augusto Nicolás: *El Estado sin Dios*, y *La Revolucion y el órden cristiano*.

CAPÍTULO I.

¿Qué es lo que se entiende por liberalismo?

¿Es posible dar una definicion del liberalismo? ¿como retratarémos á este Proteo que toma en diversos tiempos y lugares las más opuestas formas? Bismark la echa de liberal, y el mismo nombre se da el jefe del Ministerio inglés, Gladstone; Minghetti y Castelar lo reivindican como una gloria suya, y muchos de los actuales ministros franceses no lo toman probablemente como una injuria. ¡Por Dios! ¿qué hay de comun entre el liberalismo de estos hombres de Estado, cuya política es tan diversa? «Yo soy cristiano penitente, pero liberal impenitente,» decia Lacordaire al terminar su mortal carrera; y de ahí que por su amor á la Religion se creyese autorizado para defender el liberalismo, mientras, pocos años despues, uno de sus sucesores en el púlpito de Nuestra Señora era arrastrado por su liberalismo á la más escandalosa apostasía. ¿Cómo, pues, un mismo principio puede producir tan contrarios efectos? ¿Por ventura se trata de una pura mistificacion, de un fantasma cuyas transformaciones permiten á cada cual hacer suyo arbitrariamente aquel sistema que mejor prefiere?

No por cierto; bajo estas aparentes contradicciones el liberalismo oculta una unidad real, que para descu-

brirla no se ha de examinar al acaso á todo el que con razon ó sin ella lleva el nombre de liberal; sino que es necesario proceder en su investigacion como los sábios que se dan al estudio de las razas. Estos, cuando, por ejemplo, quieren conocer el verdadero tipo de la raza negra, no lo estudian en los indivíduos en quienes aquel tipo es más ó ménos fundido con otros diferentes, sino que buscan á los verdaderos negros, á los negros de sangre pura; y observándolos atentamente, y comparándolos unos con otros, descubren los caractéres propios de la raza, y despues fácilmente distinguen aquellos mismos caractéres en los indivíduos de tipo mixto.

Pues bien, las ideas establecen en los ánimos afinidades análogas á las físicas de las razas, constituyendo estas razas intelectuales de tipos muy diversos, y tambien entre sí por mezclas diferentes pueden producirse mestizos, como los del órden físico; pero no deben estudiarse en estos últimos los tipos de las doctrinas á que se relacionan. Si, pues, queremos conocer qué es el liberalismo, hay que considerarlo en aquellos que no guardan ninguna reserva en la profesion de sus principios; que conocida en los mismos la esencia del sistema, nos será muy fácil juzgar de las formas bajo las que puede confundirse en diferentes clases ó especies.

I. *El principio del liberalismo.*—Partiendo de estos datos llegarémos con facilidad á una definicion muy precisa del liberalismo. El liberalismo es aquel sistema que afirma la completa independencia de la libertad humana, y niega por consiguiente toda autoridad superior al hombre, sea en el órden intelectual, sea en el

religioso, sea en el político. En efecto, tal es la idea que se colige de la famosa *Declaracion de los derechos del hombre,* símbolo fundamental del liberalismo; y si la ambigüedad de algunas fórmulas pudiese hacer nacer alguna duda, bastarian para conocer su sentido real las disputas que precedieron á su redaccion definitiva. Verdad es que se consintió, despues de mil discusiones, en poner al principio de aquel nuevo evangelio el nombre del Ser supremo, pero segun el deismo de Rousseau no se reconoció en él la existencia del Creador, sino para negar su autoridad en todo él. La soberanía se deriva del hombre solo. (Art. 3). El pensamiento y la palabra son independientes. Todo hombre es libre, no solo de negar interiormente la revelacion divina, sí que tambien de minar su autoridad en el ánimo de sus semejantes; y esta libertad es proclamada como uno de los derechos más preciosos del hombre. (Art. 11). La religion cristiana á los ojos de la sociedad no es más que una opinion del todo igual á los falsos cultos. (Art. 10).

Por lo tanto, Dios no es ya el Señor ni en el órden intelectual, ni en el religioso, ni en el político; en esta triple esfera el hombre es el soberano. Tal es el principio del liberalismo, negacion directa y absoluta de la doctrina católica, que afirma la soberanía de Dios en todos los órdenes en los que el error liberal proclama la independencia del hombre.

La herejía de nuestro siglo, negando el dogma fundamental de la soberanía divina en todos los órdenes, da á la verdad revelada un golpe mucho más funesto que si tomase, para combatirlos, uno ó más artículos del Símbolo; ya que, en cuanto ella puede, destruye

a base misma de la fe, niega virtualmente toda verdad, reconoce en la razon el derecho de profesar el error; lo cual es el anticristianismo completo y radical.

Lógicamente no hay medio entre estas dos doctrinas: si el Cristianismo es verdadero, el liberalismo es falso en todas sus variadas formas. En el órden intelectual la razon humana se hace rea de una inexcusable rebelion, negando someterse á la razon divina; en el órden religioso la libertad no puede sustraerse sin delito á los deberes que le están prescritos por la autoridad establecida por Dios; en el órden político no puede permitirse la resistencia á los poderes legítimos; y finalmente en el órden político-religioso la sociedad temporal no puede tener el derecho de crear obstáculos á la accion de la autoridad religiosa.

Por otra parte, si no se reconoce pura y simplemente la autoridad que el Hijo de Dios ha venido á establecer en la tierra para llenar sus veces, no queda en pié ningun poder capaz de dirigir la razon del hombre, gobernar su libre voluntad y enfrenar sus malas pasiones. Fuera de Dios, no hay para mandar al hombre que los hombres sus iguales, ¿y qué hombre podrá arrogarse sobre sus semejantes la autoridad que él niega al Criador? Lo repetimos: rechazada la doctrina católica, la lógica solo está de parte del liberalismo extremado. En el órden intelectual, religioso y político, el hombre es independiente, la libertad humana es soberana, y el derecho de cada uno no tiene otro límite que su poder. Hé aquí lo que exige la lógica de las ideas, y lo que tarde ó temprano exigirá la lógica de los hechos.

Mas el hombre no llega en un solo dia á las últimas

consecuencias. ¿Cuántos son los que van del todo acordes con la doctrina que profesan? Si la mayor parte de los cristianos son ménos buenos que sus creencias, la mayor parte de los incrédulos son mejores que sus doctrinas. La verdad y el error, por incompatibles que sean entre sí, se confunden en proporciones muy diversas en la mayor parte de los hombres. No hay que maravillarse si se encuentra en el gran partido liberal tanta variedad de opiniones, cuantos grados intermedios hay entre la noche más densa y la plenitud del medio dia. Excepto el blanco puro de la verdad, este partido comprende todos los matices del claro–oscuro, desde la negacion radical del positivista hasta el catolicismo liberal, cuya velada tinta solo puede descubrir el ojo bastante ejercitado.

Esta variedad extrema hace dificilísimo el empeño de los defensores de la verdad, que se ciñen á combatir á este enemigo, que, merced á las mil formas que reviste, siempre se le escapa de la mano. ¿Cómo, pues, medir bien los golpes para que hieran con igual precision á adversarios tan léjos unos de otros? No hay más que hacer una cosa: combatir el error en sí mismo, y dejar despues á cada uno de sus mantenedores la parte de censura que le pertenece, relativa á la adhesion que le ha prestado.

Declaramos tambien que en todo lo que vamos á decir contra el liberalismo, no tenemos nunca por blanco las personas, sino únicamente la doctrina.

En cada una de las cuatro especies de liberalismo arriba indicadas, admitimos aun gradaciones infinitas; mas para ser más precisos reducirémos estas á tres principales, que podrémos llamar: el radicalismo, el liberalismo propiamente dicho, y el liberalismo católico.

II. *El liberalismo radical.*—El radicalismo es el liberalismo sincero y lógico, que proclama todos sus principios y no retrocede ante ninguna de sus consecuencias. En el órden intelectual se llama libre-pensamiento, y consiste en sostener que el hombre depende únicamente de su razon, y que por lo mismo no es responsable de sus actos para con ningun poder superior. En el órden religioso es el individualismo absoluto, la negacion de toda enseñanza dogmática y de todo sacerdocio. En el órden político es la demagogia, el derecho otorgado á la multitud de destruir ó cambiar á su gusto las instituciones civiles. En el órden político-religioso es la plena esclavitud de la sociedad religiosa á la sociedad política. Se ve claramente que el radicalismo en todos estos diferentes órdenes viene desarrollando hasta las últimas consecuencias el principio liberal, y afirma abiertamente la independencia absoluta de la libertad humana.

III. *El liberalismo moderado.*—¿Por qué reservamos para una gradacion más moderada el liberalismo propiamente dicho, que pareceria mejor convenir á la forma más perfecta del mismo? El uso así lo quiere. La generalidad del gran partido liberal protesta contra el puro radicalismo, como contra el puro catolicismo; en lo que se muestra tanto más prudente cuanto ménos lógica es, puesto que si son harto seductores los principios del liberalismo, sus consecuencias son del todo repudiables. Ahora admitiendo los principios y rechazando las consecuencias, los liberales propiamente dichos conservan á su doctrina toda su fascinacion, de que no tardaria en despojarla la lógica de los radicales; ya que lo que hace seductivo el error, no es su opo-

sicion á la verdad, sino, al contrario, la apariencia de verdad que él contiene. De esto se deduce que el error es mentira, y tanto más es mentiroso, cuanto más considerable es la apariencia de verdad que entraña. La más seductora de las mentiras fué ciertamente la que perdió á la humanidad, la mentira que profirió la serpiente en el paraíso: «*Eritis sicut dii:* Seréis como dioses.» Y no obstante ella contiene una gran verdad. En efecto, la palabra del gran seductor es idéntica á la frase bíblica, recordada y confirmada por Jesucristo: «*Ego dixi: dii estis:* Yo dije: dioses sois.» La deificacion del hombre por la sumision á Dios, hé aquí el Cristianismo; la deificacion del hombre por la rebelion contra Dios, hé aquí el anticristianismo; mas para insinuar este error gravísimo, el padre de la mentira hace resaltar la apariencia de verdad que encierra. Pues no se porta de otra manera el liberalismo, que tiene por objeto terminar la obra comenzada por la serpiente.

Por lo tanto, su verdadero programa no és aquel que con mayor precision y claridad revela su doctrina, sino al contrario aquel que con mayor astucia la encubre; así es que reconoce por sus legítimos representantes, no á los violentos que con su lógica brutal destruyen toda ilusion, sino los prudentes y moderados que hacen profesion de concordar las consecuencias de la verdad con los principios del error. Este es el partido liberal propiamente dicho, el que un tiempo se hacia llamar el partido del justo medio, que apropiándose el epíteto de justo está falto completamente de justicia Que el solo justo medio es la verdad, igualmente distante de dos errores extremos: el liberalismo, al contrario, distante de la pura verdad y de un error má ógico, es por sí mismo un error más peligroso.

¿En dónde, pues, pondrémos el límite que le separa de la diestra de la verdad y de la izquierda del error?

En el órden intelectual, este partido admite buenamente al lado de la libertad de pensamiento una autoridad nominal, la de la razon eterna, que no tiene dificultad en llamar, si se quiere, la razon de Dios; pero con la condicion de que este Dios, regulador de la razon individual, renuncie al ejercicio de su soberanía; y si á Él le plugo establecer en la tierra un intérprete de la verdad, tiene éste que contentarse de que no se le haga ningun caso. En el órden religioso, el partido liberal quiere un culto; pero deja á cada cual la libertad de escogerse el que más le agrade y convenga. En el órden político, reconoce la necesidad de someter la turbulenta plebe á una autoridad; pero esta autoridad debe á su vez sujetarse al exámen y censura de las clases iluminadas, que dispondrán de ella á su gusto con el sistema parlamentario. Para este partido el parlamentarismo no es una forma política destinada á regular el ejercicio de la autoridad, sino que es un principio superior al principio de autoridad.

Finalmente, en las relaciones de la Iglesia con el Estado, estos hombres moderados se abstendrán de la persecucion violenta; llevarán, si se quiere, su condescendencia hasta rodear la Religion de una proteccion generosa; pero en cambio exigirán que la sociedad espiritual reconozca la supremacía absoluta de la autoridad temporal, aun en las cuestiones en que se comprometan directamente los intereses religiosos.

Es evidente que la sabiduría de estos hombres consiste en permanecer neutrales entre las dos potestades que se disputan el imperio del mundo, en conciliar las

exigencias de Belial con los derechos de Cristo. Como dicos de los pueblos, creen poder curar mejor los m propinándoles en igual dósis el error y la verdad; y liegan una habilidad prodigiosa en mantener la ciedad en un equilibrio instable que le preserve de da sacudida demasiado violenta, sin llegar jam gozar de órden completo.

IV. *El liberalismo católico.* — El tercer grupo partido liberal se mantiene á una distancia mayor del radicalismo, y se deja ver más bien como una dencia y disposicion de ánimo que como una doctr Tal vez sea verdad que sus fautores se olviden de propia divisa y dejen escapar proposiciones que confundan con los propiamente dichos liberales. I los más prudentes saben evitar las expresiones con rias á la doctrina revelada; respetan los principios por un exceso de respeto no quieren que se toquen muy buena gana consienten en no permitir que s impugnados, pero quieren por otra parte que ni s proclamados ni defendidos. Si llegan á ser fuerten te combatidos, admiten que como *tésis* la doctrina tólica es del todo verdadera; mas para ellos esa t es una mera abstraccion, puesto que, no en una terminada hipótesis particular y á consecuencia ciertos datos transitorios creen inaplicable aqu doctrina, sino por condiciones permanentes de la turaleza humana. Siendo el hombre cual es actualn te, les parece á estos católicos que la Religion más ne que perder que ganar, conservando su doctrina dicional sobre la concordia entre ámbas potestades. es que se figuran poder mejor servir con el silenc los intereses de la verdad, aun cuando el silencio p

la ser interpretado como un abandono de la verdad. Se portan como si hubiesen recibido de Jesucristo la procura de renunciar en su nombre á su dignidad real sobre la sociedad humana. La afirmacion de los derechos soberanos es, segun su manera de ver, inoportuna desde el momento que choca y desagrada, cuando en realidad la oposicion que encuentran estos derechos debiera ser por sí misma un motivo para sostenerlos con mayor energía. Sinceramente adictos como aparecen á la Iglesia, si advirtiesen cuánto esta falsa prudencia compromete sus intereses, tal vez muy otra seria su conducta; pero esto es cabalmente lo que no les deja ver su ilusion, y es tambien lo que ménos pueden tolerar en boca de otros. Por lo que se muestran vivamente ofendidos cuando ven condenada su táctica por el lenguaje y la conducta de los católicos más resueltos, produciéndoles esto una irritacion harto natural, que les hace severos hasta la injusticia con los fieles más adictos á la Iglesia, mientras obsequian y acarician á sus más encarnizados enemigos. Quienes, como empleen ciertas formas en su hostilidad, se ven colmados de elogios por los liberales católicos; y en cambio no se perdonan los reproches y hasta las injurias á los católicos sin añadidura, por poco que hayan faltado en la manera de profesar y defender su fe. Que, si la Iglesia interpone su autoridad á fin de conservar la integridad de los principios, los liberales católicos no se rebelan abiertamente contra sus decisiones, pues quieren permanecer católicos; pero para continuar sosteniendo los errores que condena, pretenden atenuar el valor de sus censuras, desvirtuar el sentido de sus expresiones. En todo caso, no se creen obligados á tomar estas decisiones

por norma de su vida pública. Los tales se forman dos conciencias: una para el foro interno, y otra para el foro externo. Cada católico liberal lleva en sí dos hombres; pero en sentido muy diferente del de san Pablo: en la Iglesia y en la familia se muestra católico, mas en el foro y en el pretorio deja solo aparecer al liberal (1).

(1) En su excelente opúsculo, publicado durante el Concilio Vaticano con el título: *El Concilio ecuménico Vaticano y los católicos liberales*, el P. Luis de Castelplanio, franciscano, dividió de otro modo las tres fracciones del partido liberal. Segun él, los liberales puros son los que niegan los derechos de Dios hasta sobre el indivíduo; los liberales moderados los que se contentan con sustraer á su imperio la sociedad; finalmente, los católicos liberales son los que negando como católicos los erróneos principios del liberalismo, aceptan con los liberales los hechos derivados de los mismos. Siendo arbitrarias estas clasificaciones, no creemos necesario defender nuestra tésis. El lector juzgará por sí propio si hemos tenido ó no razon de distinguir diferentes especies de liberalismo y en cada una de ellas los tres grados que hemos indicado. Pero no podemos dispensarnos de hacer una observacion, que quitará la aparente oposicion que podria notarse entre nuestra doctrina y la del docto franciscano. En nuestra obra titulada: *Las doctrinas romanas sobre el liberalismo (ó sea* La soberanía social de Jesucristo) hemos afirmado, de acuerdo, á nuestro parecer, con los más eminentes escritores católicos, que no merece ser tachado de liberal quién se contenta con aceptar en el hecho y como *hipótesis* las modernas libertades, siempre que mantenga en *tésis* los principios en su integridad. Esta afirmacion parece contradicha por el P. Castelplanio, quien hace precisamente consistir en la aceptacion de los hechos el error de los católicos liberales. Pero desaparecerá esta aparente divergencia si se distinguen dos clases de aceptacion, de aprobacion la una, de permision la otra. Aceptar las libertades modernas en el sentido de que no se combatan en las naciones en que su destruccion se hace imposible ó podria acarrear mayores males, es lo que hace la Iglesia y puede hacer todo católico sin incurrir en la menor censura. El error de los católicos liberales consiste únicamente en aceptar, aprobándolas, estas libertades contrarias á los derechos de Jesucristo y de la Iglesia; porque aprobándolas comprometen los principios, aun cuando no fuese más que con el silencio que guardan sistemáticamente en el momento mismo en que están obligados á profesarlos

Así, pues, hemos contestado á la primera pregunta: ¿qué es el liberalismo? y considerando en su pura esencia este peligroso error, hemos demostrado su gradual influjo sobre todos los que están más ó ménos inficionados de su veneno. Nada hemos querido disimular, pero tampoco creemos haber exagerado nada. Seríamos igualmente infieles á nuestra mision si, por temor de disgustar á otros, ocultásemos alguna verdad útil, ó si inventásemos quiméricos errores por procurarnos el triste placer de combatirlos. Deseosos únicamente de seguir la direccion del Vicario de Jesucristo, hemos debido antes asegurar la realidad y describir los síntomas del mal, cuya gravedad tantas veces él nos ha señalado. Por lo tanto hay que proseguir la obra comenzada, y manifestar los principios de que proviene tan peligrosa enfermedad, y los elementos que la constituyen; descubrir la mentira que da al liberalismo su poder seductor, y distinguir cuidadosamente los errores que en sí oculta de la apariencia de verdad que colora su superficie.

CAPÍTULO II.

Mentira y errores del liberalismo.

«Nuestro siglo es presa de una mentira seductora forjada para perturbar las naciones. El orgullo, tomando el nombre de libertad, ha inundado el mundo. Bajo este mentido nombre, ha podido conquistar las ideas una á una, tomar posesion y hasta llamar á la puerta del santuario. Sin esta simulacion, nunca habria logrado penetrar á un mismo tiempo en los ánimos bajo el nombre de libertad de conciencia, en los Estados bajo el nombre de libertad de cultos, en las costumbres bajo el nombre de libertad de imprenta, y en las muchedumbres bajo el nombre de soberanía popular...

«De todas partes se ha visto salir la numerosa secta de los que, encubriendo su orgullo con la libertad, se llaman liberales; los unos marchando con más audacia á la conquista del orgullo, que toman por la verdadera libertad; los otros con mucha más audacia á la conquista de la libertad, que no ignoran es orgullo (1).»

No se podia describir mejor de lo que lo ha hecho Saint-Bonnet el gigantesco engaño de que es víctima el mundo hace un siglo. Verdaderamente y antes que todo el liberalismo es, como hemos dicho, una mentira.

(1) *La Legitimidad*, prólogo.

y por consiguiente un engaño. Se llama mentiroso el discurso que hace tomar el error por la verdad.—Bajo este aspecto no hay mentira peor que la que el liberalismo oculta bajo el nombre especioso de libertad.

I. *Mentira constitutiva del liberalismo.*—Encontramos la fórmula más astuta y pérfida de esta mentira en la *Declaracion de los derechos del hombre.* El artículo 4.° está así concebido: «La libertad consiste en poder hacer lo que no daña á otros. De este modo el ejercicio de los derechos naturales no tiene en ningun hombre otros límites que los que aseguran á los demás miembros de la sociedad el goce de estos mismos derechos. Estos límites no pueden ser determinados sino por la ley.»

¿Quereis algo más inofensivo en la apariencia que esta definicion? Por cierto que seria del todo aceptable, siempre que se supusiese admitida la autoridad de Dios, y si la ley, á la que se atribuye el derecho exclusivo de fijar los límites de la libertad, fuese no solo la ley arbitraria de los hombres, sí que tambien y sobre todo la ley esencial del Creador. La libertad así entendida es la que Jesucristo ha venido á garantir á todos los miembros de la familia humana. Mientras que antes de Él la mayor parte de los hombres estaban reducidos al estado de *cosas* y no gozaban de ningun derecho personal, el Hombre-Dios les restituyó los derechos de hombre, confiriéndoles una dignidad divina. A cada uno de ellos se ha dado un fin personal, y á todos se ha impuesto el deber de ayudarse mútuamente en la consecucion de semejante fin. Así, pues, entendida, la libertad es esencialmente cristiana; adquirida con el precio de la sangre de Jesucristo, no ha tenido en la

tierra defensor más intrépido y constante que la Iglesia. Se la puede definir: la remocion de todo obstáculo que impidiese al hombre tender á su felicidad y adquirir su perfeccion.

Pero no es tal la libertad del liberalismo. En ella Dios no entra para nada. La declaracion poco há citada no nos deja ninguna duda. La ley sobre la que ella establece la libertad y á la que atribuye el derecho exclusivo de fijar sus límites, no es la ley divina, sino la que se define pocas líneas más abajo: «La expresion de la voluntad general.» Y en efecto, así han comprendido la libertad las naciones modernas, formadas en la escuela del liberalismo. Estas han visto en aquella, no la exencion de todo poder ilegítimo usurpado por los hombres, sino la independencia respecto de Dios; no la libertad del bien, sino la libertad del mal. En la facultad de poder hacer libremente el bien hay sin duda la facultad de poder hacer el mal; pero no es esta facultad física que el liberalismo reivindica para el hombre, sino el *derecho* de hacer el mal, ó sea, el derecho de violar el derecho. Para él la libertad no es la exencion de todo obstáculo para alcanzar la felicidad, sino la exencion de toda ley que impida al hombre su perdicion. Por lo que la libertad, así entendida, no es ya una verdad evidente, sino un absurdo palpable; ya que nada es más absurdo que atribuir la independencia á una criatura cualquiera.

Solo Aquel es independiente que, teniendo en sí mismo la razon de su sér, encuentra igualmente en él el principio de su perfeccion; pero la criatura, que no se ha hecho por sí propia ni de sí misma, y que ni por su virtud puede prolongar un solo momento su existencia,

no encuentra en sí nada de lo que es necesario para conservarse y desarrollarse. ¿El hombre se declarará independiente? ¡Gran Dios! si depende de todo, si su dependencia es contínua! En efecto, depende del aire que respira, del suelo que le sostiene, de las plantas que le nutren, del padre que lo ha engendrado, de la madre que lo ha alimentado, de la sociedad que por medio de la palabra le ha puesto en posesion de la razon. El hombre depende de todas las criaturas, y se atreve á llamarse independiente del Creador. Sí, ahí está el abominable absurdo que han abrazado con entusiasmo las naciones cristianas de un siglo á esta parte bajo el nombre de liberalismo. La sociedad moderna, tan enorgullecida de sus luces, está fundada sobre este absurdo, tan irracional como la cuadratura del círculo: es decir, en la independencia de quien es esencialmente dependiente.

Pero quizá diréis: este absurdo se contiene en el radicalismo, mas el liberalismo moderado no lo profesó jamás. Efectivamente, esta rama del partido liberal nunca acostumbró á manifestar su propio pensamiento en toda su integridad, pero si claramente no profesa aquella doctrina, evidentemente la supone; puesto que en todos los ramos en que se despliega la libre actividad del hombre, ella le autoriza para no hacer ningun caso de la autoridad de Dios, como tampoco de la manifestacion cierta de su voluntad. ¿Y no es declararse independiente del superior tener sistemáticamente sus órdenes por nulas ó como no recibidas?

Esta mentirosa nocion de la libertad constituye toda la sustancia del liberalismo; mas este error no va solo, sino acompañado de un cortejo de muchos otros igual-

mente capitales sobre Dios, sobre Jesucristo, sobre e hombre, sobre la mision de los gobiernos y la organi zacion de la sociedad.

II. *Errores que entraña el liberalismo–Ateismo.*— Nosotros hemos hecho observar ya que, aunque todo los liberales no sean ateos, y muchos tengan horror a ateismo, no pueden profesar el dogma liberal de la independencia de la sociedad civil de la religion, sin negar implícitamente la soberanía de Dios, y por consiguiente su existencia. ¿No es á la verdad una contradiccion manifiesta reconocer un Dios criador del hombre y negar que el hombre esté obligado á obedecer á este Dios? O Dios es el Señor, ó no lo es: negando pues, su autoridad sobre la sociedad, se viene á nega su misma existencia. No por un momentáneo arrebat de las pasiones ha dicho uno de los jefes de la escuel liberal: «La ley es atea y debe serlo.» Ha hablado as porque, por religiosos que sean los liberales, el libera lismo es lógicamente ateo.

Por esta negacion radical comprendida necesaria mente en su principio, este sistema social, preconizad por muchos cristianos como un progreso, hace descen der nuestra sociedad moderna muy por debajo de la naciones paganas de la antigüedad, las cuales, si bie cayeron en graves errores religiosos, no se apartaro jamás de la recta razon hasta el punto de buscar otr base del órden social fuera de la religion. No citarémo las palabras de los filósofos que convinieron en tacha de locura una tentativa semejante. Sus sentencias, d puro repetidas, se han hecho ya triviales. El simpl buen sentido decia á aquellos gentiles que para obliga al hombre hay que buscar un principio de obligacio

superior al hombre mismo. Pues ¿cómo hombres cristianos pueden proclamar, como una perfeccion del órden social, un sistema que dos mil años há se ha reconocido evidentemente absurdo?

III. *Anticristianismo.* — Tanto más inexcusable es esta conducta, en cuanto con la negacion del primer dogma de la religion natural este sistema implica la negacion del primer artículo del Símbolo cristiano. Es á la verdad imposible creer en la divinidad de Cristo y negar su dignidad real sobre la sociedad, como es imposible admitir que el Hijo de Dios se haya hecho hombre y que de hecho no sea jefe de la humana familia; que haya aceptado el título y la mision de Salvador, y que sea lícito á los indivíduos, á las familias, á los pueblos buscar fuera de Él su salvacion. Si es cierto que en la sociedad la naturaleza humana alcanza su perfeccion y por el ejercicio de las virtudes sociales se acerca más y más á la naturaleza divina, limitar el imperio del Hombre-Dios al estrecho círculo de las conciencias individuales y desterrarlo de la sociedad es lo mismo que arrebatarle su más bella corona y excluirlo de su más noble dominio. Menos absurdo seria negar francamente su divinidad.

Por lo demás, el liberalismo llega harto tarde para oscurecer el dogma de la autoridad real de Jesucristo sobre la familia humana; puesto que entre todos los títulos del Hombre-Dios no hay quizá otro que le sea dado más solemnemente por las profecías antiguas, y que más alta y repetidamente sea proclamado en las santas Escrituras. Él fué anunciado á la humanidad muchos siglos antes de su venida como el Rey de las

gentes y el Deseado de los pueblos (1). Las enteras naciones, y no algunos indivíduos tomados aisladamente, son invitadas en las sagradas Letras á ponerse bajo sus leyes y recibir la paz que les trae (2). Dios dá á su Hijo las naciones en herencia, y le encarga las gobierne con cetro de hierro (3). Son finalmente los reyes y los jueces de la tierra á quienes el Omnipotente intima rendir homenaje á su Cristo, si quieren evitar su indignacion (4).

Y este poder real, tan claramente profetizado antes de su venida, lo ha reivindicado altamente Jesucristo el mismo dia de su muerte. En el tribunal del sumo sacerdote Caifás, El habia sido obligado á proclamar su divinidad; mas en el tribunal del presidente romano el interrogatorio versó sobre su dignidad Real. «¿Rey eres tú?» le pregunta Pilato, y Jesús le responde: «Tú lo dices; sí, yo soy Rey.» Y confesando esta dignidad suya, explicó su orígen, naturaleza y extension; el orígen, que es celeste: «Mi reino, dijo el Redentor, no es de este mundo;» la naturaleza, que es la soberanía espiritual por su esencia, la supremacía de la verdad: «Yo he venido á este mundo á dar testimonio de la verdad;» la extension, que es sin límites, pues todo está subordinado á la verdad: «Quien está de parte de la verdad escucha mi voz.»

No se podia enunciar más claramente la supremacía que Jesucristo venia á ejercer sobre la tierra por medio de su Iglesia. Esta soberanía no es temporal en el sen-

(1) *Rex gentium*, (Jerem., x, 7); *Desideratus cunctis gentibus* (Agg., c. II, 8).
(2) *Psalm.* LXXI, 2; Isai. II, 2 et seq.
(3) *Psalm.* II, 8.
(4) *Ibid* 10.

tido de que no tiene los hechos temporales por principio ni los intereses temporales por objeto, pero sí en el de que ella se extiende sobre la sociedad temporal en cuanto debe ser regulada por la justicia y la verdad.

El liberalismo, pues, no puede negar esta soberanía sin negar al mismo tiempo una de estas dos cosas: ó que la verdad y la justicia dirigen las acciones de la sociedad y las relaciones de sus miembros, ó que el Hombre-Dios es para todos los hombres la regla suprema de la justicia y de la verdad. Por espacio de catorce siglos las naciones cristianas, aun en sus más culpables desvaríos, no pensaron jamás en contrastar esta supremacía del Hijo de Dios. Príncipes y pueblos convenian en reconocer su autoridad como la base de todos los poderes, y su ley como la norma de todas sus leyes. Así formaban bajo su paternal cetro una familia de naciones, que se llamaba la cristiandad. La Revolucion, destruyendo esta creacion, la más sublime de cuantas ha sido teatro la tierra, ha consumado una verdadera herejía social, y cabalmente el liberalismo ha erigido en sistema esta culpable negacion de los derechos de Jesucristo. Despues de todo esto, ¿hemos hecho mal en llamarlo el anticristianismo?

IV. *Errores sobre el hombre.* — El liberalismo no yerra menos gravemente sobre la naturaleza del hombre que sobre la persona del Hombre-Dios; pues pierde del todo de vista los dos rasgos más característicos, que esta naturaleza en su estado presente ofrece á las miradas del observador: su dignidad sublime y su profundo abatimiento. Por lo tanto ignora lo que es el hombre quien no ve en él reunidos estos dos extremos; y no

obstante, el liberalismo no solo es incapaz de conciliarlos, sino hasta de descubrirlos.

Él supone al hombre únicamente criado para la tierra, y bajo este aspecto lo asemeja á los brutos. Pero, ¿cómo no ve que, si en el bruto todo se armoniza con su destino puramente temporal, sus facultades, sus instintos, su bienestar; en el hombre al contrario, facultades, aspiraciones, gozos y pesares, todo supone una vida ulterior? Lo cual ha demostrado perfectamente Saint-Bonnet bajo el punto de vista, nada teológico en la apariencia, de la economía social. «Para comprender la sociedad temporal, ha dicho, busquemos su fin más allá del tiempo.» Pero si tratais del hombre como si estuviese criado únicamente para la tierra, le poneis en la imposibilidad de gozar los placeres mismos que ella le ofrece; ya que, enderezando su ilimitado deseo del bien hácia estos goces, por necesidad limitados, los miembros de la familia humana llegarán á ser enemigos irreconciliables, y se robarán unos á otros este insuficiente patrimonio. Asemejados los hombres á los brutos, aunque privados de su instinto, serán mil veces más infelices, y llegarán á una degradacion de que estos no son capaces.

Mas no le basta al liberalismo obligar al hombre á arrastrarse sobre la tierra, negándole su destino celestial; negando aun su caida acaba por hacer imposible su restauracion. Desconociendo un hecho que tenemos constantemente á la vista, olvidando lo que nos enseña la experiencia cotidiana, dando un atrevido mentís á la voz de los siglos y al testimonio unánime del género humano, supone que el hombre ha nacido bueno y naturalmente inclinado á la verdad y á la justicia. Aban-

donadlo á sí mismo, dice, ensanchad solamente la esfera de la libertad; veréis como á impulso de su misma naturaleza dará á la verdad la preferencia sobre el error, y someterá sus desordenadas pasiones al yugo de la justicia.

Si hay hipótesis en abierta oposicion con la realidad, es por cierto ésta, y no obstante en ella se funda toda la teoría social del liberalismo.

V. *Errores sobre la sociedad.* — Esta teoría es radicalmente falsa por la idea de la naturaleza humana que le sirve de punto de partida; mas no lo es menos por *el fin que señala á la sociedad.* Segun la enseñanza católica, el fin de la sociedad es preservar al hombre de las perversas inclinaciones que provienen de su caida, y favorecer el desarrollo de sus facultades superiores. Pero si el hombre, como lo ha proclamado Rousseau, ha nacido bueno y ha sido depravado por las instituciones sociales, si el estado de la naturaleza es aquel en que todos son iguales y están exentos de toda obligacion, la sociedad no puede tener otro fin que volver los hombres á aquel feliz estado. «Es menester, pues, eliminar todo lo que nos viene de la civilizacion para encontrar el hombre de la naturaleza.» Y tal es el empeño que el radicalismo se impone; mas como por su violento proceder comprometeria su resultado, interviene el liberalismo como moderador. «Este le añade temperamentos; su prudencia se emplea, no en abolir, sino en disminuir sucesivamente la autoridad, las leyes, y especialmente la religion, fuente de todos los males (1).» ¿Quién no conoce que esta táctica constante se hace inexplicable, si no se supone verdadera la teoría

(1) De *La Legitimidad*, pág. 102.

social proclamada con brutal franqueza por Proudhon, cuando dijo: «La sociedad es la anarquía?»

Aquí es absolutamente insostenible la media posicion que el liberalismo quiere conservar. Si no admite la doctrina social fundada por el Cristianismo sobre la caida y redencion del hombre, debe necesariamente admitir en toda su extension la doctrina antisocial, deducida del socialismo de la hipótesis naturalista. La lógica del error, favorecida por la violencia de las pasiones, ha hecho deducir las últimas consecuencias de los principios liberales: no hay en el mundo poder ni habilidad bastante para contener el ímpetu de este torrente. O hay que cerrar el manantial, ó resignarse á verle arrancar todas las instituciones sociales y arrastrarlo todo al fondo del abismo. «Es necesario ser católico ó socialista, ha dicho muy bien Saint-Bonnet. Toda la política gira entre estas dos ideas: ó el hombre nace bueno, y de ahí la libertad, la igualdad de derechos, la no necesidad del código penal; ó el hombre nace inclinado al mal, y de ahí la represion, la educacion, la legitimidad de la pena. La cuestion religiosa es toda la cuestion política. Vuestro racionalismo, ó hombres de Estado, es la metafísica del socialismo (1).»

Tal es en efecto la conclusion que evidentemente se deduce de esta primera parte de nuestro estudio. El liberalismo y la Revolucion son una misma cosa. El liberalismo es la doctrina de la Revolucion, y la Revolucion es la aplicacion práctica del liberalismo. Esta práctica, como tambien la teoría, puede ser más ó mé-

(1) *Restauracion francesa*, t. II, c. XXVI, p. 198.

os lógica, pues hay la Revolucion moderada y la Re-
olucion radical; pero entre una y otra no hay más
iferencia que aquella que distingue el torrente cuan-
o rompe su dique, del torrente cuando inunda la
ampiña; ó sea la diferencia que va entre el principio
las consecuencias. Lo cual comprenderémos mejor
un considerando la inexorable necesidad por la que
s pueblos que se han dejado seducir por la mentira
el liberalismo, se ven obligados á beber todo el cáliz
e sus consecuencias.

CAPÍTULO III.

Bancarrota intelectual.

Un paso de la sagrada Escritura, de todos muy conocido, nos hace encontrar en tiempos muy remotos la clave de los acontecimientos contemporáneos; puesto que todo es simbólico en los hechos que relata el libro inspirado: son ellos una historia y una profecía. ¿Quizá no asistimos ahora al tremendo juicio con que la justicia de Dios castigó un dia el orgullo del rey de Babilonia? Sabido es que en el lenguaje bíblico Babilonia representa la sociedad, cuya cabeza es Lucifer, como Jerusalen es el símbolo de la ciudad de Dios. Viviendo juntas desde el orígen de la humanidad, estas dos ciudades, no obstante, están fundadas en dos contrarios principios, cuya fórmula nos ha dado el genio de san Agustin: *El amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo,* esto es, la caridad y la humildad; y *el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios*, es decir, el egoismo y la rebelion.

El liberalismo, como hemos visto en el artículo precedente, es el postrer desarrollo de la rebelion del orgullo humano contra el amor divino, el último esfuerzo de la criatura racional para desembarazarse de su Criador. La Babilonia de Nabucodonosor no puede sostener el parangon con la actual, y en el exceso de su orgu-

), el antiguo monarca es de mucho superado por los ıeblos soberanos del siglo XIX. En efecto, ¿qué son s pomposas declamaciones que de un siglo á esta parse van haciendo en los libros y periódicos en alabans de la civilizacion moderna, sino otras tantas variaɔnes del tema presentado por el déspota oriental: *¿No esta la gran Babilonia, que me he fabricado en la pletud de mi poder y en el esplendor de mi gloria, para ıcerla la capital de mi imperio?* Y el Omnipotente ¿no sponderá como otra vez á este supremo insulto: *Se-s privado de tu imperio, serás desterrado de la socied humana, y asemejado á los brutos privados de ran, hasta que reconozcas que el Altísimo es el Señor de s imperios y que los dá á quién le place?...*

Pues esta sentencia ha sido realmente proferida cona el moderno liberalismo, y viene cumpliéndose de dia ı dia. Despues de haber pretendido remontarnos á los elos, hemos sufrido una caida que nadie se atreve á near, aunque la mayor parte rehuse todavía reconocer su ıusa. Esta causa, como demostrarémos, es el liberalisıo. Si la Francia es la primera víctima del azote, esto sucede porque en ningun otro país las pretensiones el liberalismo se habian manifestado tan insolenteıente. Como iniciadora de la revuelta, justo es que sea ondenada á reparar con sus humillaciones el grave esándalo que ha dado al mundo; solo queremos esperar ue no será tratada más severamente que aquel antiuo orgulloso monarca. El ejecutor de las venganzas lel cielo, ordenando que el soberbio árbol fuese abatilo, mandó que no se le arrancaran las raíces para que pudiese revivir y recobrar su primera hermosura, cuanlo hubiese reconocido el poder del Altísimo. Esta mis-

ma esperanza alimentamos, y para apresurar su rea zacion examinemos el abatimiento á que nos ha c(denado el liberalismo.

Su rebelion, como hemos visto, se obra en un do terreno; en el terreno intelectual, en el que preter sustraer la razon humana á la supremacía de la verd divina, y en el terreno social, en el que no quiere conocer ninguna autoridad emanada de Dios. Estud remos en primer lugar la degradacion y serviduml á que, en el órden intelectual, el liberalismo conde á los pueblos, á quienes habia prometido hacer gra des y libres.

Embrutecer sistemáticamente la razon, envilecer ciencia, hacer decaer las artes, degradar los ánimos, por último, esclavizar el entendimiento, tales son ventajas que nos ha llevado el liberalismo. Ahora nu tra dificultad no consiste en encontrar las pruebas q afirmen la realidad de semejantes beneficios, sino poder en un cuadro muy estrecho encerrar la supe abundancia de materiales.

I.

Primer beneficio del liberalismo: embrutece sistem ticamente la razon.

Para señalar el primer efecto del liberalismo intele tual no se vaya á creer que empleamos al acaso una e presion que á primera vista podria parecer poco mesu rada. Sí, el impulso que ha dado á la razon el liberali mo, la ha embrutecido, y lo ha hecho del modo m

eparable, puesto que la ha embrutecido sistemática-
ente.

Harto sabido es que muy otra cosa se le habia pro-
etido á la razon, cuando sacudió el yugo de la fe. Se
puso delante un inmenso horizonte, y nada debia con-
ner sus progresos. Aquellos de nosotros que han atra-
sado la mitad del siglo, no han olvidado por cierto
época en que el Cristianismo debia defenderse con-
a un espiritualismo exagerado. Entonces en las altas
tedras del magisterio oficial se enseñaba, siguiendo
s huellas de Malebranche, el sueño de la intuicion
recta de lo absoluto; se elevaba la razon hasta la con-
mplacion trascendental de lo verdadero, de lo bello y
lo bueno, y se la ponia atrevidamente por encima de
fe, circunscrita á mirar solo á través de un velo las
alidades superiores. Se nos prometia nada ménos que
próximo advenimiento de una nueva religion, «he-
dera é hija del cristianismo, que habia de reproducir
is dogmas, pero bajo formas que, mejor que las pre-
dentes, se acomodarian á la manera con que hoy el
undo ve las cosas. Las verdades serán las mismas, se
os decia, pero la manifestacion será diferente; esta
ez será del todo científica. Se llegará á ser teólogo á
a vez que filósofo y naturalista (1).»

Notad bien el astuto proceder del liberalismo mode-
ado. Robar al Cristianismo sus beneficios, sin recono-
cer sus derechos; menospreciar la supremacía de la fe,
sin arrojarse en las negaciones extremas de la incredu-
lidad; y despues de haberse servido de la libertad de
pensamiento para sustraer la sociedad moderna á la in-
fluencia de la Iglesia, reservar la suprema direccion al

(1) Damiron, *Ensayo de la historia de la filosofía en el siglo XIX*, t. I, pág. 241.

pequeño cenáculo de profesores *burgeses*, que se llamaban fastuosamente *la filosofía*. Mas, con toda la habilidad de sus cálculos, no han podido impedir á la idea liberal que hiciese su camino en el órden intelectual como en el político, y en entrambos su movimiento ha sido paralelo. Llevándose como ligera paja los vanos sistemas que pretendia sustituir á los diques divinos de la revelacion, el torrente del libre pensamiento se ha precipitado en el báratro del radicalismo.

En lugar de la razon ultra-espiritualista que se nos prometia, hemos tenido la negacion de Dios, del alma, y hasta de la misma razon. El positivismo no es por cierto otra cosa; y el positivismo es hoy dia la sola doctrina, fuera del Cristianismo, dotada de alguna vitalidad y fuerza de atraccion.

La sentencia, pues, pronunciada contra Nabucodonosor se ha cumplido al pié de la letra. Aquel que se habia hecho Dios, ha sido asemejado á los brutos; y lo que es más ignominioso todavía, esta semejanza es toda obra de sus mismas manos. Se ha hecho un corazon de bestia, *cor feræ*, y se ha dado el mismo orígen y fin de los animales. Así el verdadero nombre de la filosofía y de la nueva religion es el *brutalismo*.

El liberalismo ha sido llevado á este exceso de ignominia por una influencia, á la que le era tanto más imposible resistir, cuanto ménos ha querido tenerla en consideracion. Él que se jacta de ser un sistema eminentemente práctico, y que tan de buen grado acusa á los hombres de principios de forjar utopias, es en realidad el más quimérico de los sistemas. Traza una línea arbitraria sobre la pendiente que lleva de las altas cumbres de la verdad al precipicio del error, y lue-

go dice á las inteligencias y á las naciones: Hasta aquí descenderéis, pero no proseguiréis más adelante. ¿Y no comprende que para hacer eficaz esta prescripcion era menester abrogar la ley del plano inclinado? ¿Qué ha sucedido, pues? La línea del justo medio liberal no ha podido detener en su camino á las inteligencias y naciones; y por lo que toca especialmente á la razon, ha sido irresistiblemente llevada á destruirse y negarse á sí misma por el movimiento comunicado por el principio liberal.

¿Y cuál es este principio? Lo hemos dicho más arriba, la emancipacion de la razon humana del suave yugo de la fe divina. Las ignominias del positivismo se derivan lógicamente de este funesto manantial. Se ha dicho y repetido á las naciones modernas, que la fe es la necesidad y el deber de la infancia, pero que el hombre razonador no ha de admitir lo que no comprende. Y se añadia: El 89 ha señalado para los pueblos la era de su emancipacion; «la humanidad se ha vestido la toga viril;» el tiempo de la fe ha pasado para ella, y la oscuridad de los misterios ha de ceder el lugar á la clara luz de la ciencia.

¿Ha hecho, pues, la filosofía liberal desaparecer todas las nubes del horizonte religioso? Hay que ir despacio en prestarle fe. Apenas el maestro, con las pomposas declamaciones poco há indicadas, ha arrancado los aplausos de una juventud entusiasta; apenas, en nombre de la dignidad de la razon, ha rechazado el misterio, su más ilustre discípulo se ve obligado á reconocer que el misterio constituye el fundamento de la filosofía. Escuchadle, y le veréis llevar hasta la exageracion la impotencia de la razon y la necesidad de la fe.

«Nosotros creemos, escribe Jouffroy en su *Int*
cion á las *Obras* de Reid, nosotros creemos, y e
un hecho; pero lo que creemos, ¿lo creemos co
damento? Lo que reputamos por verdadero, ¿es
mente tal? Este universo que nos rodea, las
que parecen gobernarle, y que tanto nos afanam
descubrir, la causa poderosa, sábia y justa que le
nemos sobre la fe de nuestra propia razon, los p
pios del bien y del mal, que la humanidad res
que se nos figuran las leyes del mundo moral, to
to ¿no podria sér una ilusion, un sueño consec
y tambien la humanidad, y nosotros mismos que
mos, como todo lo demás que hacemos? ¡Cuestio
pantosa, duda terrible, que se presenta al pensa
solitario de todo hombre que reflexiona!... Pero d
la razon levante esta duda, ¿se sigue que pueda
verla? de ningun modo; y en esto estamos com
mente de acuerdo con los filósofos escoceses... qu
tra esta imposibilidad lucha toda la filosofía mod
comenzando por Descartes.»

Esta franca declaracion nos pone á la vista la
cion absolutamente insostenible en que el libera
filosófico pretendia colocar á la razon humana. Po
parte le prohibia creer en los misterios cristianos
yados en la autoridad del mismo Dios, racional
asegurada, y por otra le imponia misterios casi i
mente incomprensibles, cuyas bases racionales se
nocia incapaz de descubrir. La creacion, la Provide
la distincion del alma y cuerpo, su union en un
naturaleza, el orígen temporal de la vida presente
eterna duracion de la vida futura, todos estos do
de la religion natural que el espiritualismo racion

ta quiere conservar, segun el liberalismo filosófico no encierran menos oscuridad que los dogmas de la Trinidad, de la Encarnacion y de la Eucaristía. Pero mientras la fe cristiana presenta á todos los hombres motivos de credibilidad y reglas precisas al alcance de todo el mundo para admitir todos estos misterios, lo mismo los del órden natural que los del órden sobrenatural; el racionalismo, rechazando unos y reteniendo otros, no ofrece á la generalidad de los hombres motivo ni regla alguna que más bien no haga imposible toda creencia, al mismo tiempo que les quita la única creencia verdaderamente racional. ¿Cómo, pues, esperar que tan manifiesta contradiccion pudiese por largo tiempo engañar á pueblos enteros, al francés por ejemplo, que se pica de ser el más lógico? Sacudiendo el yugo de los misterios, era inevitable que incurriesen en la misma reprobacion tanto los misterios filosóficos de la religion natural como los misterios teológicos de la religion revelada; puesto que el orgullo humano no se contenta más del Dios de la razon que del Dios del Evangelio. Puede muy bien mutilarlo con el deismo, reducirlo á un Dios *de carton*, que reina y no gobierna; pero aun así no queda satisfecho. Si un Dios semejante no es una realidad viva, todavía es una imágen odiosa, un espectro que turba el sueño. En lugar de hacer tantas cosas para desembarazarse de él, es mucho más lógico negar redondamente su existencia.

Sí, pero entonces ¿cómo se arreglará para resolver sin Dios los grandes problemas del orígen y fin de las cosas? ¿cómo se explicará el órden y los movimientos del mundo físico? ¿sobre qué segura base apoyaréis las

ma esperanza alimentamos, y para apresurar su realizacion examinemos el abatimiento á que nos ha condenado el liberalismo.

Su rebelion, como hemos visto, se obra en un doble terreno; en el terreno intelectual, en el que pretende sustraer la razon humana á la supremacía de la verdad divina, y en el terreno social, en el que no quiere reconocer ninguna autoridad emanada de Dios. Estudiaremos en primer lugar la degradacion y servidumbre á que, en el órden intelectual, el liberalismo condena á los pueblos, á quienes habia prometido hacer grandes y libres.

Embrutecer sistemáticamente la razon, envilecer la ciencia, hacer decaer las artes, degradar los ánimos, y por último, esclavizar el entendimiento, tales son las ventajas que nos ha llevado el liberalismo. Ahora nuestra dificultad no consiste en encontrar las pruebas que afirmen la realidad de semejantes beneficios, sino en poder en un cuadro muy estrecho encerrar la superabundancia de materiales.

I.

Primer beneficio del liberalismo: embrutece sistemáticamente la razon.

Para señalar el primer efecto del liberalismo intelectual no se vaya á creer que empleamos al acaso una expresion que á primera vista podria parecer poco mesurada. Sí, el impulso que ha dado á la razon el liberalismo, la ha embrutecido, y lo ha hecho del modo más

irreparable, puesto que la ha embrutecido sistemáticamente.

Harto sabido es que muy otra cosa se le habia prometido á la razon, cuando sacudió el yugo de la fe. Se le puso delante un inmenso horizonte, y nada debia contener sus progresos. Aquellos de nosotros que han atravesado la mitad del siglo, no han olvidado por cierto la época en que el Cristianismo debia defenderse contra un espiritualismo exagerado. Entonces en las altas cátedras del magisterio oficial se enseñaba, siguiendo las huellas de Malebranche, el sueño de la intuicion directa de lo absoluto; se elevaba la razon hasta la contemplacion trascendental de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, y se la ponia atrevidamente por encima de la fe, circunscrita á mirar solo á través de un velo las realidades superiores. Se nos prometia nada ménos que el próximo advenimiento de una nueva religion, «heredera é hija del cristianismo, que habia de reproducir sus dogmas, pero bajo formas que, mejor que las precedentes, se acomodarian á la manera con que hoy el mundo ve las cosas. Las verdades serán las mismas, se nos decia, pero la manifestacion será diferente; esta vez será del todo científica. Se llegará á ser teólogo á la vez que filósofo y naturalista (1).»

Notad bien el astuto proceder del liberalismo moderado. Robar al Cristianismo sus beneficios, sin reconocer sus derechos; menospreciar la supremacía de la fe, sin arrojarse en las negaciones extremas de la incredulidad; y despues de haberse servido de la libertad de pensamiento para sustraer la sociedad moderna á la influencia de la Iglesia, reservar la suprema direccion al

(1) Damiron, *Ensayo de la historia de la filosofía en el siglo XIX*, t. I, pág. 241.

esto encuentra una acogida tan apasionada entre las muchedumbres, que no tienen otro Dios que el vientre y quieren á toda costa desembarazarse del yugo del deber. Y así hasta que la humanidad habrá sufrido una transformacion radical, los hombres capaces de vencerse á sí mismos formarán una honrosa excepcion entre las muchedumbres dominadas por las propias pasiones. Entrad, por ejemplo, en una familia, en una escuela, en un taller, en una ciudad; donde quiera que dirijais el paso, encontraréis tantos ánimos favorablemente dispuestos hácia el libre pensamiento, cuantos corazones hay corrompidos por el libertinaje. Ínterin, se presentan doctores harto atrevidos para llevar hasta los extremos las consecuencias del principio, y estos con un cierto aparato científico pretenden demostrar á hombres ya sujetos á sus pasiones brutales, que en realidad son brutos perfeccionados, y que, descendientes de los brutos, no tienen un fin diverso del de estos. Y estas ignobles doctrinas, por lo mismo que son ignobles, son incomparablemente más aceptables para las muchedumbres que las más elevadas especulaciones.

Para ponerse de acuerdo con la filosofía espiritualista seria necesario reaccionar contra las exigencias de la sensualidad, hacer grandes sacrificios y reportar sobre sí mismo victorias análogas á las que exige el Cristianismo, y esto sin los auxilios que Jesucristo concede á sus discípulos. ¿Y no es este el caso de decir que el liberalismo está dotado de una singular simplicidad para llegar á creer que las poblaciones se impondrán estas luchas y sacrificios para satisfacer á las exigencias de una doctrina que no comprenden? no, esto no es posible. El triunfo de la democracia es in-

esto encuentra una acogida tan apasionada entre las muchedumbres, que no tienen otro Dios que el vientre y quieren á toda costa desembarazarse del yugo del deber. Y así hasta que la humanidad habrá sufrido una transformacion radical, los hombres capaces de vencerse á sí mismos formarán una honrosa excepcion entre las muchedumbres dominadas por las propias pasiones. Entrad, por ejemplo, en una familia, en una escuela, en un taller, en una ciudad; donde quiera que dirijais el paso, encontraréis tantos ánimos favorablemente dispuestos hácia el libre pensamiento, cuantos corazones hay corrompidos por el libertinaje. Ínterin, se presentan doctores harto atrevidos para llevar hasta los extremos las consecuencias del principio, y estos con un cierto aparato científico pretenden demostrar á hombres ya sujetos á sus pasiones brutales, que en realidad son brutos perfeccionados, y que, descendientes de los brutos, no tienen un fin diverso del de estos. Y estas ignobles doctrinas, por lo mismo que son ignobles, son incomparablemente más aceptables para las muchedumbres que las más elevadas especulaciones.

Para ponerse de acuerdo con la filosofía espiritualista seria necesario reaccionar contra las exigencias de la sensualidad, hacer grandes sacrificios y reportar sobre sí mismo victorias análogas á las que exige el Cristianismo, y esto sin los auxilios que Jesucristo concede á sus discípulos. ¿Y no es este el caso de decir que el liberalismo está dotado de una singular simplicidad para llegar á creer que las poblaciones se impondrán estas luchas y sacrificios para satisfacer á las exigencias de una doctrina que no comprenden? no, esto no es posible. El triunfo de la democracia es in-

compatible con el reino de la filosofía espiritualista, esencialmente aristocrática. Puesto que el liberalismo ha destruido todas las aristocracias, hay que resignarse á ver como la filosofía, al igual que todo lo demás, sufre el yugo del *profanum vulgus*. Para las muchedumbres no hay más que dos religiones: el cristianismo ó el materialismo. Pues bien, el liberalismo, haciendo soberanas á las muchedumbres, les ha quitado el cristianismo; por lo tanto ha preparado su propia ruina y el triunfo del radicalismo. Laméntese, pues, cuanto quiera, mirando una y otra vez el fango con que este desbordado torrente cubre la sociedad; llore sobre la degradacion de los ánimos siempre creciente, sobre el oscurecimiento de los principios, sobre la destruccion de la civilizacion verdadera: á los ojos de la posteridad sobre él caerá inexorablemente la responsabilidad de tan espantoso desastre.

II.

Segundo beneficio del liberalismo: envilece la ciencia.

Para mejor confundir al liberalismo, emplearémos el lenguaje que él mismo ha puesto en boga. Apenas la razon fué emancipada de la tutela de la fe por la conspiracion de un puñado de hombres que se hacian llamar filósofos, la filosofía, ciencia racional por excelencia, cesó de ser considerada como tal, reservándose solo este título para el conocimiento de las relaciones de los números y de las leyes de la materia. El conjunto de este conocimiento se llama hoy *la ciencia,* que á juicio del liberalismo tiene la suprema autoridad. Para

zon, que por la ciencia hemos sido vencidos. La causa de esto está en el régimen que nos aplasta ochenta años há *(que es la data del advenimiento del liberalismo);* régimen que subordina á los hombres de la ciencia á los hombres de la política y administracion; régimen que hace tratar las cosas de la ciencia, su propagacion, su enseñanza y sus aplicaciones por ciertas clases de gente y carrera que carecen de toda competencia, y por lo tanto del amor al progreso.»

La Memoria de la Academia no dice más; pero el *Diario oficial* es más completo: «Saint-Claire Deville ha señalado con franqueza la causa inmediata de la decadencia de la ciencia. ¿Y cuál es esta causa? Es la institucion en la que reconocemos claramente la organizacion del liberalismo intelectual: la Universidad. «Desde mucho tiempo, ha dicho el docto profesor, «hago parte de la Universidad, y me aproximo ya al «retiro; pues bien, debo declararlo con franqueza; hé «aquí lo que pienso en el fondo de mi alma y en mi «conciencia: La Universidad, tal como está organizada, «nos llevará á la ignorancia absoluta (1).»

Hé aquí, pues, el reino del liberalismo altamente denunciado como fatal á la ciencia; hé aquí su enseñanza acusada por un miembro del Supremo Tribunal científico como la que lleva á la ignorancia absoluta al pueblo que se jacta de ser el más ilustrado del mundo. Y ¡cosa digna de la mayor atencion! tan grave acusacion no tuvo ni siquiera un solo contradictor. La Academia la sancionó con su silencio, y algunos de sus más ilustres miembros han venido despues en apo-

(1) *Diario oficial* del 7 de mayo de 1871, citado por *El Universo* del 8.

yo de Saint-Claire Deville, corroborando sus afirmaciones con otras autoridades del mayor peso. Dumas, por ejemplo, se expresó del siguiente modo: «La cuestion suscitada por Saint-Claire Deville era poco há objeto del exámen más atento por parte de la Comision encargada de preparar la libertad de la enseñanza superior, bajo la presidencia de Guizot... Por la mayor parte de los miembros de la Comision se habia reconocido que el sistema adoptado sesenta años há en nuestro país para el reglamento de la enseñanza superior constituia una causa permanente de decadencia y abatimiento, á que por último convenia llevar pronto y eficaz remedio. Las causas de este anonadamiento se reducen en principio á una sola: la centralizacion administrativa, que, aplicada á la Universidad, ha debilitado nuestra enseñanza superior... Antes que estallase nuestra primera revolucion, las universidades francesas eran independientes, como lo son aun hoy dia las de otros países... Los grandes hombres que aquella época vió salir, son otros tantos gloriosos testigos que proclaman á la faz de la historia la profundidad de los estudios y el vigor de la disciplina de la libre enseñanza de nuestros padres.»

Ahí teneis de qué manera uno de nuestros más distinguidos sábios desea la libertad y la ciencia del antiguo régimen, que el liberalismo ha destruido para emancipar el espíritu humano. Con todo, en la época mencionada por Dumas las universidades habian ya perdido una gran parte de aquella noble independencia y fecunda vitalidad que gozado habian en los tiempos cristianos. ¡Y despues de esto nos vienen á hablar aun de la esclavitud de la Edad media, y de las modernas libertades!

Quatrefages confirma las reflexiones arriba puestas. «Dumas, dice, ha recordado la independencia de nuestras antiguas universidades, y el esplendor difundido por cada una de ellas. Todo esto es verdad; pero hay que recordar además que nuestras universidades, constituyendo grandes centros de instruccion, eran al mismo tiempo ricos propietarios, como aun lo son las universidades inglesas, abundantemente dotadas desde siglos por la generosidad de los reyes y de los particulares.» *(Quatrefages olvida la Iglesia, la cual en Inglaterra y en el resto de Europa ha hecho mucho más que los soberanos y los particulares para la creacion y dotacion de las universidades.)* «Nada de semejante existe en Francia. Desde la primera revolucion, el Estado se ha apoderado de los bienes de nuestros grandes establecimientos de instruccion pública, y cabalmente por esto se ha esforzado en conservar en ellos á su costa al menos el equivalente de lo que destruia. Mas harto sabemos todos con qué poco cuidado ha cumplido semejante empeño.»

Los lectores convendrán sin duda con nosotros en que era imposible establecer con mayor autoridad y demostrar con más solidez el fatal influjo del liberalismo en la ciencia. Esto no obstante, alguno nos podria quizá oponer que el envilecimiento de la ciencia es atribuida por nuestros sábios, no al liberalismo en general, sino á la llamada *centralizacion*. Ahora bien, se nos dirá, la centralizacion, que es la manía del liberalismo francés, no tiene nada que ver con la naturaleza del sistema liberal. En Inglaterra y en los Estados-Unidos vemos dos pueblos eminentemente liberales conservar celosamente sus libertades individuales, mu-

ipales é individuales. ¿Por qué, pues, culpar á una :trina de lo que no es más que un abuso de ella? La objecion estaria fundada, y el liberalismo habria amente contraido con la centralizacion una alianza ramente accidental, si no estuviese menos convenci- de haber detenido el progreso de la ciencia, y de ha- rla privado de su legítima independencia en el tiem- mismo en que se gloriaba de emanciparla, destru- ndo el órden social fundado en la supremacía de la . A más de que no hay que olvidar que el liberalismo es solamente una doctrina, sí que tambien un sis- ma liberal. Igualmente que el Cristianismo, cuyo lu- r pretende tomar en el mundo, se atreve á resolver das las cuestiones que interesan al desarrollo de la manidad. Si, pues, en la práctica él detiene el pro- eso de la ciencia, esto se le debe achacar, aun cuan- su doctrina no tomase en ello ninguna participa- on. No se puede negar que en Francia y en todo el ntinente de Europa la centralizacion, hija del cesa- smo, haya sido graciosamente acogida, amorosamen- acariciada, constantemente desenvuelta y defendida or el liberalismo. Ella ha sido su más poderoso auxi- ar en los esfuerzos que ha hecho para dificultar la in- uencia de la Iglesia; y por esto cuando oimos á los octos quejarse de que esta centralizacion ha sido aun ás nociva al progreso de la ciencia, estamos en el de- echo de culpar de ello al liberalismo y contarlo como no de los artículos de su bancarrota intelectual.

Pero hay más. La conexion del liberalismo con la entralizacion no es meramente accidental; ella entra n la naturaleza misma de la doctrina. Bajo mentido ombre, esta doctrina es esencialmente enemiga de to-

das las libertades indivíduales y locales, lo que nos será fácil demostrar cuando examinarémos los efectos sociales del liberalismo, donde podrémos comparar con sus tendencias de centralizacion el *self governement*, tan estimado entre los anglo-sajones.

Hoy por hoy podemos invocar, tocante á los demás pueblos, el testimonio unánime y constante de los hechos. En estos mismos dias vemos consumarse en la capital del mundo católico, invadida por el liberalismo piamontés, aquel mismo atentado de *lesa ciencia*, cuyas funestas consecuencias para la Francia recordaba Quatrefages. Aquellas grandes universidades, que desde siglos irradiaban sobre el mundo entero una luz tan esplendorosa y fecunda, son destruidas por un gobierno rapaz, que promete sustituirlas ventajosamente con escuelas oficiales. Por lo llevado á cabo, fácilmente se puede prever el modo como se cumplirán sus promesas.

Queda demostrado, pues, que destronando, ó mejor, embruteciendo la razon y destruyendo la filosofía, el liberalismo envilece las ciencias inferiores é impide su desarrollo. Falta ahora ver cómo trata él la literatura y las bellas artes.

III.

Tercer beneficio del liberalismo : hace decaer la literatura y las bellas artes.

En este ramo los hechos son tan patentes, que es casi supérfluo discutirlo. La decadencia en Francia de la literatura y la esterilidad de sus escuelas de bellas ar-

es saltan á la vista de todos y promueven universales amentos.

¿No era por cierto un profeta el P. Lacordaire cuano en 1833, esforzándose por curar de la fiebre liberal su amigo Montalembert, le escribia: «Para tí está ien demostrado que la libertad de la imprenta no será a ruina de la libertad europea y de la literatura: ¿no es tú en qué abyeccion esta última ha caido en Frania?» ¡Ay! los progresos del liberalismo nos reservaban iumillaciones mucho más graves todavía. La época en ue Lacordaire escribia aquellas líneas era la edad de ro del liberalismo. Ella puede ser considerada como ma época de esplendor literario, si se la compara con os tiempos posteriores. Por más incompleta y mal diigida que fuese la reaccion religiosa que se verificó espues de la caida del primer Bonaparte, con todo rodujo un movimiento literario análogo, si bien en rado muy inferior, al que siguió al triunfo del Catoliismo despues de las guerras religiosas del siglo XVI. ,as grandes cuestiones que entonces se agitaron, dieon á los mismos incrédulos cierta elevacion de pensaniento y una nobleza de estilo, que en vano se buscan n sus sucesores. ¿Cuáles son los publicistas y poetas jue el moderno liberalismo osaria comparar, no digo on Montalembert, Bonald, Lamennais, Lamartine ó Víctor Hugo cristianos; sino con Guizot, Cousin, Vilemain, Jouffroy, Alfredo de Musset ó Casimiro Delavigne? Verdaderamente excita piedad ver el embarazo en que se encuentra toda una Academia francesa, cuando la desaparicion sucesiva de aquellos astros de nuestro firmamento literario la obliga, para no dejar vacío su asiento, á ponerse en busca de nuevos hombres *in-*

mortales. Mas de una vez ¡ay! por falta de estrellas de primera y hasta de quinta magnitud, el ilustre Cuerpo ha tenido que recurrir á celebridades invisibles á los ojos del gran público. Verdad es que en cambio las puertas del palacio Mazarino han quedado cerradas á este ó aquel escritor que, por la vivacidad de su estilo, la pureza antigua de su diccion, su genio del todo especial, la extension de sus conocimientos literarios, su innegable superioridad en los más variados ramos del saber y la inagotable fecundidad de su pluma, habria honrado al gran siglo, y realzado el nuestro algun tanto á los ojos de la posteridad; pero no atina seguramente el liberalismo á reivindicar la gloria de haber producido aquel grande escritor, no habiendo contribuido por otra parte sino á excitar su estro poético y su generosa indignacion.

Una sola semejanza bastará para caracterizar la literatura de la época actual: mientras los mejores libros á duras penas se logran vender, los directores del *Fígaro* y del *Pequeño Diario* se fabrican palacios con el producto de sus frívolos periódicos.

Hé aquí, á decir verdad, cuál es la literatura que hoy está segura de buen éxito, la sola que lleva rápidamente á la celebridad y fortuna: el artículo del periódico. Si el conde de Rochefort-Luçay hubiese continuado escribiendo odas para los Juegos florales, habria corrido gran riesgo de morir en un hospital; pero se puso á escribir la *Linterna* y se elevó al supremo poder. Verdad es que el triunfo no ha sido duradero, y que del *Palacio de la Ciudad,* á donde su *Linterna* habia aplicado el fuego, el tribuno del 4 de setiembre hubo de partir para Nueva Caledonia; mas con todo esto nada

ha perdido de su favor ante el pueblo soberano, ni nada nos indica tampoco que el desenvolvimiento regular de la organizacion liberal no viniese á confiar de nuevo los destinos de la Francia á este héroe de la literatura contemporánea.

Ni hay que ver en estos hechos simples juegos de azar; no, este desprecio de todo mérito verdadero, estos honores tributados á los sicofantas literarios, son los efectos necesarios del estado á que el liberalismo ha reducido nuestra sociedad. Lo cual demostrarémos brevemente: el periodismo es el resorte principal é indispensable de la organizacion social, que el liberalismo ha sustituido á la organizacion cristiana, y el reinado del periodismo es la muerte de toda séria literatura.

Siendo así, ¿qué es lo que vemos, pues? Lo decimos con rubor, ¿pero á qué vendria ocultarlo? La misma predicacion, esta rama de literatura, que se eleva hasta los cielos, créese las más de las veces obligada, para atraer las muchedumbres, á embellecer su estilo con colores y adornos periodísticos. Se dice que para instruir es menester antes de todo hacerse escuchar, y que es imposible hacerse escuchar sin emplear formas de lenguaje que no se aparten de la instruccion séria. Si Bourdaloue volviese entre nosotros con su poderosa lógica y la noble severidad de su estilo, haria huir á la mayor parte del auditorio de nuestros dias; pero si alguna vez se le ocurriese al *Fígaro* hacerse predicador, no tendria necesidad de modificar mucho su estilo para ser preferido por más de un elegante católico al grande orador de la Corte de Luis XIV.

Las artes del diseño y de la música no podrian me-

nos que seguir el arte del lenguaje en la pendiente á que el liberalismo arrastra á todos los elementos de nuestra civilizacion. La decadencia bajo este punto de vista es tan evidente, que ni siquiera tratan de negarla los encomiadores más extremados del progreso actual. Ellos mismos afirman la universalidad de los lamentos que aquella provoca; y si acaso tímidamente insinúan que en esto podria haber alguna exageracion, no obstante con el exámen de los hechos demuestran que son bastante bien fundados. La crítica de la *Revista de ambos Mundos,* que daba cuenta del *Salon* de 1873, comenzaba así su artículo: «No hay que extrañar los lamentos exagerados con que sale anualmente la Exposicion de Bellas Artes acerca de la esterilidad de la escuela francesa y la decadencia del arte moderno... La crítica séria está obligada á ser más atenta y menos arrogante. En resúmen, hacer la visita de un Salon es lo mismo que hacer la visita de las ideas de su tiempo. La crítica no consiste solamente en alabar las mejores obras y señalarlas á la admiracion del público, sí que tambien es necesario que examine el movimiento de los espíritus, la direccion de las ideas que se entregue, por decirlo así, á un estudio de las costumbres. En este sentido no debe temer el exámen diligente de las obras imperfectas y medianas, ni tampoco amilanarse si raras veces encuentra la ocasion de aplaudir (1).»

Al dictar estas líneas, el crítico liberal no tenia por cierto conciencia de la severa censura con que heria

(1) *Revista de ambos Mundos*, 1.° de junio de 1873, p. 628: *El Salon de* 1873, por Duvernier de Hausanne, diputado de la Asamblea nacional.

no solo el arte moderno, sí que tambien la sociedad que el liberalismo ha marcado con su sello. Sí, es completísima verdad que el arte es una de las más sentidas manifestaciones de las ideas, de las costumbres, del valor moral de una edad; y por lo mismo es derecho y deber del crítico buscar en las obras del arte el índice del progreso ó retroceso de la vida social, la medida del movimiento ascendente ó descendente del espíritu público. Partiendo de estos datos perfectamente exactos, nuestra crítica nos sugiere por sí misma el juicio que se ha de dar sobre la época presente; ya que de año en año vemos desaparecer las creaciones magistrales y multiplicarse «las obras imperfectas ó medianas.» Sea el crítico sincero, y reconocerá en esta decadencia del arte el efecto de la decadencia general de las ideas y de los espíritus.

Y á la verdad, las bellas artes no pueden florecer sino en una sociedad en que reinen los nobles sentimientos y las sublimes inspiraciones, cuyo manantial ha secado y obstruido el liberalismo. Más aun que la filosofía, las bellas artes son esencialmente aristocráticas, lo cual no les impide que sean populares en los pueblos en quienes el Cristianismo conserva el respeto y amor de la verdadera grandeza. Burgés de nacimiento, en vez de ennoblecer las clases medias las ha llevado á humillar la nobleza, excepto el caso de verse el mismo liberalismo, en virtud de sus principios, humillado á su vez por la democracia. Por consecuencia necesaria, primero ha hecho descender la nobleza del arte hasta una medianía burgés, para despues ponerla al nivel de los vergonzosos instintos del populacho. El sufragio universal tiene por inevitables corolarios, en

filosofía el positivismo brutal, y en las artes el abyecto realismo. Si Augusto Compte es el Platon de la democracia liberal, Courbet es su Rafael.

Seria demasiado exigente quien pretendiese de un crítico de la *Revista de ambos Mundos* una explicacion por otra parte completa de la decadencia del arte moderno. Esto no obstante, la evidencia de los hechos obliga al escritor de aquel artículo á hacer alguna confesion, y cuando llega á las conclusiones está perfectamente de acuerdo con los doctos, que poco há atribuian la decadencia de la ciencia á la centralizacion liberal. «La iniciativa individual languidece, las grandes escuelas privadas van desapareciendo, y se acaba aquella fecunda emulacion que en otros tiempos animaba los estudios de los maestros. Los jóvenes se ven obligados á recibir una enseñanza oficial y comun, que compartida sucesivamente por muchos preceptores asalariados, no constituye ningun vínculo entre el discípulo y el maestro, ni les permite elegirse mútuamente segun sus preferencias y aptitudes... La centralizacion administrativa es igualmente nociva al arte que á la libertad (1).»

Siempre la misma conclusion: y no somos nosotros los que por raciocinio la sacamos de los dogmas de la fe y de los principios de la filosofía cristiana; son los hombres menos hostiles al liberalismo, obligados por la evidencia de los hechos á deponer en contra. Despues de un siglo de reinar, el liberalismo está convencido de haber hecho decaer y oprimido duramente todo lo que queria emancipar de la tutela de la fe cristiana:

(1) *Revista de ambos Mundos*, 15 de junio de 1873, p. 830.

la razon, las ciencias y las artes. Para completar el balance de la bancarrota intelectual nos queda que ver como el liberalismo ha degradado sistemáticamente las inteligencias y los ánimos, é impuesto al pensamiento público, á la razon, la más ignominiosa esclavitud que haya podido soportar jamás.

IV.

Cuarto beneficio del liberalismo: degrada los ánimos con la educacion.

La actividad intelectual de un pueblo se manifiesta en gran parte por la filosofía, las ciencias y artes, que son como los conductos por los que se derrama aquella vital energía que brota del interior de las almas. Si el liberalismo se hubiese limitado con su maléfico influjo á obstruir estos canales, la vida social habria quedado momentáneamente interrumpida, y las inteligencias hubieran tomado de nuevo su movimiento de ascension despues de un período de abatimiento. Pero el reinado del liberalismo ni siquiera nos deja esta esperanza, pues su gravísimo delito es mutilar las almas. Para esto se apodera de ellos desde los primeros años á fin de sofocar sus fuerzas vivas, y arrancándoles el amor á la verdad, las enerva de modo que no puedan recobrarla varonilmente y con ella estrechar aquella union fecunda, que es el honor sumo de la criatura racional.

Empeñado el liberalismo en producir esta sistemática degradacion de las almas de un modo permanente y constante, ha inventado un mecanismo cuyos perni-

ciosos efectos fueron varias veces señalados por elocuentes voces, que nada pudieron lograr; puesto que se ha conservado bajo todas las formas de gobierno en Francia, hasta durante la Restauracion. Y tan ingenioso es este mecanismo, que atrae aun á piadosos eclesiásticos y á excelentes cristianos, y les hace concurrir hasta con su piedad y celo al resultado general, que, segun confesion de todos los testigos imparciales, es la destruccion de la fe y piedad en millares de jóvenes. De lo cual no se puede dudar, cuando los hechos son no menos ciertos que numerosos, sobreabundan los testimonios, y la experiencia de casi un siglo ha dado á conocer la naturaleza de la planta por lo amargo de sus frutos. Sin embargo, nosotros apenas nos atrevemos á exponer nuestras convicciones y presentar las pruebas que tenemos, temerosos de que nuestros lectores, aun los mejor dispuestos, nos acusen de denigrar injustamente una institucion buena en sí misma, y funesta solamente por los errores ó por la perversidad de algunos de sus miembros.

Antes de todo queremos rechazar semejante acusacion; y si el lector se complace en seguirnos, le demostrarémos lo contrario. No es nuestro intento hablar de los miembros de la Universidad, cuyos méritos estamos dispuestos á reconocer; pero probarémos que, si esta obra es radicalmente mala, es porque viene á ser la organizacion liberal del Estado *docente*. El principio liberal que lo informa constituye un instrumento de degradacion para las almas, á pesar de las mejores intenciones de los que toman parte en ella. Lo cual se efectúa de muchas maneras: primero destruyendo en las almas el amor de la verdad, despues haciendo im-

posible su educacion moral, y finalmente ciñendo á todo el país con una barrera tiránica, que impide toda instruccion séria y todo progreso real. Mas antes de probar la verdad y necesidad de estos resultados, hay que justificar la asercion con que hemos principiado.

1.° *Entre la Universidad y el liberalismo ¿hay tan estrecha conexion como hemos indicado nosotros* (1)?

Cuantos confunden el liberalismo con el amor á la libertad negarán desde luego esta conexion, haciendo observar cuán difícil es concebir nada menos liberal que la institucion de la Universidad. La cual, dicen, es creacion de un poder cesáreo y despótico en alto grado, y que, permaneciendo demasiado tiempo fiel á su orígen, ha sostenido con encarnizado odio su monopolio contra la Iglesia, contra las familias y hasta contra la misma Carta constitucional. Todo esto es verdad; pero bajo este mismo punto de vista la Universidad muestra ser hija legítima del liberalismo, y la objecion propuesta está tan léjos de debilitar nuestra tésis, que aun supera nuestras conclusiones. Lo que deseamos nosotros probar con el presente estudio es que el liberalismo, queriendo para sí una libertad contra la naturaleza, destruye toda clase de verdadera libertad. No hay, pues, que investigar si la Universidad favorece la libertad, sino si trae su orígen del liberalismo. Quien, queriendo demostrar lo contrario, recordase el orígen cesáreo de una tal institucion, daria á comprender que cree que el cesarismo y el liberalismo son dos errores diferentes, cuando en realidad no son más que dos formas de un mismo error. El señor Arzobispo de West-

(1) El autor habla de la Universidad oficial, tal cual ahora está instituida y organizada. *(N. del T.).*

minster lo ha probado incontestablemente: no; entre el catolicismo ultramontano y el puro cesarismo no hay medio alguno; y nosotros, confiando discutir en otra parte esta cuestion, creemos que al intento basta demostrar que el cesarismo y el liberalismo tienen un orígen comun, que es cabalmente el que ha dado orígen á la Universidad: queremos decir, la supremacía del Estado y su independencia respecto de la verdad revelada..

En efecto, si el poder civil es supremo, aun en el órden moral, abrazará todos los intereses sociales y tendrá el derecho de regularlos á su gusto (1). Pero ¿qué interés mayor para la sociedad civil que la educacion, ó sea la formacion de las nuevas generaciones? Está fuera de duda que, dentro cuarenta años, la marcha de la sociedad seguirá aquella direccion que le darán los niños que hoy se sientan en los bancos de la escuela, y que en último resultado, estos niños de hoy serán un dia tales, cuales los habrá hecho la educacion. La sociedad, pues, no puede permanecer indiferente en lo que atañe á la educacion de las nuevas generaciones, á no ser que no quiera importársele nada su propia existencia; y puesto que el liberalismo no consiente al Estado reconocer en otra autoridad superior la mision de dirigir este gran acto social, él por lo tanto debe y puede apropiarse esta direccion.

Sí, él debe y puede hacerlo segun los principios del liberalismo; pero, segun el buen sentido, el Estado liberal, menos que nadie, ni puede ni debe hacerlo. Y la razon es perentoria: para enseñar es menester ante to-

(1) Así lo declaraba no ha mucho Minghetti, ministro de Italia. *(N. del T.)*.

do tener una doctrina; mas el Estado liberal, si es consecuente, no debe ni puede tenerla, habiendo de mantenerse neutral en órden á todas las creencias, de quienes saca la ley moral sus motivos y la sancion indispensable. Nadie le prohibe tolerar la enseñanza del Cristianismo, y hasta prodigarle subvenciones; pero no puede excluir cualquiera otra contraria enseñanza, sin contradecir á sus principios. Llegando á ser la educacion un cargo público, la libertad de cultos y la igualdad civil no permiten se prohiba su ejercicio al protestante, al judío, al deista y al positivista. Por lo demás, aunque esto se quisiera, no se encontraria en la organizacion del Estado liberal ningun tribunal á propósito para juzgar de las doctrinas. En efecto, ¿á quién podria encargarse el exámen de los alumnos de la Escuela normal sobre su ortodoxia?

Hénos, pues, frente á frente de una de aquellas contradicciones en que tanto abunda la teoría liberal. Por una parte impone al Estado el deber de dirigir la enseñanza, y por otra le hace completamente incapaz de cumplir con este deber. Y la Universidad no es otra cosa que la verificacion de semejante contrariedad; ella es el Estado convertido en maestro de escuela, que se asume el cargo de instruir á la juventud, sin que él mismo tenga doctrina alguna. Una tal institucion, decimos y demostramos, debe producir deplorables efectos que hemos indicado ya, en la universalidad de almas cuya formacion ella prosigue.

2.° *Ella por necesidad ha de destruir en estas almas el respeto y amor á la verdad.*

No, estos dos sentimientos no pueden subsistir con el indiferentismo doctrinal, impuesto por el liberalismo

á la Universidad. Tanto se respeta y ama la verdad, cuanto se desprecia y odia el error; y si bien puede amarse y apreciarse una persona que se engaña, empero, desde el momento que ponga en el mismo nivel su error y la verdad, esta ya no es reconocida por tal, puesto que la luz no podria confundirse con las tinieblas sin dejar de ser luz. En el espíritu en que se ha obrado esta mescolanza sucede á la luz brillante de la certeza el vago vislumbre de la opinion, y entonces han concluido para él las enérgicas convicciones que forman los grandes y sublimes caractéres. Cabalmente por esto la Universidad que está fundada en el indiferentismo doctrinal no puede crear ya en el espíritu de la juventud firmes convicciones. Es verdad que en su Carta de fundacion se lee que *los preceptos de la religion católica deben ser la base de la educacion.* Mas en la religion católica lòs preceptos de la moral tienen por base la creencia de los dogmas; ¿y cómo podréis imponer esta fe á los alumnos de la Universidad, cuando no hay manera de hacerla aceptar á los profesores? En la edad propia para sentar sólidas convicciones en los ánimos jóvenes, la Universidad les ofrece las más discordantes opiniones, sostenidas con igual autoridad por hombres á quienes deben igual respeto. ¿Por ventura hay que esperar otra cosa de jóvenes sometidos á tan opuestas corrientes, que la neutralidad y el indiferentismo?

Aun queriendo suponer las más favorables condiciones, imaginémonos que en todo establecimiento universitario hay una gran mayoría de profesores sinceramente cristianos, y que aquellos profesores que no creen, tienen bastante discrecion para no manifestar

claramente su propia incredulidad. Si no queremos suponerlos hipócritas, no podemos admitir que siempre logren ocultar sus verdaderos sentimientos á las penetrantes miradas de sus alumnos. Estos en cambio tendrán de contínuo á la vista á hombres revestidos de la mision de instruirles, hombres distinguidos, cuanto se quiera, por su saber y elocuencia, pero que ni poco ni mucho creen en nada de lo que la Iglesia enseña como indispensable para la eterna salvacion. Y el contagio de su escepticismo inficionará tanto más la fe de los discípulos, cuanto más estudio pongan sus incrédulos maestros en moderar la manifestacion de sus sentimientos. Por lo que el ejemplo de estos será mucho más poderoso sin comparacion para engendrar la duda en aquellos, que no lo será la autoridad de los profesores creyentes para llevar la persuasion de su fe en los mismos, por la sencilla razon de que para creer es necesario un enérgico esfuerzo, mas para dudar basta abstenerse de cualquiera resistencia. Es la duda una pendiente resbaladiza, hácia la cual la razon del jóven es arrastrada con una fuerza que guarda proporcion con su curiosidad é ignorancia; y mientras aquella le hace más fácil la duda, esta le hace más difícil la certeza razonable. Por de pronto bastarian estos impulsos interiores para precipitarla; ¿cómo podrá ella resistir, si estos son ayudados por influencias exteriores?

¿Y quién podrá calcular el número de jóvenes desgraciados, de cuya inteligencia la enseñanza liberal arrancó la fe? Ahí teneis un testigo bien informado. El P. Lacordaire, siendo capellan del Liceo Enrique IV, recibió de sus compañeros el encargo de referir en una Memoria los resultados de su comun experiencia, y en

telectual su empresa emancipadora, empleando para ello la más ingeniosa y potente de sus invenciones: el periodismo. Jamás el género humano habia visto tan rigurosamente cumplirse el oráculo divino: *Por aquello mismo por que uno peca es castigado*. En efecto, proclamar la libertad de pensamiento es producir necesariamente el periodismo, y el periodismo da por resultado inevitable la esclavitud universal del pensamiento.

Esto es evidente; de cien personas que gusten llamarse libre-pensadores, noventa y nueve por lo menos no tienen ni pueden tener una idea propia de las cuestiones religiosas y sociales. ¿Qué hacer, pues? ¿Callarán sobre las mismas? Esto no es posible. ¿Hablarán de ellas segun las enseñanzas de Jesucristo y de la Iglesia? De ningun modo, pues creerian así abdicar su libertad. No les queda más que un solo partido, y de él se asen sin vacilar; y es recibir con la boca abierta la doctrina que cada mañana les remiten, sobre tan graves cuestiones, unos fulanos que hacen el negocio de pensar por ellos. Hé aquí, pues, lo que ocupa el lugar del Evangelio para la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos. Su libertad de pensamiento consiste en pensar segun su periódico, ó por mejor decir, en no pensar de ningun modo.

No ha mucho que la *Saturday Review*, uno de los más acreditados órganos del liberalismo inglés, confirmaba esto mismo, declarando que es imposible que atienda á la salud del alma propia quien tiene habitual lectura de periódicos. «Semejante lectura, decia el diario inglés, acaba por gastar el propio juicio, hace perder la iniciativa intelectual, y generalmente apaga las facultades mentales, sustituyendo á la lectura inteligente

ajo es inútil; perdemos toda influencia religiosa so-
re el jóven, para quien no somos ya ministros de Je-
ucristo, sino simples profesores de filosofía. Cuando
ueremos dirigir á aquellos jóvenes nuestra palabra,
entimos que falta en nuestros labios el santo valor de
a fe... Nada más podemos entonces pretender sino ar-
ojar alguna duda en su espíritu, hacerles pensar que
l fin de cuentas será tal vez posible que el Evangelio
ea la obra de Dios; y desgraciadamente ni siquiera lo-
gramos infundir siempre en su espíritu este último te-
mor contra las preocupaciones del mundo.»

Así habla el más ilustre de los capellanes que la
Universidad habia empleado en sus colegios, y da con
a verdadera razon al afirmar la impotencia á que se ve
condenado el ministerio sacerdotal en dichos estableci-
mientos. La condicion del capellan en estas casas de
educacion es tan desfavorable, porque la religion mis-
ma ocupa en ellas un lugar muy accesorio. «¿Cómo po-
drán creer los jóvenes, viendo la religion tan desprecia-
da, escuchando cada dia discursos tan disparatados, en-
contrando el Cristianismo solamente en la capilla, y un
Cristianismo por añadidura vacío, de pura forma y com-
pletamente oficial?»

Mas supongamos que la fe no sea enteramente des-
truida por esta especie de enseñanza; ¿acaso no habrá
necesidad de un prodigio para que pueda imprimirse en
los entendimientos aquella tendencia hácia la verdad,
que es la condicion de todo seguro progreso? El progre-
so exactamente definido es el camino que nos lleva al
objeto final de la vida, y para el hombre sólo hay abierto
un camino que lo lleve á su destino moral: el camino
del sacrificio. Ahora bien, para moverse uno hácia el fin

de su destino primero tiene que medir y apreciar su altura; por su parte la voluntad no puede tender hácia él con resolucion, sino en cuanto el entendimiento le presenta motivos proporcionados al mismo. Pero como la energía de los actos está siempre en relacion con la firmeza de las convicciones, por esto jamás la duda y el indiferentismo han inspirado grandes sacrificios.

Hé aquí el gran mal de la época presente. A la Francia y á todas las naciones, más que cañones y soldados, les faltan hombres, *viri:* esto todo el mundo lo siente y deplora. ¿Cuándo, pues, será que, remontándonos de los efectos á la causa, reconocerémos que nos faltan hombres; puesto que, en lugar de formarlos tales, hemos ido destruyendo en nuestros hijos el principal elemento de la fuerza intelectual, ó sea el amor de la verdad?

3.° Pero la enseñanza liberal, incapaz como es de formar las inteligencias, es aun mucho más impotente para llenar el otro cargo que tomó sobre sí para con las nuevas generaciones, ó sea, *la formacion de los corazones, que es la educacion propiamente dicha.*

La educacion, como se sabe muy bien, es muy diferente de la instruccion: ya que no es su solo objeto hacer bachilleres, esta es la última parte de su ministerio: por la educacion, que es la primera y principal parte, se pretende formar hombres. Propio de ella es el *criar y nutrir*, desenvolviendo armoniosamente todas las facultades, y en especial aquellas que constituyen el valor personal, el mérito del hombre, queremos decir, el corazon y la voluntad. Educar, pues, es engendrar segunda vez al hombre; es verdaderamente un parto moral, no menos laborioso que el que tiene por término la

roduccion de la vida física. No de otra manera que sta, la educacion ha menester de dos fuerzas, de dos mores, á los que quiso Dios confiar la proteccion y el recimiento de todo sér que nace, esto es, del amor paərno y materno, de la autoridad y de la ternura. Que i los padres, primeros depositarios de este doble tesoro, .o pueden por sí mismos cumplir la grande obra para a cual les ha sido aquel confiado, si no se hallan en stado de consagrarse á la educacion de su familia, tieıen el estrechísimo deber de confiar tan grave y difíil cargo á personas en quienes puedan sus hijos en-;ontrar todo el espíritu de sacrificio, toda la autoridad r ternura que infundióles Dios en su pecho.

Pero ¿encuentran realmente esto en la organizacion iberal de la enseñanza del Estado? No por cierto,)orque esta enseñanza, siendo liberal, está desprovista le autoridad, y siendo cesárea y administrativa, está alta de ternura, y por consiguiente carece á la vez de as dos condiciones que se requieren necesariamente para el buen éxito de la educacion. Y á la verdad, ¿á qué tiende tamaña solicitud? á penetrar en lo más íntimo de estos corazones jóvenes á fin de sofocar en gérmen los malos instintos y dar recta direccion á las buenas inclinaciones. Mas ¿quién podrá ejercer una autoridad semejante, si no hubiere recibido la mision de lo alto? ¿Bastará presentarse en nombre de aquel sér abstracto y sin corazon que se llama Estado? Esto tiene la educacion de comun con la maternidad, que sus más importantes cargos son los menos lisonjeros para la naturaleza, y por lo mismo son aquellos en cuyo cumplimiento no aparece ningun motivo humano que puela sustituir al sacrificio de sí propio.

Respecto de la instruccion, estando rodeada de una aureola de luz, hace que los ingenios brillen y recojan, á la vez que envanecedores aplausos, ventajas más positivas: esta es la razon por que no es difícil topar con profesores hábiles é instruidos. Pero respecto de la educacion hay un cargo más importante que el de profesor, y es el de quien vigila constantemente á los jóvenes y vive siempre con ellos. A este se le ofrecen mil ocasiones para conocer la índole de los alumnos, sentir la expresion espontánea de sus sentimientos, ganar su amistad y confianza, y ejercer sobre los mismos la accion penetrante de sus consejos. En los colegios de eclesiásticos ó religiosos es considerado como un tesoro un buen ayo, y su cargo no es menos honorífico que el del más renombrado profesor: en los demás establecimientos no pierde nada de su importancia y necesidad; pero ¿cómo es considerado? ¿quién es el que lo ejerce? empleados de inferior categoría, principiantes sin experiencia, personas á veces que, no sabiendo otra cosa en que ocuparse, por desgracia suya aceptaron este cargo. Por lo cual no hay que maravillarse de que, siendo tenidos en muy poco por los alumnos, nada les importe adquirir sobre ellos alguna autoridad, creyéndose harto afortunados si no llegan á ser el blanco de sus burlas ó las víctimas de su persecucion. De ahí proviene por la fuerza misma de las cosas que la parte más importante de la educacion queda completamente abandonada en la enseñanza del Estado, el que, si logra acaso formar las inteligencias con algunos conocimientos, es del todo incapaz para educar los corazones.

En Francia el Estado ha hecho general, en su enseñanza universitaria, la vida colegial ó el *internado,*

ıstitucion que hasta últimos del siglo pasado fué una xcepcion, y que ha agravado considerablemente los ristes resultados de la incapacidad del Estado, de que enimos ocupándonos.

Diversamente se podrá opinar acerca de la posibililad de volver al antiguo órden de cosas; mas nadie polrá negar que el nuevo sistema de educacion lleva consigo un grave peligro, puesto que sustrae al niño de la nfluencia de la familia, y cabalmente en aquella edad n que le es más necesaria. Tres grandes daños resulan de esto; porque reciben daño los padres, harto inlinados ahora á buscarse por de fuera distracciones ue les hacen perder el gusto del hogar doméstico; reiben daño los hijos, que, no teniendo ya cerca los obetos naturales de sus afecciones, corren riesgo de dearse arrastrar fuera de camino por estas mismas afeciones, á las que falta su legítimo ejercicio; y finalnente, recibe daño la sociedad entera, á la que la exincion de la vida de familia roba el elemento más esenial de su conservacion y bienestar.

Verdad es que la religion dispone de grandes medios ara introducir entre las paredes de semejantes establecimientos la confianza mútua y la expansion de los orazones: dos cosas para las cuales la familia es el rreno más propio para la educacion del espíritu en s jóvenes; mas todos aquellos que se han ocupado de educacion, conocen muy bien cuán difícil es lograr sto, aun con los tan eficaces auxilios que la Iglesia, rdadera madre de las almas, da á las escuelas vivifiıdas por su espíritu. Por lo tanto, con instituciones ıe están fundadas en principios tan diferentes de los yos, lo que por otra parte es siempre difícil llega á

ser imposible bajo este punto de vista. Los alumnos no querrán jamás considerar como sus padres á maestros y ayos para quienes la enseñanza es una profesion, no un apostolado; y en vano se esperará ver establecerse entre unos y otros aquellas relaciones cordiales, que constituyen el espíritu de la familia. Imagínense los más excelentes profesores que se quiera, ellos no podrán impedir que la esencia misma de la institucion universitaria sea lo más lejano y opuesto de la familia; y ya los más distinguidos entre ellos son los primeros en confesar y deplorar este vicio constitutivo, que paraliza todo su espíritu de sacrificio á favor de la educacion de la juventud.

Y realmente nada hay allí que pueda suplir la benéfica accion de la familia. Estas tiernas plantas, con la organizacion universitaria del Estado, trasplantadas en nuevo terreno, donde no encuentran las benignas influencias y el suelo nutritivo que la Providencia les habia preparado para arraigarse y extenderse, se secan y mueren. Sobre este punto la experiencia ha dado ya su fallo decisivo, y si algunas excepciones se pudieran alegar, estas á nadie darian derecho de poner en dud el resultado general. Es aun el P. Lacordaire quien l confirma con vigorosa elocuencia en la citada Memori Por cierto que si hubo una persona capaz de compens con sus dotes personales la funesta eficacia de la o ganizacion universitaria, era el mismo P. Lacordair hombre de ingenio vivo, de imaginacion rica, de co razon ardiente, amado siempre con delirio por la ju ventud, y aun él jóven entonces, que apenas fué o denado de presbítero, fué llamado para curar en las mas las mismas heridas, cuyas sangrientas cicatric

vaba la suya todavía. Con todo, le hemos oido repe- que, á pesar de sus esfuerzos, la educacion univer- ,aria era fatal, tanto para la piedad como para la fe los jóvenes.

Falta, pues, que nos diga cuál es el poder de esta ase de educacion bajo el aspecto general de formar los ›razones. Escuchémosle: «Mirad á estos jóvenes en la lad de quince años, sin norma en sus pensamientos y n freno en sus acciones, fuera de la exterior discipli- ı que aborrecen, y de los preceptores, á quienes tra- n como mercenarios. Solamente el temor del castigo la idea de no arriesgar el propio porvenir visten de ıa apariencia de sumision el espíritu de revuelta que ; anima; y cansados de una vida que para nada en- lza la religion, consideran el colegio como una cár- , y su juventud como una época de desventura... s hechos que venimos señalando aquí los hemos co- ɔido por los ayos y demás empleados láicos á quie- s toca vigilar en la Universidad, y nada hay de cuan- ıemos escrito, que no esté confirmado por sus secre- lamentos. Entre su opinion y la nuestra hay una a diferencia; y es, que ellos creen que esto es un l inherente á nuestro siglo, y por lo tanto irreme- ble. Cuando se considera que en todos los tiempos, o todos los gobiernos, y despues de tantos y tan va- las reformas, la actual Universidad ha dado siem- los mismos resultados, parece justificado el des- ›nto del observador. Algunos de nosotros pasaron sus eniles años entre aquellas paredes; ven que en otro npo eran alumnos del colegio aquellos que ahora cen en él cargos, y aun ahora no se acuerdan ja- ; de la educacion allí recibida, sino con un senti-

CAPÍTULO IV.

Liberalismo político.

Toda demostracion prolija pierde siempre algo de su fuerza cuando hay que dividirla en partes; porque, por breve que sea el intervalo entre una y otra parte, el lector, distraido por mil objetos, olvida los principios sentados al comenzar la demostracion, y cuando se está á punto de concluirla, quédase dudoso de seguir al autor hasta el fin. Este inconveniente es tanto más de temer cuando se trata de esclarecer uno de aquellos equívocos que tienen el funesto poder de engañar á todo un siglo, y cuando por otra parte uno se ve obligado á estudiar una de aquellas palabras traidoras, que todos pronuncian, y nadie piensa en definir.

Tal es el liberalismo; por lo cual nosotros, antes de refutar los errores ocultos en esta seductora palabra, hemos procurado definirlos, clasificarlos, y demostrar su orígen y formacion. Mas ahora que estamos por sacar sus consecuencias, quizá algunos de los lectores se levanten á decirnos: Bien; pero lo que combatís no es el liberalismo. — De seguro que no es el liberalismo como ellos se lo han imaginado; puesto que este Proteo, hábil para ocultar su verdadera fisonomía, ha llegado á engañarlos acerca del espíritu que lo informa. Por esto nosotros hemos retratado al natural este prin-

miento de ilimitada ingratitud, no de otra manera que mañana se acordarán con dolor de su actual empleo (1).»

4.° La cuestion está definida: la enseñanza liberal, aunque dada las más de las veces por hombres hábiles y llenos del espíritu de sacrificio, ha resultado completamente inútil para la educacion de la juventud. Pero, ¿no ha obtenido al menos en la difusion de la instruccion los resultados que prometió? De ningun modo; aun bajo este punto de vista se nota una incontrastable decadencia, puesto que la instruccion misma es inmensamente más defectuosa, ya sea en su difusion, ya sea en su valor intrínseco.

El Sr. de Belcastel, en su memoria sobre la cuestion de las *becas* ó pensiones, leida en la reunion general de los Comités católicos, nos ha presentado cifras numéricas, proporcionadas por la secretaría de la Universidad, y nos ha recitado confesiones involuntarias de sus grandes profesores, de las cuales es fácil sacar la demostracion matemática de la bancarrota del liberalismo instructor. En 1789 habia en Francia 40,621 alumnos, á quienes se daba la segunda enseñanza gratuita, y no hay duda que esta cifra seria más alta, si se calculara desde la época en que los Jesuitas enseñaban gratis completamente en casi todas las ciudades. En 1842 el número total de jóvenes que recibieron el don gratuito de la segunda enseñanza era de 5,760, esto es, poco más de la octava parte de los de últimos del pasado siglo.

Un exámen aun más particularizado completará y justificará el precedente, y sea precisamente el de los

(1) *Vida del P. Lacordaire*, t. I, pág. 86.

pedirán algunas garantías más en favor de la libertad, sin privar por esto á la autoridad de sus indispensables prerogativas. Nosotros ni poco ni mucho tratamos de combatir el liberalismo así entendido, y mejor diríamos opiniones políticas sobre las cuales la Iglesia no ha definido nada.

Pero no podemos decir lo mismo del liberalismo que, no limitándose á querer garantías por la libertad, trata de impugnar el principio mismo de autoridad, haciéndola depender del capricho de aquellos á quienes debe dirigir, y atribuye el derecho de poner cada dia en duda su existencia, ora á la muchedumbre del pueblo, ora á la mayoría del Parlamento. A decir verdad esto es aplicar una gran herejía, cuyas consecuencias vamos examinando, y que consiste en sustraer la libertad humana de cualquiera autoridad superior al hombre. Esta especie de liberalismo es político, en cuanto destruye los fundamentos del órden político; y no es extraño á la religion, en cuanto tiende á suprimir uno de los preceptos de la ley divina. Desde luego viene á suprimir la misma soberanía de Dios, negándose á respetar el poder que mantiene en la sociedad el órden dispuesto por Dios mismo.

No solamente nó es inofensivo el liberalismo político, sino que hasta cierto punto es de todos el más perjudicial. En efecto, como que el poder político tiene en sí la fuerza, que es la sola capaz de sostener y conservar los otros poderes, luego que el liberalismo se ha apoderado de él, se hace dueño y señor de ensanchar la esfera de su accion sobre toda la sociedad. Por lo que á la conquista de este decisivo dominio se ha dirigido siempre en la guerra que desde un siglo hace contra el órden social cristiano, y para llegar á apoderar-

se del poder político ha rebelado los pueblos contra quienes eran sus depositarios, seduciéndolos con la perspectiva de la libertad política. ¿Y no le hemos de ver destruir, en virtud de las consecuencias de su misma doctrina, esta libertad, que él se atreve á presentarnos como el resultado más bello de sus principios? Seguramente, y esta es la más abierta de todas sus contradicciones, pues toca la esencia misma del asunto que tratamos, y está demostrada con igual evidencia por la historia de Francia de un siglo á esta parte y por las dificultades enmarañadísimas de su estado presente.

I.

El liberalismo político es por su naturaleza destructor de la libertad política.

El liberalismo asalta la libertad política por todas partes y á un mismo tiempo, de modo que la priva de las condiciones indispensables de su existencia: le quita su garantía esencial, suprimiendo la nocion del deber; destruye la autoridad, que es la única que puede protegerle eficazmente; y por último, completa su ruina haciendo inevitable el despotismo.

I. El primer golpe que el liberalismo dirige contra la libertad es *la supresion de la nocion del deber.*

En efecto, ¿qué es en el órden civil y político la libertad? Es un derecho que garantiza todos los demás derechos, es el derecho de no ser molestado en el ejercicio racional de mis facultades y en el uso legítimo de mis bie-

s; pero este, como todos los otros, tiene necesaria cor-
acion con el deber impuesto á mis semejantes de res-
tarlo, puesto que es evidente que seria ilusoria mi li-
rtad si no se prohibiera á los otros que me impidiesen
ejercicio. Pues bien, el liberalismo, emancipando al
mbre de la sujecion á toda autoridad superior, destru-
esta garantía esencial de la libertad. Por lo mismo
e quita de en medio toda eficaz intervencion de Dios,
mo hemos visto, viene tambien á suprimir el deber y
destruir la base del derecho. Ni nadie podrá negár-
slo, si considera que en tanto el deber puede obligar
libre voluntad del hombre, en cuanto le es impuesto
r una voluntad que tiene derecho de exigir obedien-
a y poder para castigar la rebeldía. Si yo nada reco-
zco que me sea superior, me creeré solo dependiente
mí mismo; así me hago legislador de mí propio, y
mo tal, puedo dispensarme de la observancia de las
yes que me habré impuesto. En tal caso, ¿quién po-
á obligarme á respetar la libertad ajena, cuando ven-
á impedir la mia? Quizá el polizonte; pero no siem-
e estará presente.

En el deber, para quien lo considera en sí mismo,
y una cierta belleza á la que no es insensible la razon;
uno de los mejores espectáculos que pueden darse es el
e los espíritus, acostumbrados á elevarse sobre los sen-
dos, alimenten para con esta belleza ideal un amor pla-
nico. Pero muy otra cosa se requiere para constituir
na verdadera obligacion. Todo deber se compone de dos
ementos: una regla y un vínculo; pues este traza el
mino á la libre voluntad y no le permite alejarse de
. La conveniencia ideal puede ser una regla; pero el
lo vínculo eficaz que sujeta á aquella regla la volun-

V.

Quinto beneficio del liberalismo: esclaviza el pensamiento.

Lo que hasta ahora hemos dicho del liberalismo seria bastante para arrancarle una solemne declaracion de decadencia intelectual. Pues habiéndose demostrado que él embrutece la razon humana, degrada la filosofía y las ciencias, mutila las inteligencias y envilece los ánimos, las naciones, engañadas por sus falsas promesas, se han cubierto de mayor oprobio del que se necesitaba para que fuesen castigadas por sus mismas culpas. Esto no obstante, no es completa aun la venganza. Como el liberalismo ha prometido sustraer la sociedad entera al yugo de la fe, y en virtud de las ciencias y de la educacion influye en las cultas inteligencias, y por lo tanto su grito de guerra es la libertad de pensamiento; justo es que esta loca pretension sea castigada con la universal esclavitud del mismo pensamiento.

Tal es la inevitable consecuencia del régimen liberal, que crea en el mundo la tiranía más horrible que haya oprimido á la humanidad. Por ella se enseñorea directamente de las almas, y se enseñorea de las mismas en aquello que hasta ahora se habia considerado como del todo inaccesible á cualquiera poder humano; domina las inteligencias, privándolas de la facultad de tener convicciones propias sobre las más graves cuestiones y convirtiéndolas en juguetes de viles charlatanes. De este modo el liberalismo corona en el órden in-

incesantemente combatida por las pasiones, ha menester de la proteccion de la autoridad para conservarse y ejercitarse sin obstáculos. Así como la libertad es el derecho del inferior, la autoridad es el derecho del superior; el orígen de ambos derechos es comun, la voluntad de Dios; comun es su regla, la ley de Dios; comun es la sancion, los premios y castigos de Dios; y por último, comunes son los adversarios, las concupiscencias del hombre. En este sentido se han tomado y deben practicarse la autoridad y la libertad desde que Jesucristo, Señor por naturaleza y siervo por libre eleccion, hubo consagrado el precepto de la obediencia y divinizado la autoridad del superior y la libertad del inferior.

El liberalismo ha trocado los términos alterándolo todo, y mientras ha insinuado á los súbditos que la autoridad es por su naturaleza enemiga de la libertad, les ha persuadido que la vida social no es otra cosa que una perpétua lucha entre estas dos fuerzas rivales. Las modernas naciones, pues, se proponen resolver este problema, dando con un sistema que mantenga la armonía entre tan opuestas tendencias, y que, sin impedir su mútua destruccion, las obligue á concurrir al sosten del órden público. Así es que las muchas constituciones promulgadas en Europa de un siglo á esta parte, son las soluciones teoréticas del problema, mientras que las muchas revueltas políticas de que es teatro nuestro continente son sus soluciones prácticas.

Pero, para simplificar más el problema y facilitar la conciliacion entre las dos fuerzas contrarias, el liberalismo ha venido á suprimir una de ellas, ó sea la autoridad. Esta, decíamos más arriba, difiere de la fuerza

bruta en que es una superioridad del órden moral, que se hace sentir, no en el brazo para *constreñirlo,* sino en la voluntad para *obligarla.* No es, pues, posible la autoridad en sociedad alguna, sino cuando sus miembros reconocen en los que la gobiernan una verdadera autoridad, á la que han de subordinar el ejercicio de su libertad. De otra manera no puede haber autoridad en la sociedad, y no se podria llamar sociedad la reunion de hombres que no fuesen dirigidos como seres libres, sino como brutos animales. Cabalmente este es el estado de la sociedad política segun el liberalismo, que tiene por dogma fundamental que la sociedad debe subsistir y gobernarse por sí misma sin apoyarse en ningun poder superior. Por lo que si la potestad de mando ha de derivarse del libre consentimiento de aquellos á quienes está encaminada, resulta del todo dependiente de su capricho. Así que es cosa manifiesta que la teoría liberal transforma en súbditos á los superiores, y en superiores á los súbditos, siendo el mandatario siempre inferior á aquel de quien recibe el mandato, y que puede revocarlo como mejor le plazca. Desaparece por completo la autoridad; y los gobiernos para hacer respetar las leyes, han de recurrir sucesivamente á la fuerza bruta.

Mas la libertad, ¿quién no lo ve? la libertad sufre el choque inevitable de esta destruccion: puesto que las necesidades esenciales de la libertad política hacen necesaria la autoridad, la sola que puede dirigir las libertades individuales, impedir que una combata contra otra, y encaminarlas todas al bien comun. En el cuerpo social la autoridad es el principio de la unidad, y el principio de la diversidad son las libertades individua-

les. Mientras la unidad domina la sociedad, la armonía del cuerpo social es perfecta; pero quitado de en medio el principio de unidad, á la armonía sucede el desórden, y el cuerpo cae en la disolucion.

III. El liberalismo, pues, destruyendo la autoridad, con el mismo golpe arruina la libertad; además completa la obra de sus manos *invitando á tomar el lugar de la autoridad al despotismo,* que necesariamente le ha de suceder.

Separados los miembros del cuerpo social, encendida la lucha entre las pasiones libres de todo freno, y las libertades individuales privadas de toda direccion, viene la anarquía, que es el más violento de todos los estados de la sociedad. Mas este no puede ser duradero, porque los derechos hollados por la violencia, los intereses despojados de toda garantía, y hasta las mismas pasiones reportando de su lucha más heridas que ventajas, pedirán un yugo que les salve de sus propios excesos y les proteja contra quien les asalte; pero como está ya destrozado el yugo de la fuerza moral, no les quedará otro que el de la fuerza bruta. Y hé aquí que por encontrar quien ocupase el lugar de la autoridad, las naciones liberales que no la quisieron se ven ahora obligadas á echarse en brazos del despotismo. Anarquía y despotismo son dos verdugos en quienes el liberalismo resigna sucesivamente la libertad, y que, aunque parezcan muy diferentes del liberalismo, son en sustancia sus legítimos hijos y herederos; la anarquía primero y despues el despotismo son los frutos que necesariamente produce en virtud de su principio, la negacion de la autoridad de Dios. ¡Cuando esta verdad sea universalmente reconocida, próximo estará el

fin del reinado del liberalismo. Quisieron la libertad los pueblos cristianos; para ello se dejaron seducir por las farsas liberalescas, y se levantaron contra la autoridad de Dios. Cuando se les haya bien demostrado que la destruccion de la régia potestad divina lleva consigo infaliblemente el imperio de las bayonetas, ya no será posible aquella ilusion.

Verdad es que las muchedumbres no lo comprenden aún; pero los hombres reflexivos empiezan á entenderlo, y estos no son ya los apologistas de profesion, como Donoso Cortés y Blanc de Saint-Bonnet, sino todos los observadores ilustrados y sinceros, como Le Play, quienes reconocen la necesaria correlacion entre la disminucion de la autoridad de Dios y el acrecentamiento de la fuerza brutal. Unos partiendo de los principios de la fe y de la razon, y otros apoyándose en los datos de la experiencia, vienen á demostrar con términos casi idénticos una ley tan cierta como la de Kepler, y que por sí sola bastaria para probar la inevitable bancarrota del liberalismo político, ó sea, la ley de la razon inversa de las fuerzas represivas.

Harto manifiesto es que se hace indispensable una fuerza cualquiera represiva, y que la sociedad tiene por uno de sus principales deberes la creacion de esta fuerza para la defensa comun. De dos maneras pueden ser reprimidas las violaciones á que están expuestos los derechos: por dentro ó por fuera, con la influencia moral ó con la fuerza bruta. Cuanto más la Religion dominará sobre las almas, enfrenando sus desordenadas pasiones, tanto menos necesario será reprimir los excesos con la fuerza material, y al contrario esta deberá ser tanto más rigurosa, cuanto más influencia

uella habrá perdido. Semejante razon inversa, que halla en la misma naturaleza de las cosas, viene tamen á ser confirmada por la experiencia. De los muos notables hechos en que la apoya Le Play, uno sotomarémos, y este es el que en dos naciones de uropa, en las que hasta ahora se ha conservado más autoridad social, ha sido casi nula é innecesaria la ıerza pública; nos referimos á los pequeños cantones ıtólicos de Suiza y á las provincias vascas del Norte e España; y aun en algunos puntos de estas provinias, para mantener asegurado el órden, bastaba coloar en sitio público la vara que representa y simboliza ı autoridad.

Por el contrario, ¿qué hace el liberalismo? Anonaando la influencia religiosa sobre la sociedad, abanonándola sin defensa á los asaltos del sofisma y á los ısultos de las pasiones, anula, en cuanto puede, la presion moral y hace indispensable la intervencion e la fuerza material. Ahora bien, la represion moral, gulando el uso de la libertad, viene á reconocerla y onrarla; en cambio la fuerza material puede reprimir ıs abusos, pero á la vez impide su legítimo ejercicio; on aquella la Religion trata al hombre como hijo de ios, con esta el liberalismo le asemeja al bruto.

II.

Se confirma lo mismo con la historia de este siglo.

Si nos ponemos á estudiar la historia, y en especial de Francia, guiados por la luz de los principios senos, nos encontrarémos con la más plena confirman de las conclusiones á que nos lleva el raciocinio.

Aquella Francia, que por espacio de trece siglos no conoció ni tiranías ni revoluciones, de ochenta años á esta parte viene pasando de la anarquía al despotismo y del despotismo á la anarquía, sin poder llegar jamás á la conciliacion de los opuestos intereses de la libertad y del órden.

I. Cuando Mirabeau presentaba á la Asamblea nacional el proyecto de la declaracion de los derechos del hombre, decia: «Vosotros vais á fundar un régimen social que pocos años hace estaba muy más allá de vuestras esperanzas... Os serán deudores los hombres de esta época afortunada, en la que todo, recobrando el lugar, la forma y las relaciones que les señala la inmutable naturaleza de las cosas, la libertad general arrojará del mundo entero las absurdas opresiones que pesan sobre los hombres, las preocupaciones de la ignorancia y de la codicia que les dividen, y las insensatas rivalidades que atormentan las naciones; y hará surgir una fraternidad universal, sin la que tan dudosas y precarias son todas las ventajas públicas y privadas. Trabajais por nosotros, por nuestros nietos, por todo el mundo; caminad con paso firme pero mesurado hácia esta grande obra... Los pueblos admirarán la calma y madurez de vuestras deliberaciones, y la especie humana os contará en el número de sus bienhechores.»

El orgullo humano, queriendo desafiar á Dios, no podia usar un lenguaje más enfático al tiempo de destruir el órden social fundado en el Evangelio. Y Dios respondió, permitiendo que los nuevos principios diesen sus frutos naturales. En efecto, cuatro años no se habian pasado, y la *época afortunada* predicha por Mi-

ıbeati hacia gozar á los franceses, sustraidos á la tira-
ía, todas las dulzuras de sus atractivos. La *libertad*
neral habia arrojado de los conventos á sus volunta-
os moradores para amontonar en ellos á prisioneros
›bre quienes recaia la sospecha de no amar el nuevo
'den de cosas. La *fraternidad universal* habia levan-
.do tantos patíbulos como altares habia demolido; ha-
:a hecho caer cien mil cabezas inocentes, y desenca-
ɔnado sobre Europa los furores de una guerra gene-
ıl. Respecto del órden moral, el nuevo régimen se
ıbia señalado por la destruccion de la religion, la
'ofanacion de los objetos consagrados al culto, la im-
ınidad asegurada á todos los vicios, y la apoteosis de
ı más asquerosa lujuria; bajo el aspecto del bienestar
ıaterial, los beneficios del nuevo órden de cosas cons-
ın de las memorias de aquellos *buenos* tiempos. Ve-
ıos la Francia víctima de inaudita miseria, el hambre
la desesperacion que amenazan la tranquilidad pú-
lica, en las ciudades lo mismo que en el campo, per-
ida toda idea de moralidad, descuidada toda empresa,
' el obrero falto de pan y trabajo. En París, ó sea en
l mismo teatro en que los regeneradores de la huma-
ıidad habian llevado á cabo su *grande* obra, fué nece-
ario fijar en once onzas la cantidad de pan que tenia
[ue recibir cada habitante, y desde las dos de la ma-
.ana veíanse las panaderías asediadas de personas de
ɔda clase y condicion, que venian á pedir la racion
ɔspectiva, de suerte que quien así no lograba matar el
ambre no podia procurarse otra cantidad suficiente de
ın indispensable alimento, sino pagándolo á veinte
ancos la libra. Por lo que pudo un dia exclamar un
iembro de la Convencion: «¡Se dirá, pues, que falta

lo necesario á los que han destruido la Bastilla y derrumbado el trono! » Sí, era menester que esto se dijese, para que la Francia pudiera conocer desde entonces el valor de los principios liberales.

En vano álguien querrá disculparlos y hacer caer los desórdenes de aquella época nefanda sobre la ferocidad de Robespierre y los miembros de la Convencion; pues siempre quedaria por explicar cómo Robespierre y sus cómplices pudieron establecer en el reino más civilizado del mundo la más bárbara de las tiranías. Si se les hubiese abandonado á sí solos, no solamente no hubieran degollado, como hicieron, una nacion de veinte y cinco millones de almas, pero ni siquiera se lo hubieran imaginado. Ha dicho muy bien De Maistre: «Jamás Robespierre, Collot ó Barrière pensaron fundar el gobierno revolucionario y el régimen del Terror... Estos hombres, excesivamente medianos, ejercieron sobre una nacion culpable el más desapiadado despotismo de que hace mencion la historia; y por cierto que eran en el mundo los hombres más sorprendidos de su mismo poder.» Si no se quiere reconocer en este poder un efecto sin causa, hay que confesar que los tiranos del Terror lo debian á sus principios, los cuales, hasta que no hubieron producido sus últimas consecuencias, revistieron de la fuerza invencible de la lógica á sus más resueltos defensores, y semejantes á un alud que cae precipitadamente en el abismo, aplastaron á cuantos querian poner obstáculos á su paso. Robespierre ha sido un liberal que obra conforme á sus principios, y se distingue de los liberales moderados en que, no contento de negar en teoría el órden cristiano, ha empleado medios eficaces para destruirlo. Para él la guilloti-

a fué un instrumento de nivelacion, destinado á pre-
arar el establecimiento del nuevo órden con la des-
rueccion del régimen antiguo. Si la perfeccion y la fe-
cidad del género humano son cuales las concibe el li-
eralismo, el Cristianismo, que se empeña en realizar
n ideal completamente contrario, es el mayor enemi-
o de la sociedad, y destruirlo es obra eminentemente
ocial. La tiranía de la Convencion, pues, es la deduc-
ion lógica del principio liberal, ni otro puede ser su
esultado práctico. Este principio, destruyendo en los
nimos el imperio de la fe antigua, quitaba á la vez
odo freno que pudiese contener las malas pasiones del
orazon; y desarmando á las personas religiosas, deja-
a los brazos libres á todos los enemigos de la religion
de la moral. Pues, ¿no servia esto como para rodear
on doble garantía el imperio de los malvados, y con-
enar la Francia á sufrir sin ninguna clase de resis-
encia los estragos de la anarquía?

II. Esto por otra parte era como obligarla á echar-
e en brazos del despotismo. A la verdad, hubo un
momento en que se esperó la vuelta al antiguo órden
e cosas, por el que la Francia suspiraba con todo su
orazon, y este momento fué cuando terminaron las
ngustias del Terror. La Francia despojada, mortal-
mente herida, arrastrada al fango por sus libertadores,
edia con ahinco que se la devolviese con la antigua
monarquía la paz y la prosperidad. ¿Quién, pues, echó
perder sus deseos y esperanzas? ¿Qué funesta influen-
ia le impidió salir fuera del abismo? Lo mismo que le
abia precipitado en él, ó sea la influencia del libera-
ismo, error que de tal suerte ha corrompido á la clase
nstruida, que la reaccion lograda ya en los aconteci-

mientos no llegó á encontrar casi eco en los espíritus. Y mientras la nacion cristianísima imploraba con gemidos la libertad en el órden, sus pretendidos salvadores persistian en rechazar la soberanía social de Jesucristo, principio de toda libertad y órden. Bajo este punto de vista, estos eran tan liberales y revolucionarios como Robespierre. ¿Cómo habrian podido reconstruir lo que éste habia destruido? Así fué que la voz de la Francia no encontró casi otro órgano sino la de un ilustre extranjero, más francés que la mayor parte de los hijos de Francia. Pero, por más elocuente que fuese esta voz, no fué escuchada, y en la nueva Constitucion fueron conservados, velándolos ligeramente, todos los errores de la revolucion. ¿Y qué sucedió? La Francia hambrienta de reposo, y no pudiéndolo obtener real y permanentemente con el restablecimiento de los principios, pidió al despotismo un reposo momentáneo y aparente.

Y esta nacion infeliz, que habia dejado decapitar, como si fuese un tirano, al mejor de los reyes, debió sufrir por quince años el yugo férreo de una verdadera tiranía. Pues su inexorable dominador, haciendo de ella el juguete y la víctima de su ambicion, la consolaba con haberle dado la herencia revolucionaria, y al mismo tiempo que ahogaba toda clase de libertad, concedia, en el código que lleva su nombre, á los principios liberales una influencia que habia de sobrevivirle. Y así como la Convencion habia sido el liberalismo anárquico, el imperio fué el liberalismo despótico, quedando siempre el mismo error fundamental, aunque cubierto bajo formas contrarias.

III. Del mismo modo que pasan los huracanes pa- este nuevo azote de Dios, y por último la Francia ıdo esperar que gustaria las dulzuras de la paz. El ble experimento que habia hecho hacia imposible to- . ilusion, y parecia haber llegado ya la hora de la stauracion verdadera. Y así hubiera sido si el libe- lismo, para poner obstáculos al bien, no hubiese en- ntrado al rededor del trono, y ¡ay! aun sobre el mis- o trono, ciegos auxiliares. El nuevo soberano, en lu- ır de mostrarse desapiadado con los principios de la ɘvolucion y reservar su generosidad por los intereses ıe ella creado habia y por las clases que habia enal- cido, creyó que podia entrar en pactos y condiciones n la misma. Admitió en sus consejos á hombres em- bidos en sus doctrinas, y conservó muchas de sus ás perniciosas instituciones, persuadiéndose que con cilidad podria fascinar á la serpiente; empero antes morir pudo prever que la monarquía, mordida por la nenosa serpiente, no prolongaria por mucho tiempo ı vacilante existencia.

El liberalismo, que no ama el agradecimiento, con na ingratitud igual á su hipocresía, se apresuró á di- gir contra la monarquía harto confiada las fuerzas re- olucionarias que esta no se habia cuidado de destruir. os más estrepitosos asaltos contra el principio de auto- idad salieron de las cátedras mas elevadas, largamente etribuidas por el Gobierno, y al grito de *¡Viva la Car- ı!* se llevó adelante esta guerra contra la monarquía, ue por cierto era ella la que habia promulgado la Car- ı. Republicanos, bonapartistas, anárquicos de todos rados, reunidos bajo la comun denominacion de *libe- ıles,* profesaban un respeto igual á esta Constitucion, ıe á la vez trabajaban por destruir. El resultado su-

se del poder político ha rebelado los pueblos contra quienes eran sus depositarios, seduciéndolos con la perspectiva de la libertad política. ¿Y no le hemos de ver destruir, en virtud de las consecuencias de su misma doctrina, esta libertad, que él se atreve á presentarnos como el resultado más bello de sus principios? Seguramente, y esta es la más abierta de todas sus contradicciones, pues toca la esencia misma del asunto que tratamos, y está demostrada con igual evidencia por la historia de Francia de un siglo á esta parte y por las dificultades enmarañadísimas de su estado presente.

I.

El liberalismo político es por su naturaleza destructor de la libertad política.

El liberalismo asalta la libertad política por todas partes y á un mismo tiempo, de modo que la priva de las condiciones indispensables de su existencia: le quita su garantía esencial, suprimiendo la nocion del deber; destruye la autoridad, que es la única que puede protegerle eficazmente; y por último, completa su ruina haciendo inevitable el despotismo.

I. El primer golpe que el liberalismo dirige contra la libertad es *la supresion de la nocion del deber.*

En efecto, ¿qué es en el órden civil y político la libertad? Es un derecho que garantiza todos los demás derechos, es el derecho de no ser molestado en el ejercicio racional de mis facultades y en el uso legítimo de mis bie-

:s; pero este, como todos los otros, tiene necesaria corlacion con el deber impuesto á mis semejantes de res:tarlo, puesto que es evidente que seria ilusoria mi li:rtad si no se prohibiera á los otros que me impidiesen ι ejercicio. Pues bien, el liberalismo, emancipando al ›mbre de la sujecion á toda autoridad superior, destru: esta garantía esencial de la libertad. Por lo mismo ιe quita de en medio toda eficaz intervencion de Dios, mo hemos visto, viene tambien á suprimir el deber y lestruir la base del derecho. Ni nadie podrá negárslo, si considera que en tanto el deber puede obligar libre voluntad del hombre, en cuanto le es impuesto r una voluntad que tiene derecho de exigir obedienι y poder para castigar la rebeldía. Si yo nada recozco que me sea superior, me creeré solo dependiente mí mismo; así me hago legislador de mí propio, y mo tal, puedo dispensarme de la observancia de las yes que me habré impuesto. En tal caso, ¿quién poá obligarme á respetar la libertad ajena, cuando ven. á impedir la mia? Quizá el polizonte; pero no sieme estará presente.

En el deber, para quien lo considera en sí mismo, .y una cierta belleza á la que no es insensible la razon; uno de los mejores espectáculos que pueden darse es el ιe los espíritus, acostumbrados á elevarse sobre los senlos, alimenten para con esta belleza ideal un amor planico. Pero muy otra cosa se requiere para constituir ιa verdadera obligacion. Todo deber se compone de dos ›mentos: una regla y un vínculo; pues este traza el mino á la libre voluntad y no le permite alejarse de La conveniencia ideal puede ser una regla; pero el o vínculo eficaz que sujeta á aquella regla la volun-

tad del hombre, es el deseo, ó más bien la necesidad que siente de ser feliz. Cuando Dios habla, cuando nos prohibe hacer á otros lo que no quisiéramos que otros nos hicieran á nosotros mismos, entonces tenemos unidos á la vez el vínculo y la regla. De este modo conocemos el bien que se ha de hacer y el mal que se ha de evitar, y al mismo tiempo tenemos un motivo eficaz para huir del uno y cumplir con el otro. El amor del órden cesa de ser meramente platónico; ya que el órden mismo, emanando de una voluntad omnipotente, lleva consigo el poder de mandar y hacerse obedecer. Así el hombre queda como aprisionado en todo su sér, en su mente y en su corazon, por el amor del bien absoluto y por el deseo de la propia felicidad; queda libre por esto, pero está realmente obligado. Proclamar, pues, los derechos del hombre, precisamente cuando se destruye, con la autoridad divina, la base de todos los deberes, es la más enorme contradiccion en que ha caido jamás la necedad humana.

II. Es evidente que el liberalismo, suprimiendo el deber, garantía especial de todos los derechos, mina el fundamento de la libertad política, y no menos empeño pone en arruinarla, *destruyendo su necesario baluarte, la autoridad.*

En la política moderna pasa por axioma aquel lugar comun de que hay siempre antagonismo entre la autoridad y la libertad; cuando lo contrario es la verdad más manifiesta, ó sea la alianza necesaria entre estas dos fuerzas. Realmente la autoridad, que es la potencia moral, en esto solo difiere de la fuerza material, en que manda á la libre voluntad, y existe para proteger su ejercicio regulándolo. Por otra parte, la libertad,

incesantemente combatida por las pasiones, ha menester de la proteccion de la autoridad para conservarse y ejercitarse sin obstáculos. Así como la libertad es el derecho del inferior, la autoridad es el derecho del superior; el orígen de ambos derechos es comun, la voluntad de Dios; comun es su regla, la ley de Dios; comun es la sancion, los premios y castigos de Dios; y por último, comunes son los adversarios, las concupiscencias del hombre. En este sentido se han tomado y deben practicarse la autoridad y la libertad desde que Jesucristo, Señor por naturaleza y siervo por libre eleccion, hubo consagrado el precepto de la obediencia y divinizado la autoridad del superior y la libertad del inferior.

El liberalismo ha trocado los términos alterándolo todo, y mientras ha insinuado á los súbditos que la autoridad es por su naturaleza enemiga de la libertad, les ha persuadido que la vida social no es otra cosa que una perpétua lucha entre estas dos fuerzas rivales. Las modernas naciones, pues, se proponen resolver este problema, dando con un sistema que mantenga la armonía entre tan opuestas tendencias, y que, sin impedir su mútua destruccion, las obligue á concurrir al sosten del órden público. Así es que las muchas constituciones promulgadas en Europa de un siglo á esta parte, son las soluciones teoréticas del problema, mientras que las muchas revueltas políticas de que es teatro nuestro continente son sus soluciones prácticas.

Pero, para simplificar más el problema y facilitar la conciliacion entre las dos fuerzas contrarias, el liberalismo ha venido á suprimir una de ellas, ó sea la autoridad. Esta, decíamos más arriba, difiere de la fuerza

bruta en que es una superioridad del órden moral, que se hace sentir, no en el brazo para *constreñirlo,* sino en la voluntad para *obligarla.* No es, pues, posible la autoridad en sociedad alguna, sino cuando sus miembros reconocen en los que la gobiernan una verdadera autoridad, á la que han de subordinar el ejercicio de su libertad. De otra manera no puede haber autoridad en la sociedad, y no se podria llamar sociedad la reunion de hombres que no fuesen dirigidos como seres libres, sino como brutos animales. Cabalmente este es el estado de la sociedad política segun el liberalismo, que tiene por dogma fundamental que la sociedad debe subsistir y gobernarse por sí misma sin apoyarse en ningun poder superior. Por lo que si la potestad de mando ha de derivarse del libre consentimiento de aquellos á quienes está encaminada, resulta del todo dependiente de su capricho. Así que es cosa manifiesta que la teoría liberal transforma en súbditos á los superiores, y en superiores á los súbditos, siendo el mandatario siempre inferior á aquel de quien recibe el mandato, y que puede revocarlo como mejor le plazca. Desaparece por completo la autoridad; y los gobiernos para hacer respetar las leyes, han de recurrir sucesivamente á la fuerza bruta.

Mas la libertad, ¿quién no lo ve? la libertad sufre el choque inevitable de esta destruccion: puesto que las necesidades esenciales de la libertad política hacen necesaria la autoridad, la sola que puede dirigir las libertades individuales, impedir que una combata contra otra, y encaminarlas todas al bien comun. En el cuerpo social la autoridad es el principio de la unidad, y el principio de la diversidad son las libertades individua-

les. Mientras la unidad domina la sociedad, la armonía del cuerpo social es perfecta; pero quitado de en medio el principio de unidad, á la armonía sucede el desórden, y el cuerpo cae en la disolucion.

III. El liberalismo, pues, destruyendo la autoridad, con el mismo golpe arruina la libertad; además completa la obra de sus manos *invitando á tomar el lugar de la autoridad al despotismo,* que necesariamente le ha de suceder.

Separados los miembros del cuerpo social, encendida la lucha entre las pasiones libres de todo freno, y las libertades individuales privadas de toda direccion, viene la anarquía, que es el más violento de todos los estados de la sociedad. Mas este no puede ser duradero, porque los derechos hollados por la violencia, los intereses despojados de toda garantía, y hasta las mismas pasiones reportando de su lucha más heridas que ventajas, pedirán un yugo que les salve de sus propios excesos y les proteja contra quien les asalte; pero como está ya destrozado el yugo de la fuerza moral, no les quedará otro que el de la fuerza bruta. Y hé aquí que por encontrar quien ocupase el lugar de la autoridad, las naciones liberales que no la quisieron se ven ahora obligadas á echarse en brazos del despotismo. Anarquía y despotismo son dos verdugos en quienes el liberalismo resigna sucesivamente la libertad, y que, aunque parezcan muy diferentes del liberalismo, son en sustancia sus legítimos hijos y herederos; la anarquía primero y despues el despotismo son los frutos que necesariamente produce en virtud de su principio, la negacion de la autoridad de Dios. ¡Cuando esta verdad sea universalmente reconocida, próximo estará el

fin del reinado del liberalismo. Quisieron la libertad los pueblos cristianos; para ello se dejaron seducir por las farsas liberalescas, y se levantaron contra la autoridad de Dios. Cuando se les haya bien demostrado que la destruccion de la régia potestad divina lleva consigo infaliblemente el imperio de las bayonetas, ya no será posible aquella ilusion.

Verdad es que las muchedumbres no lo comprenden aún; pero los hombres reflexivos empiezan á entenderlo, y estos no son ya los apologistas de profesion, como Donoso Cortés y Blanc de Saint-Bonnet, sino todos los observadores ilustrados y sinceros, como Le Play, quienes reconocen la necesaria correlacion entre la disminucion de la autoridad de Dios y el acrecentamiento de la fuerza brutal. Unos partiendo de los principios de la fe y de la razon, y otros apoyándose en los datos de la experiencia, vienen á demostrar con términos casi idénticos una ley tan cierta como la de Kepler, y que por sí sola bastaria para probar la inevitable bancarrota del liberalismo político, ó sea, la ley de la razon inversa de las fuerzas represivas.

Harto manifiesto es que se hace indispensable una fuerza cualquiera represiva, y que la sociedad tiene por uno de sus principales deberes la creacion de esta fuerza para la defensa comun. De dos maneras pueden ser reprimidas las violaciones á que están expuestos los derechos: por dentro ó por fuera, con la influencia moral ó con la fuerza bruta. Cuanto más la Religion dominará sobre las almas, enfrenando sus desordenadas pasiones, tanto menos necesario será reprimir los excesos con la fuerza material, y al contrario esta deberá ser tanto más rigurosa, cuanto más influencia

aquella habrá perdido. Semejante razon inversa, que se halla en la misma naturaleza de las cosas, viene tambien á ser confirmada por la experiencia. De los muchos notables hechos en que la apoya Le Play, uno solo tomarémos, y este es el que en dos naciones de Europa, en las que hasta ahora se ha conservado más su autoridad social, ha sido casi nula é innecesaria la fuerza pública; nos referimos á los pequeños cantones católicos de Suiza y á las provincias vascas del Norte de España; y aun en algunos puntos de estas provincias, para mantener asegurado el órden, bastaba colocar en sitio público la vara que representa y simboliza la autoridad.

Por el contrario, ¿qué hace el liberalismo? Anonadando la influencia religiosa sobre la sociedad, abandonándola sin defensa á los asaltos del sofisma y á los insultos de las pasiones, anula, en cuanto puede, la represion moral y hace indispensable la intervencion de la fuerza material. Ahora bien, la represion moral, regulando el uso de la libertad, viene á reconocerla y honrarla; en cambio la fuerza material puede reprimir sus abusos, pero á la vez impide su legítimo ejercicio; con aquella la Religion trata al hombre como hijo de Dios, con esta el liberalismo le asemeja al bruto.

II.

Se confirma lo mismo con la historia de este siglo.

Si nos ponemos á estudiar la historia, y en especial a de Francia, guiados por la luz de los principios sentados, nos encontrarémos con la más plena confirmacion de las conclusiones á que nos lleva el raciocinio.

Aquella Francia, que por espacio de trece siglos no conoció ni tiranías ni revoluciones, de ochenta años á esta parte viene pasando de la anarquía al despotismo y del despotismo á la anarquía, sin poder llegar jamás á la conciliacion de los opuestos intereses de la libertad y del órden.

I. Cuando Mirabeau presentaba á la Asamblea nacional el proyecto de la declaracion de los derechos del hombre, decia: «Vosotros vais á fundar un régimen social que pocos años hace estaba muy más allá de vuestras esperanzas... Os serán deudores los hombres de esta época afortunada, en la que todo, recobrando el lugar, la forma y las relaciones que les señala la inmutable naturaleza de las cosas, la libertad general arrojará del mundo entero las absurdas opresiones que pesan sobre los hombres, las preocupaciones de la ignorancia y de la codicia que les dividen, y las insensatas rivalidades que atormentan las naciones; y hará surgir una fraternidad universal, sin la que tan dudosas y precarias son todas las ventajas públicas y privadas. Trabajais por nosotros, por nuestros nietos, por todo el mundo; caminad con paso firme pero mesurado hácia esta grande obra... Los pueblos admirarán la calma y madurez de vuestras deliberaciones, y la especie humana os contará en el número de sus bienhechores.»

El orgullo humano, queriendo desafiar á Dios, no podia usar un lenguaje más enfático al tiempo de destruir el órden social fundado en el Evangelio. Y Dios respondió, permitiendo que los nuevos principios diesen sus frutos naturales. En efecto, cuatro años no se habian pasado, y la *época afortunada* predicha por Mi-

beau hacia gozar á los franceses, sustraidos á la tira-
a, todas las dulzuras de sus atractivos. La *libertad*
neral habia arrojado de los conventos á sus volunta-
os moradores para amontonar en ellos á prisioneros
bre quienes recaia la sospecha de no amar el nuevo
den de cosas. La *fraternidad universal* habia levan-
do tantos patíbulos como altares habia demolido; ha-
a hecho caer cien mil cabezas inocentes, y desenca-
nado sobre Europa los furores de una guerra gene-
l. Respecto del órden moral, el nuevo régimen se
bia señalado por la destruccion de la religion, la
ofanacion de los objetos consagrados al culto, la im-
nidad asegurada á todos los vicios, y la apoteosis de
más asquerosa lujuria; bajo el aspecto del bienestar
aterial, los beneficios del nuevo órden de cosas cons-
n de las memorias de aquellos *buenos* tiempos. Ve-
os la Francia víctima de inaudita miseria, el hambre
la desesperacion que amenazan la tranquilidad pú-
ica, en las ciudades lo mismo que en el campo, per-
da toda idea de moralidad, descuidada toda empresa,
el obrero falto de pan y trabajo. En París, ó sea en
mismo teatro en que los regeneradores de la huma-
dad habian llevado á cabo su *grande* obra, fué nece-
rio fijar en once onzas la cantidad de pan que tenia
ue recibir cada habitante, y desde las dos de la ma-
ana veíanse las panaderías asediadas de personas de
oda clase y condicion, que venian á pedir la racion
espectiva, de suerte que quien así no lograba matar el
ambre no podia procurarse otra cantidad suficiente de
an indispensable alimento, sino pagándolo á veinte
rancos la libra. Por lo que pudo un dia exclamar un
niembro de la Convencion: «¡Se dirá, pues, que falta

lo necesario á los que han destruido la Bastilla y derrumbado el trono!» Sí, era menester que esto se dijese, para que la Francia pudiera conocer desde entonces el valor de los principios liberales.

En vano álguien querrá disculparlos y hacer caer los desórdenes de aquella época nefanda sobre la ferocidad de Robespierre y los miembros de la Convencion; pues siempre quedaria por explicar cómo Robespierre y sus cómplices pudieron establecer en el reino más civilizado del mundo la más bárbara de las tiranías. Si se les hubiese abandonado á sí solos, no solamente no hubieran degollado, como hicieron, una nacion de veinte y cinco millones de almas, pero ni siquiera se lo hubieran imaginado. Ha dicho muy bien De Maistre: «Jamás Robespierre, Collot ó Barrière pensaron fundar el gobierno revolucionario y el régimen del Terror... Estos hombres, excesivamente medianos, ejercieron sobre una nacion culpable el más desapiadado despotismo de que hace mencion la historia; y por cierto que eran en el mundo los hombres más sorprendidos de su mismo poder.» Si no se quiere reconocer en este poder un efecto sin causa, hay que confesar que los tiranos del Terror lo debian á sus principios, los cuales, hasta que no hubieron producido sus últimas consecuencias, revistieron de la fuerza invencible de la lógica á sus más resueltos defensores, y semejantes á un alud que cae precipitadamente en el abismo, aplastaron á cuantos querian poner obstáculos á su paso. Robespierre ha sido un liberal que obra conforme á sus principios, y se distingue de los liberales moderados en que, no contento de negar en teoría el órden cristiano, ha empleado medios eficaces para destruirlo. Para él la guilloti-

a fué un instrumento de nivelacion, destinado á pre-
arar el establecimiento del nuevo órden con la des-
ruccion del régimen antiguo. Si la perfeccion y la fe-
.cidad del género humano son cuales las concibe el li-
eralismo, el Cristianismo, que se empeña en realizar
.n ideal completamente contrario, es el mayor enemi-
;o de la sociedad, y destruirlo es obra eminentemente
ocial. La tiranía de la Convencion, pues, es la deduc-
ion lógica del principio liberal, ni otro puede ser su
esultado práctico. Este principio, destruyendo en los
.nimos el imperio de la fe antigua, quitaba á la vez
odo freno que pudiese contener las malas pasiones del
orazon; y desarmando á las personas religiosas, deja-
a los brazos libres á todos los enemigos de la religion
de la moral. Pues, ¿no servia esto como para rodear
on doble garantía el imperio de los malvados, y con-
enar la Francia á sufrir sin ninguna clase de resis-
encia los estragos de la anarquía?

II. Esto por otra parte era como obligarla á echar-
e en brazos del despotismo. A la verdad, hubo un
momento en que se esperó la vuelta al antiguo órden
le cosas, por el que la Francia suspiraba con todo su
orazon, y este momento fué cuando terminaron las
ngustias del Terror. La Francia despojada, mortal-
mente herida, arrastrada al fango por sus libertadores,
edia con ahinco que se la devolviese con la antigua
monarquía la paz y la prosperidad. ¿Quién, pues, echó
perder sus deseos y esperanzas? ¿Qué funesta influen-
ia le impidió salir fuera del abismo? Lo mismo que le
abia precipitado en él, ó sea la influencia del libera-
ismo, error que de tal suerte ha corrompido á la clase
nstruida, que la reaccion lograda ya en los aconteci-

mientos no llegó á encontrar casi eco en los espíritus. Y mientras la nacion cristianísima imploraba con gemidos la libertad en el órden, sus pretendidos salvadores persistian en rechazar la soberanía social de Jesucristo, principio de toda libertad y órden. Bajo este punto de vista, estos eran tan liberales y revolucionarios como Robespierre. ¿Cómo habrian podido reconstruir lo que éste habia destruido? Así fué que la voz de la Francia no encontró casi otro órgano sino la de un ilustre extranjero, más francés que la mayor parte de los hijos de Francia. Pero, por más elocuente que fuese esta voz, no fué escuchada, y en la nueva Constitucion fueron conservados, velándolos ligeramente, todos los errores de la revolucion. ¿Y qué sucedió? La Francia hambrienta de reposo, y no pudiéndolo obtener real y permanentemente con el restablecimiento de los principios, pidió al despotismo un reposo momentáneo y aparente.

Y esta nacion infeliz, que habia dejado decapitar, como si fuese un tirano, al mejor de los reyes, debió sufrir por quince años el yugo férreo de una verdadera tiranía. Pues su inexorable dominador, haciendo de ella el juguete y la víctima de su ambicion, la consolaba con haberle dado la herencia revolucionaria, y al mismo tiempo que ahogaba toda clase de libertad, concedia, en el código que lleva su nombre, á los principios liberales una influencia que habia de sobrevivirle. Y así como la Convencion habia sido el liberalismo anárquico, el imperio fué el liberalismo despótico, quedando siempre el mismo error fundamental, aunque cubierto bajo formas contrarias.

III. Del mismo modo que pasan los huracanes pasó este nuevo azote de Dios, y por último la Francia pudo esperar que gustaria las dulzuras de la paz. El doble experimento que habia hecho hacia imposible toda ilusion, y parecia haber llegado ya la hora de la restauracion verdadera. Y así hubiera sido si el liberalismo, para poner obstáculos al bien, no hubiese encontrado al rededor del trono, y ¡ay! aun sobre el mismo trono, ciegos auxiliares. El nuevo soberano, en lugar de mostrarse desapiadado con los principios de la Revolucion y reservar su generosidad por los intereses que ella creado habia y por las clases que habia enaltecido, creyó que podia entrar en pactos y condiciones con la misma. Admitió en sus consejos á hombres embebidos en sus doctrinas, y conservó muchas de sus más perniciosas instituciones, persuadiéndose que con facilidad podria fascinar á la serpiente; empero antes de morir pudo prever que la monarquía, mordida por la venenosa serpiente, no prolongaria por mucho tiempo su vacilante existencia.

El liberalismo, que no ama el agradecimiento, con una ingratitud igual á su hipocresía, se apresuró á dirigir contra la monarquía harto confiada las fuerzas revolucionarias que esta no se habia cuidado de destruir. Los más estrepitosos asaltos contra el principio de autoridad salieron de las cátedras mas elevadas, largamente retribuidas por el Gobierno, y al grito de *¡Viva la Carta!* se llevó adelante esta guerra contra la monarquía, que por cierto era ella la que habia promulgado la Carta. Republicanos, bonapartistas, anárquicos de todos grados, reunidos bajo la comun denominacion de *liberales,* profesaban un respeto igual á esta Constitucion, que á la vez trabajaban por destruir. El resultado su-

peró sus esperanzas: la monarquía, á la mañana de aquel dia en que conquistaba un nuevo continente para la Francia, hubo de sucumbir á los golpes del liberalismo, despues de una lucha que la historia llamará la comedia de quince dias.

IV. ¿Y habrá necesidad de referir lo demás? ¿Quién no sabe que la monarquía de Julio, elevada sobre el escudo del liberalismo, despues de haber hecho prodigios de habilidad para ganarse su favor y paralizar su hostilidad, quedó por último hundida porque no supo plegarse á todas sus pretensiones? ¿Quién no recuerda los temores de la Francia rehecha *libre,* y deseosa de un salvador que la librase de esta *libertad?* ¿Á quién es desconocida la priesa con que se dejó engañar por la promesa de un órden de cosas en el que los malos tendrian que temblar y estarse tranquilos los buenos? El nuevo César fué omnipotente, como lo habia sido el fundador de su dinastía; mas elevando á sistèma los errores, por los que todo lo perdió su tio, puso por fundamento de su poder los principios de la Revolucion, que á su vez le perdieron. El liberalismo, que él acariciaba en las ideas, despues que lo habia abrazado en los hechos, descalzó poco á poco su trono. Él, discípulo de Maquiavelo, por defender la corona y dinastía creyó que lo mejor que podia hacer era abandonar los principios y las doctrinas. Inauguró, pues, aquella política abiertamente liberal que hubo de contristar á los buenos y alegrar á los malos; debilitó el poder de la Religion, envileció el gobierno, desorganizó el ejército, desmoralizó la Francia, y preparó aquella inmensa catástrofe que acabó con los mentidos resplandores del imperio y los más preciosos elementos de prosperidad para la nacion.

III.

Demostracion de lo mismo sacada de los presentes acontecimientos.

El liberalismo, causa verdadera de la caida de la Francia, es además el único obstáculo sério para su regeneracion; puesto que hace ineficaces é imposibles todos los medios propuestos para la restauracion de su antigua grandeza, y reduce á la impotencia á todos los partidos que trabajan en esta grande obra.

I. Van ya tres años y medio que la Francia, para levantarse del abismo, se dirigió á la más honrada Asamblea que haya jamás salido de las urnas electorales. Desde el comienzo de la era liberal no se habian visto reunidos tantos hombres deseosos de trabajar de consuno por el público bienestar. Verdad es que el mal era tan evidente, como espontáneo se presentaba por sí mismo el remedio. Apenas ocurrido el incendio de París por obra de la *Commune*, no habia ya que ilusionarse acerca de las tres principales causas de aquellos desastres, que son el sufragio universal, causa inmediata, que entrega los destinos del Estado á manos de quienes las pasiones arrastran á comprometerlos: el desenfreno de la prensa, que corrompe las masas con un envenenamiento cotidiano y las empuja á formarse del derecho del sufragio un arma para destruirlo todo; y por último la educacion irreligiosa, que perpetúa el mal, abandonando sin defensa las nuevas generaciones en brazos del error y del vicio. Entre todos los medios de restauracion habia tres de urgentísima necesidad:

habia menester de una ley electoral, destinada á ordenar con sabiduría el derecho del sufragio, de otra sobre la prensa para refrenar sus desafueros, y de una tercera sobre la instruccion, por la que fuese devuelta á la Iglesia su legítima autoridad sobre toda la enseñanza.

La necesidad de estas providencias era universalmente reconocida, y muchas veces se oyó proclamar en el seno de la Asamblea. ¿Cómo, pues, ha sido que despues de tres años y medio no se ha hecho nada? ¿Por qué se ha pasado este tiempo en estériles debates, cuyo único resultado ha sido debilitar á los buenos y envalentonar á los malos, hacer más inminente el peligro y más difícil la salvacion? Esto ha sucedido porque, á más de los tres graves desórdenes indicados, hay otro más profundo y radical. Lo que ha arruinado la Francia más que el sufragio universal, más que la prensa impía, más que la educacion irreligiosa, es el principio liberal ó revolucionario, la negacion de la autoridad suprema de Dios y de la Iglesia.

Por este principio el sufragio universal llega á ser necesariamente funesto, cuando el principio cristiano podria hacerlo un derecho indiferente ó tambien útil. Invitar á todos para que dén su parecer sobre cuestiones que á todos importan, dadás ciertas circunstancias, podria ser cosa en sí conveniente; pero atribuir el derecho electoral á hombres proclamados ya soberanos é independientes de toda ley, dejarles creer que la votacion es un juego á cara y cruz, cuya puesta es la existencia misma del órden social, es esencialmente malo, ni puede hacerlo bueno ningun sistema, por más hábil é ingenioso que se le suponga. Cabalmente así es como se entiende en Francia el derecho

lectoral, ni puede entenderse de otra manera por aquelos que admiten el principio liberal de la soberanía del ,ueblo. A fuera, pues, las ilusiones; mientras no se enuncie altamente á este principio, la organizacion lel sufragio es imposible. Las restricciones que se le ıñadan, es verdad que podrán retardar un poco la hora ;eñalada á la revolucion, pero no podrán absolutamen:e evitarla. En efecto, el sufragio limitado nos ha llevado al 93 y 48. Por otra parte, tales restricciones son reprobadas por el principio liberal; puesto que, siendo el pueblo soberano, ¿con qué derecho se le puede impedir el ejercicio de su soberanía? Quien lo intentase, tendria la razon en contra; y como nadie puede estar bien seguro de tener la fuerza en su favor, mejor es no intentar tan arriesgada empresa, que le podria salir fallida.

No de otro modo se ha de explicar la impotencia de la Asamblea para hacer una buena ley electoral. Habria tenido sin duda una suficiente mayoría para asegurar, si hubiese querido, la salvacion de la Francia. Mas la ilusion liberal ofusca el espíritu de un gran número de hombres de recto corazon. Deseando salvarnos, braman de tener, como condicion indispensable para ello, que rechazar el principio que nos mata. Este mismo principio ha hecho caer sobre nosotros los otros dos azotes, la prensa impía y la educacion irreligiosa, y actualmente hace imposible adoptar eficaces preservativos para librar de ellos á la sociedad. Claro es que, si el pueblo es soberano, tiene derecho de saberlo y leerlo todo. ¿Pues qué, los príncipes no escogen sus consejeros á su gusto? Así tambien obra el so›erano, á quien el liberalismo atribuye un poder suremo en las naciones modernas. Los consejeros que

se elige son periodistas de baja estofa, que, para mejor ganarse su favor, se acomodan á sus errores, lisonjean sus pasiones, fingen entrar en sus miras, y hasta se apropian su jerga. Diréis que son envenenadores. ¿Y bien, qué? Si al soberano le place envenenaros, ¿quién tiene derecho de impedírselo? El liberalismo, que no reconoce otro órden superior á la sociedad humana, y que en esta misma sociedad atribuye la soberanía al pueblo, enaltece al pueblo por encima de todo, aun del mismo Dios. ¿De qué modo, pues, podrá limitarse su poder?

Si los padres tienen el derecho de recibir una enseñanza que menos incomode á sus pasiones, con igual derecho pueden hacer dar á sus hijos una instruccion semejante; y ya que en el Estado liberal la enseñanza es un servicio público, debe acomodarse como el Estado mismo á todas las opiniones, y ser extraña á todas las doctrinas. Al rigor de la lógica, la religion no podrá reivindicar sobre la infancia una autoridad, que tampoco le perteneceria respecto de la edad adulta. A una sociedad de libre-pensadores solo le conviene una educacion libre de creencias.

Es por lo tanto verdad que en el fondo de todos los desórdenes que perturban la sociedad moderna, está el error liberal, causa positiva de todos los peligros; y mientras la Francia no lo haya rechazado completamente, serán inútiles todos sus esfuerzos para levantarse. No pocas veces se ha hecho observar que la lógica es el carácter propio del pueblo francés. Nosotros, tanto en el mal como en el bien, sacamos de nuestros principios todas sus consecuencias, sin calcular lo que podrá costarnos una tal satisfaccion. Como hemos adoptado la idea liberal, la hemos aplicado á todo órden de

cosas; y esta es aquella idea que nos hunde y aplasta. No hay, pues, que resolver otra cuestion que esta: ¿queremos morir, reteniendo en nuestras venas el veneno, ó nos avendrémos á vivir aun, rechazándolo?

II. Sí, tal es la sola y única cuestion verdadera, pues las otras no pasan de ser secundarias. No pretendemos por esto afirmar que todas las formas políticas tengan un mismo valor, ni que convengan igualmente á la Francia, pero sí afirmamos que la peor de todas ellas, depurada del error liberal, nos ofreceria más garantías de salvacion que la mejor, siendo inficionada de liberalismo. El más grave peligro de nuestro desgraciado país es que sus legisladores, para sacarlo del abismo en que yace y donde le ha precipitado el liberalismo, se obstinan en no presentarle otro camino de salud que el liberalismo. Están divididos en tres grandes partidos, enemigos entre sí en todo lo demás, pero concordes en un solo punto que les hace igualmente incapaces de salvarnos.

De un siglo á esta parte, como hemos visto, la Francia ha estado bajo tres gobiernos que todos han venido á parar en grandes catástrofes: la República, que, probada tres veces, le ha dado la *guillotina* en permanencia, las jornadas de Junio y la *Commune* de París; el Imperio democrático, ahogado dos veces por las oleadas de la invasion extranjera; y las dos monarquías parlamentarias, la una legítima é ilegítima la otra, que, más bien que haber sido abatidas, cayeron por su propio peso, en 1830 y 1848.

¿Cuál ha sido el vicio comun á todos estos gobiernos? El principio liberal. Quitad de en medio este principio, y la misma república, establecida en circunstan-

cias y condiciones oportunas, podrá procurar á la nacion libertad y bienestar. ¿No hemos oido quizás á Le Play hablarnos de los pequeños cantones católicos republicanos de Suiza, como el tipo de una sociedad próspera y bien ordenada? Pues bien; el liberalismo no ha podido aun penetrar en medio de aquellos valles tranquilos. Allí el pueblo, soberano en el órden civil, comprende que tiene otro soberano superior á él, que es el Criador de cielos y tierra, cuya ley interpretada por la Iglesia es la garantía inmutable de todos los derechos y la regla de todos los poderes humanos. En Francia, por el contrario, ¿bajo qué aspecto toman la República la mayor parte de aquellos que desean imponérnosla? Como un sistema que los faculta para hollar todas las leyes y destruir legalmente todos los derechos adquiridos. No faltan por cierto republicanos conservadores, que contentos con su situacion se irritarian de que otro no se contentase con proclamar el principio, sin deducir del mismo alguna conclusion violenta. Hombres semejantes los hubo en el 93. Y ¿cómo se portaron? No de otra manera que se conducirian hoy, si viniese á triunfar su partido: despues de haber facilitado su triunfo con su ciega honradez, serian dentro de poco sus víctimas. Ciertas ilusiones son verdaderos delitos; ¿y quizá no es un delito dar á un enfermo una pocion que por tres veces le ha llevado al borde del sepulcro?

¿Podrá jamás salvar la Francia el Imperio democrático? ¿Y por qué deberémos declararlo incapaz? No podemos hacerlo, sea que lo miremos como imperio, sea que lo consideremos como democrático. Pues esperando la sociedad que se reconstituya una jerarquía que

corresponda á sus nuevas condiciones, hay que mantener en pié su constitucion fundada en la igualdad. Delante del presente desmembramiento social, podia permitirse que álguien creyera que una dictadura hereditaria, como la que establecido habia el primer Bonaparte, fuese la forma más apropiada á las necesidades de la Francia. Y en verdad la autocracia imperial hubiera podido salvar la Francia, si ella misma se hubiese señalado los límites necesarios, proclamando la supremacía de la ley de Dios. El vicio radical del imperio napoleónico consistió en el empeño que tuvo en regularizar la Revolucion. Apoyando su despotismo en el principio liberal, vino á no tener ni base ni contrapeso; y en realidad fué arruinado más por sus propios excesos y el desafecto popular que por las victorias del extranjero; murió por lo mismo por lo que morirá el imperio prusiano, que se ha levantado sobre sus ruinas, esto es, tentando restablecer en el siglo XIX de la era cristiana el cesarismo pagano. Aquel que nos propone volver á aquella especie de régimen, es menester que nos crea dotados de muy poca memoria, ó de muy mezquino corazon.

Mas hé aquí un tercer partido, el de la monarquía parlamentaria, que hasta poco ha estado dividido, y que ahora ha visto caer las barreras que le impedian unir sus fuerzas, en virtud de la reconciliacion de las dos ramas de la Casa de Francia. ¿Por qué, pues, no se ha realizado esta union de fuerzas? Porque este partido, como todos ven, está tambien contagiado de liberalismo. Confundido el principio liberal con la idea misma de la monarquía parlamentaria, fué plenamente aceptado por unos y no del todo repudiado por otros. Y

mientras esta cuestion fundamental no esté resuelta, continuará la division; entre tanto se ve desgraciadamente oscurecida con tantas preocupaciones, que hombres honradísimos no llegan á entenderse. Probemos un nuevo esfuerzo para esclarecerla un poco.

Mas antes distingamos la monarquía representativa de la monarquía parlamentaria. La monarquía representativa supone que cerca del poder soberano están representados los intereses de todos, y además, segun algunos, que encuentre en las instituciones del Estado algunas barreras que defiendan á los súbditos de los caprichos del poder. Segun esta definicion, la monarquía francesa siempre ha sido templada, y en los siglos más cristianos fué realmente representativa. Por lo demás, no se da monarquía verdaderamente cristiana, que no encuentre el más eficaz temperamento en la ley misma del Evangelio, custodiada y explicada por la Iglesia. Muy otra cosa es el sistema parlamentario, que atribuye á los representantes de la nacion, no ya la sola mision de ilustrar al soberano y asesorar sus actos, sí que tambien la facultad de anularlo, ó lo que es lo mismo, de impedir completamente su gobierno. Es cierto que la ficcion parlamentaria reconoce en teoría la cuestion del conflicto entre los dos poderes; puesto que declara inviolable el poder ejecutivo del monarca, é igualmente declara soberano el poder legislativo de la representacion nacional. Mas atribuyendo á esta última el derecho exclusivo de disponer de los presupuestos, le suministra un medio fácil de reducir á un soberano sobrado firme. Así es que en el régimen parlamentario la soberanía no pertenece al monarca, sino al Parlamento, y esta pretendida monarquía no es más que una república con un presidente hereditario.

Por último, poco importa la denominacion; la gran
»stion está en saber si un gobierno semejante puede
r á la Francia la estabilidad, de que por tanto tiempo
ve privada. Los que están por la afirmativa citan como
toridad el ejemplo de Inglaterra, y los que sostienen
opinion contraria se apoyan en la experiencia de lo
e ha pasado en la misma Francia. Es un hecho que
sistema parlamentario está en vigor entre nuestros ve-
ıos de más allá de la Mancha, y hay que reconocer
mbien que en teoría está fundado en el principio libe-
l de la soberanía del pueblo; pero el tal principio ha
lo religiosamente relegado en el campo de las abstrac-
›nes. Hasta principios de este siglo la soberanía parla-
entaria pertenecia casi exclusivamente á una aristocra-
a rica y poderosa. Desde 1830 la clase media ha conse-
ıido en proporcion más ámplia los derechos electorales,
ıe poco hace han descendido al nivel de la pequeña
·opiedad; mas hasta ahora no se han querido conceder
aquella numerosa clase que, no poseyendo nada, tiene
ıdo su interés en despojar á los que poseen. Así es fá-
l explicar cómo un sistema establecido sobre el prin-
ipio revolucionario ha podido durante dos siglos no
ausar revolucion alguna. Los ingleses no se pican,
omo los franceses, de ser desmesuradamente teóricos.

Sea de esto lo que fuere, jamás se podrá establecer
n parangon entre el Parlamento inglés y el Parla-
ıento francés. En Francia no hay las fuerzas que más
ménos han neutralizado en Inglaterra la accion dele-
érea del principio liberal; sino que, al contrario, este
rincipio encuentra en el estado social y costumbres
rancesas las influencias más al caso para favorecer su
esarrollo. Aquí se sufre muchísimo por impedir que

llegue á ser una realidad un principio que por ahora solamente residia en los espíritus y estaba consignado en los libros; y en cambio es imposible, mil veces imposible, hacerle volver á la region de las ideas puras cuando ha entrado ya en el órden de los hechos, cuando, enseñoreado de las almas, ha dispertado pasiones violentas, creado intereses y vaciado en su molde á toda la nacion.

Son tan palpables estas verdades, que sonroja tener que demostrarlas. Mas ¡ay! ¡cuán desolador es el pensar que tan evidentes demostraciones, acompañadas de la experiencia más dolorosa, no llegan á convencer á aquellos mismos que debieran tener el mayor interés en propagar aquellas verdades! Pues hay que confesarlo: si la Revolucion no ha sido completamente desarmada, no hay que culpar por ello á los revolucionarios, sino á los conservadores. Si los realistas de la Asamblea de Versalles lo hubiesen eficazmente deseado, la monarquía cristiana habria sido desde mucho tiempo restablecida en Francia. Pero no, nosotros nos dejamos escapar de las manos las ocasiones todas de salvacion que se nos presentan por falta de acuerdo en repudiar enérgicamente nuestros errores. ¿Qué es lo que no podíamos esperar nosotros hace algunos meses, y qué es lo que no esperaban de nosotros en todo el mundo católico los defensores de la verdad y de la justicia? ¡Ah! se desvanecieron todas estas esperanzas en el momento mismo en que habian de realizarse; y ahora estamos amenazados de peligros aún más graves, y oprimidos por cruelísimas angustias.

¿Sobre quién harémos caer la responsabilidad de tan amarga decepcion? No es necesario atribuir á nadie

una trama criminal urdida con este objeto, ya que basta para explicarlo todo la ilusion liberal; ella, ella otra vez ha salido á poner obstáculos al restablecimiento de la Francia. Los autores de este drama se han explicado con tanta claridad, que no es difícil encontrar el hilo de esta intriga. Sabemos el motivo que les ha hecho tan altamente declarar que era imposible un Príncipe por demás leal, que, negándose á adquirir el trono al precio de un equívoco, nos daba una nueva prenda de la sinceridad de sus promesas; y el motivo ha sido que habiendo él resuelto dar á su pueblo la verdadera libertad, queria fundarla en el Evangelio y no en la herejía liberal. Sí, en esto propiamente consiste la verdadera causa del desacuerdo entre el monarca legítimo y la mayoría monárquica de la Asamblea: todas las demás cuestiones eran accesorias y hubieran podido resolverse con facilidad, si esta, que era la principal, hubiese quedado acordada. Pero el principio liberal quiso obligar al principio monárquico á capitular, y mientras se mantenga en este terreno, será imposible todo acuerdo. Por esto el representante de la monarquía cristiana, muy diferente de los ambiciosos vulgares, ha determinado sacrificarlo todo, ménos el principio, que es el solo que puede ponerle en condiciones de salvarnos. Él lo ha dicho, y nadie será capaz de hacerle retroceder: no consentirá á ningun precio ser *el rey legítimo de la revolucion*, y prefiere quedarse en el destierro que subir al trono para hacer tentativas que tres veces han arruinado la Francia.

Estemos, pues, una vez al ménos de acuerdo con nosotros mismos; sepamos en definitiva quiénes somos

nosotros. Si somos verdaderos conservadores, repudiemos bajo todas las formas el principio de la revolucion; y si queremos que la monarquía nos salve, no la obliguemos á aliarse con el genio maléfico que ha sido la causa de todas nuestras desventuras.

EL LIBERALISMO CATÓLICO.

Entre las mil formas que reviste el Proteo del libe-
ismo, hay una por la que se acerca de tal modo á la
dad, que llega las más de las veces á confundirse
ella: hablamos del liberalismo católico. ¿Depon-
mos las armas delante de un enemigo que se nos
ne en son de paz y con el ramo de olivo en la ma-
? Líbrenos Dios de ello, puesto que las seductoras
riencias con que se adorna le hacen más y más pe-
roso.

Una simple suposicion hará comprender mejor la
vedad del peligro, y justificará el celo con que nos
emos obligados á combatir el liberalismo católico.
ongamos que, en el momento de la gran reaccion
giosa que siguió los primeros años de la Restaura-
n, se hubiesen reunido los jefes de la secta anti-
stiana para concertar juntos los medios de reparar
derrota, y que uno de ellos, el más hábil y perver-
de todos, les hubiese arengado del siguiente modo:
os hemos engañado. La guerra abierta hecha por
otros á la Iglesia, léjos de destruirla, no ha servido
s que para purificarla. Ahora ella levanta de nuevo
altares, rehace los cuadros de su milicia, restable-

ce sus antiguas instituciones y reconquista su perdido prestigio en los pueblos. Es menester, pues, cambiar de táctica, y para vencer con más seguridad hay que buscar auxiliares entre nuestros mismos enemigos. Busquemos un error tan especioso, que seduzca á los más fervientes cristianos, pero que sea directamente contrario á la tradicion para ponerlos inevitablemente en lucha con la autoridad, á quien atañe conservar el depósito de aquella: busquemos un sistema cuyo objeto aparente sea devolver al Catolicismo su popularidad, pero cuyo efecto real sea romper su unidad; sistema que abrazado por los sacerdotes y seglares, afanosos de volver al buen camino á los disidentes, arrastre hasta el cisma á sus más ardientes campeones y deje en el corazon de los demás el gérmen amargo de la desconfianza y malquerencia; una doctrina, en fin, que favoreciendo á todos nuestros principios, nos deje solamente el trabajo de sacar, en la teoría y en la práctica, sus inevitables consecuencias.»

Pues si un programa de esta naturaleza hubiese sido propuesto en el conciliábulo de los enemigos de la Iglesia, ¿no hubiera sido aceptado con entusiasmo, como la más formidable de todas las máquinas de guerra que jamás se haya empleado para batir los muros de la Ciudad santa? Pues bien, el liberalismo católico no es otra cosa que la realizacion de semejante programa. A la verdad no ha sido propuesto por nadie el plan que hemos indicado; pero ha sido concebido por el perpétuo enemigo de Jesucristo, por el padre de la mentira, por el infernal autor de todas las herejías.

En cuanto á los católico-liberales, no podemos considerarlos sino como víctimas infelices de sus ilusiones. No solo no ponemos en duda la rectitud primitiva de

us intenciones, sino que en esto mismo encontramos a principal causa que nos mueve á detestar sus erro-es. Sí, cabalmente porque esto aleja de nosotros nues-ros más esforzados é incansables defensores, extravía as más bellas inteligencias y los corazones más gene-osos, hace penetrar su veneno hasta las entrañas de la ociedad cristiana, nosotros sostenemos con Pio IX ser ste error como la mayor y peor de todas las pestilen-ias: *Pestem perniciosissimam* (1). Al combatir empero i todo trance al liberalismo católico, léjos de faltar al espeto y amor para con los católico-liberales, creemos larles el testimonio más seguro y eficaz del afecto y cariño que les profesamos. Por lo demás, al proponer-nos estudiar á fondo la cuestion que nos divide, obede-cemos á las invitaciones hechas por muchos de ellos. Mientras nuestros anteriores artículos (2) eran por una parte acogidos con benevolencia llevada hasta la exa-geracion, por otra inspiraban críticas ménos agrada-bles, si bien no ménos útiles; y por ambas partes se nos ponia en la necesidad de poner término á una lid que por desgracia se ha prolongado demasiado. No de-penderá por cierto de nosotros, si con los actuales artí-culos no diéremos plena satisfaccion á estas dos clases de lectores.

(1) Breve del Padre Santo á la *Correspondencia de Ginebra*, del 26 de febrero de 1872. Mons. Segur en su *Homenage á los jóvenes católi-cos liberales*, y el P. At, al final de su obra intitulada: *Lo verdadero y lo falso en materia de autoridad y de libertad*, reproducen muchos re-cientes documentos de la Santa Sede, en los cuales el liberalismo católico es anatematizado, como uno de los más graves peligros de la Iglesia en la época presente. Por último el Padre Santo, en un Breve del 8 de diciembre de 1875 al Arzobispo de Aix y á los Obis-pos sus sufragáneos, despues de tributar las merecidas alabanzas á los miembros del Congreso de los *Comités católicos*, censura y con-dena de nuevo el liberalismo católico.

(2) El autor se refiere á sus artículos publicados sobre la *Bancar-rota del liberalismo.*

CAPÍTULO I.

Historia y exposicion de la cuestion.

Las nociones preliminares expuestas en otra parte por nosotros, han debido convencer á los lectores que bajo un nombre nuevo el liberalismo opone á la doctrina católica un muy antiguo error. El Cristianismo, ó sea la divinizacion de la humanidad hecha por el Hombre-Dios, desde su aparicion en el mundo, ha tenido que medirse con un enemigo, á quien ha vencido sin poder destruir, ó sea el paganismo, adoracion que la humanidad se daba á sí misma con conciencia más ó ménos clara de su delito. Esta idolatría que se personificaba en los Césares romanos, léjos de deponer las armas cuando Constantino la arrojó del trono, trató desde luego de preparar su revancha. En cada siglo se ha esforzado, con más ó ménos éxito, en hacer prevalecer por medio de las herejías y del sensualismo el orgullo de la razon y el desenfreno de las concupiscencias sobre la fe y la moral cristianas. Pero de un modo especial, en el órden político, el paganismo ha querido reconquistar un poder que le permite extender su imperio sobre los demás órdenes. Y lo ha logrado. Bizancio primero, y Alemania despues, han sido los teatros de sus primeras victorias; pero estaba reservado á la Francia, en la persona del sobrino de san Luis, Felipe

el Hermoso, decretar al cesarismo pagano su primer triunfo y dar principio á la grande apostasía de los pueblos cristianos. Cuatro siglos ha empleado el movimiento para desarrollarse, y se ha terminado al final del siglo pasado con la solemne proclamacion del destronamiento de Jesucristo y de la emancipacion de la sociedad moderna. Pero entonces el paganismo triunfante cambió de forma; de monárquico que habia sido se hizo demagógico; el liberalismo ocupó el lugar del cesarismo. Mas, como hemos visto, en sustancia es siempre el mismo error: la sustitucion del orgullo humano á la autoridad divina. Mientras duró la infancia de los pueblos se sometieron al yugo de un monarca y á la adoracion de la humanidad en su persona; mas llegados á la edad adulta no han querido sufrir más este yugo, y cada hombre ha pretendido adorarse á sí propio. Con esto el anticristianismo ha recibido su último desarrollo.

Tal es el génesis del liberalismo. Mas ¿cómo este error, que es el reverso de la doctrina católica, se ha podido unir á la misma para formar el liberalismo católico? ¡Ay! por la fascinacion que la fatal independencia del error ejerce aún sobre los que no se atreven á sacudir del todo el yugo de la verdad, cabalmente como un tiempo los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres, cuya belleza les habia seducido. Raras veces el hombre se arroja del todo en brazos del bien ó del mal; tanto para su razon, como para su voluntad, hay grados intermedios entre la primera sumision y la plena revuelta. Aun todas las grandes herejías han tenido sus diminutivos: al lado del arrianismo veis el semiarrianismo; al lado del eutiquianismo, el monotelis-

mo; al lado del luteranismo, el jansenismo (1): y ya la resurreccion del cesarismo monárquico nos habia dado el galicanismo, que es el cesarismo católico. Ahora el liberalismo católico por su parte no es otra cosa que la forma templada del liberalismo anticristiano.

Esta doctrina, enunciada primero en algunos escritos aislados, adquirió en Francia una existencia pública despues de 1830. Entonces nació la escuela liberal católica, que tuvo por padre al abate Lamennais y por cuna el periódico *L'Avenir*. Por espacio de quince

(1) Entre todos estos errores mitigados, el semiarrianismo y el jansenismo son los que nos presentan más estrecha analogía con el liberalismo católico. Vemos igualmente en las filas de estos tres partidos hombres ilustres por su ciencia, virtud, servicios hechos á la Iglesia é influencia ejercida sobre su época. El liberalismo católico no ha publicado por cierto nada que sea superior á las obras históricas y polémicas de un Eusebio de Cesarea, de un Pascal, de un Arnoldo. Estas sectas tienen tambien esto que les es comun, que se hace harto difícil precisar su símbolo. Haciendo profesion de mantenerse en un terreno intermedio entre el error condenado y la verdad definida, no conservan ninguna posicion fija y cambian continuamente de forma. Así es que la mayor parte de los escritores que combaten el liberalismo católico han renunciado á definirlo. Nosotros, si tuviésemos que dar una definicion, no podríamos dar sino una negativa, diciendo que el liberalismo católico consiste en *no querer confesar la soberanía social de Jesucristo*, mientras el liberalismo puro consiste en la abierta negacion de esta soberanía. El semiarrianismo ofrece tambien en esto un punto de contacto digno de mucha consideracion. Los adherentes á esta secta en esto solo convenian propiamente, en no querer aceptar la fórmula católica de *Consustancial;* pero, bajo esta reserva comun á todos, ocultaban encontradas opiniones. Unos admitian *in petto* toda la doctrina católica, cuya definicion se limitaban á creer inoportuna; otros rehusaban confesarla, porque en realidad no la admitian. Asimismo entre los católicos que en Francia, Alemania é Inglaterra combatian no há mucho la soberanía doctrinal de la Santa Sede, mientras todos pretendian militar bajo la bandera del Catolicismo, los hechos han demostrado que al lado de católicos muy ortodoxos, pero ilusos, habia verdaderos cismáticos, cuales han sido los *viejos católicos*.

años todas las fracciones del partido revolucionario, reunidas bajo el estandarte del liberalismo, se habian esforzado por hacer odiosa la Religion, identificando su causa con la del absolutismo monárquico. Esta táctica desleal habia tenido por fautores inconscientes á ciertos realistas, que por su célebre forma, «el trono y el altar,» parecian subordinar el altar al trono, y exponian el primero á sucumbir en la catástrofe que acabó por arrastrar el segundo. Por lo cual la Iglesia no podia aceptar esta solidaridad, y para ella era un deber hacer sus eternos interesos independientes de todo régimen político. Si la escuela de *L'Avenir* no se hubiese propuesto otro objeto, habria por cierto merecido bien de la Religion. Pero desgraciadamente con una impetuosidad menos sensible en el jefe de esta escuela que en sus jóvenes discípulos, llevó al extremo las cosas y tomó por programa la mútua independencia de la sociedad religiosa y de la sociedad civil. Sin consultar á la Iglesia, los nuevos apologistas propusieron en su nombre al partido liberal un tratado de paz, en virtud del que ella reconoceria y sancionaria el órden social establecido contra la misma, con la condicion de que se le dejase una completa libertad en el órden individual.

Se sabe ya lo que sucedió: la Iglesia no creyó poder aceptar el convenio firmado en su nombre por negociadores sin mandato, y rehusó adquirir por el precio de su enseñanza tradicional la tolerancia que se le ofrecia. Las doctrinas de *L'Avenir* fueron condenadas, y excepto el jefe de esta escuela, que no tardó en justificar la condenacion con su revuelta, todos los defensores del sistema proscrito dieron pruebas de su buena

fe con la generosidad de su sumision. ¡Felices si más tarde no se hubiesen dejado seducir de nuevo por ilusiones que parecia habian completamente abandonado! Poco á poco se olvidó lo que tan bien habia sido comprendido. No obstante la suma claridad de las expresiones, se persuadieron que la encíclica *Mirari vos* condenaba únicamente las exageraciones de la doctrina liberal, y se creyeron autorizados para permanecer católicos, reproduciendo, bajo formas más suaves, las teorías de *L'Avenir*.

Hay, pues, un lado por el que la escuela liberal católica, fiel en todo lo demás á su orígen, ha experimentado un notable desvío; siendo primero enemiga jurada del galicanismo, despues se ha hecho su más íntima aliada. Bajo la Restauracion los galicanos estaban firmemente apegados á la monarquía, cuyos derechos exageraban; y por reaccion la escuela del *Avenir* arrojóse en un extremado ultramontanismo que no hacia mucho caso ni de los derechos del Episcopado ni de los del poder temporal. Unos y otros no podian entonces ni sospechar siquiera que en el fondo se apoyaban en un mismo principio, ó sea en la negacion de los derechos de la Iglesia respecto de la sociedad civil. Esta afinidad de las dos escuelas rivales se ha manifestado cabalmente en la época del Concilio Vaticano, cuando se llegó á creer que esta augusta Asamblea definiese la soberanía social de Jesucristo por medio de su Iglesia. Entonces se obró un extraño cambio de frente. Los liberales, que siempre se habian distinguido por su fervor ultramontano, se trocaron de pronto en galicanos. Este antiguo error, que se creia ya muerto, hermanándose con la gran herejía moderna, ha alcanzado una

uerza de resistencia de que no se le suponia capaz. Sobre el terreno del galicanismo se ha librado el gran combate doctrinal de 1869; pero el liberalismo ha pagado casi él solo el escote.

Todo induce, pues, á creer que si el Concilio hubiere terminado su obra, habria anatematizado tambien el segundo de estos errores, así como condenó el primero; mas detenido en sus tareas por una nueva erupcion del volcan revolucionario, no ha podido sino indirectamente condenar al liberalismo, por la sancion que ha dado á todos los actos doctrinales de la Santa Sede. De ahí las dificultades de nuestra actual situacion. Los católicos que estaban embebidos en los principios liberales son casi ó eran los galicanos antes de la definicion del 18 de julio de 1870. Harto saben que no tienen de su parte ni á la Santa Sede ni á la gran mayoría del Episcopado católico. Pero ellos se apoyan en la nombradía de que gozan ciertas guias ilustres, siguiendo á las cuales creen no poder desbarrar; y si tienen contra sí el peso del número, se figuran poseer á su favor la cualidad, y así oponen las luces de su razon al peso de la autoridad. Si les echamos en cara que tratan de dividir á la Iglesia, ellos á su vez nos acusan de echarla á perder, haciéndola impotente para reconquistar el imperio moral de la sociedad.

Con placer lo confesamos y reconocemos: ha llegado la hora en que esta fatal ilusion va á disiparse. Se ve ya entre los católico-liberales obrarse una separacion semejante á la que se produjo en el siglo quinto entre los semiarrianos y los semipelagianos. Habia entre estos como en todos los partidos de fusion dos clases de espíritus unidos por una ilusion comun; pero anima-

dos de disposiciones muy diversas: los unos, y son siempre los más, sobre todo adictos á la verdad, estaban unidos al error solo porque lo identificaban con la verdad; los otros, al contrario, apegados obstinadamente al error, exigian nada menos de la verdad que se juntase con el error. El cisma de los *viejos católicos* nos ha librado de estos falsos hermanos, que, bajo la máscara del catolicismo, encubrian un espíritu completamente cismático. Por una feliz reaccion, aquellos de los católico-liberales que eran más católicos que liberales, van convenciéndose más y más cada dia de la necesidad de abjurar su liberalismo y ser pura y simplemente católicos romanos.

Para apresurar acontecimiento tan deseado, ¿qué tenemos que hacer nosotros? No se trata de refutar los principios del liberalismo católico, que no los tiene fijos. Harto conocemos lo que distingue al católico liberal, tanto de los católicos puros como de los puros liberales; él no se atreve á profesar ni la doctrina católica opuesta al liberalismo, ni la doctrina liberal opuesta al Catolicismo. Su sistema no es tanto un error doctrinal como una ilusion práctica, que con afirmaciones equívocas y engañadoras promesas seduce las inteligencias más rectas y los corazones más generosos. Le habrémos, pues, privado de su poder seductor, si demostramos que sus más aparentes razones no son más que sofismas, que sus brillantes promesas son irrealizables, y que efectivamente todas ellas han abortado. Con esta doble demostracion terminarémos nuestras investigaciones sobre la *Bancarrota del liberalismo.*

Esta última parte de nuestro empeño nos impondrá la dolorosa necesidad de llamar, como testimonios y

órganos de la ilusion liberal, á hombres que por los eminentes servicios hechos á la Iglesia han merecido nuestro inalterable reconocimiento. Pero, gracias á un concurso de circunstancias del todo providencial, algunos de estos ilustres adversarios nos ahorrarán el trabajo de combatirlos, encargándose ellos mismos de refutar sus errores. En la vida del P. Lacordaire, Mr. Foisset ha trazado una historia profundamente instructiva del orígen de la escuela liberal. Al leerla se ve claramente que esta escuela ha sufrido la ley que obliga al error en general á volver sobre sus pasos. Despues de cuarenta años, nosotros la vemos retroceder á su punto de partida. Los sofismas en que hoy se apoya son aquellos mismos que empleaba Lamennais en 1833, y los cuales con singular fuerza de lógica el P. Lacordaire refutaba en una série de cartas admirables dirigidas al Conde de Montalembert.

Cuanta seduccion tenga esta doctrina para hacer caer en la red á los incautos, puede comprenderse por su persistencia en el seno de la sociedad católica despues de tanto tiempo de parecer haberse desengañado completamente sus primeros defensores. ¡Y cuántas otras luces no se han añadido á las que entonces disiparon sus errores! A tamaña obstinacion del equívoco no dejemos de oponer la franqueza de nuestras explicaciones, y hablemos con tanta claridad que, si se persiste en rechazar la verdadera doctrina, se renuncie al menos á encubrirla.

CAPÍTULO II.

Equívocos del liberalismo católico.

I. El primer equívoco, y no es el menos pérfido, lo encontramos en el carácter atribuido por el liberalismo á la lucha que ha suscitado en el seno de la Iglesia, y en la designacion que hace de los dos campos. Este equívoco se expresa las más de las veces con la siguiente fórmula: «El liberalismo es una opinion libre desde que no ha sido formalmente condenado por la Iglesia.» En efecto, á los ojos de los católico-liberales, los rayos del anatema constituyen la única luz con que puede la Iglesia iluminar y dirigir á sus hijos. Mientras esta no les manda, bajo pena de ser condenados, creer una verdad ó rechazar un error, su palabra no tiene para ellos ningun valor. Y por esto así como hasta hoy la Iglesia no ha emitido ningun juicio de esta naturaleza sobre el liberalismo católico, sus fautores sostienen que la controversia entre ellos y sus adversarios se agita fuera de la enseñanza tradicional y dentro del terreno de las opiniones libres. Se figuran que, plenamente autorizados para sostener sus opiniones, no tienen en contra sino un partido de personas exageradas é intolerantes, que no comprendiendo las exigencias de la sociedad moderna y los verdaderos intereses de la Iglesia, por una ciega obstinacion de conseguir im-

posibles utopias, comprometen la causa á que sirven. «Es menester confesarlo, decia Montalembert al Congreso de Malinas, el entusiasmo de que estamos animados por la libertad religiosa, no es general entre los católicos. Ellos la quieren solamente para sí, y en esto no tienen gran mérito, puesto que cada cual quiere toda la libertad para sí propio. Pero lo que les inquieta y espanta es la libertad religiosa considerada en sí misma, la libertad de conciencia de los otros, la libertad de cultos que se niega y rechaza. Si se buscan los motivos de este temor, se pueden reducir á tres principales... y yo no sé por cierto cuál sea el menos fundado y quimérico.» Pocas páginas despues escribe: «Yo no tengo ni el derecho ni el deseo de condenar á los que piensan de otra manera, ni pongo en duda su ortodoxia. ¡Dios me libre de ello! Sin embargo, les pido que no quieran combatir la mia. Les considero de buena gana superiores en virtud y ciencia; solamente mientras estaré en medio de los negocios de este mundo, procuraré mantenerme apartado de los mismos, como de gente con la cual no tengo nada que hacer en el tiempo que corre.»

Aquellos bravos católicos, que con una risotada acogian estas frases agudas y picantes, olvidaban que á la cabeza de «los que pensaban diferentemente» del Conde de Montalembert, estaba el Papa Pio IX, quien habia ya manifestado muy claramente su pensamiento en varios Breves y Alocuciones antes de formularlo con más solemnidad en la Encíclica *Quanta cura* (1).

(1) Las cuatro últimas proposiciones del *Syllabus* relativas al liberalismo son extractadas de las actas pontificias anteriores al discurso de Malinas.

Ellos sin duda no pensaban que Pio IX, condenando las doctrinas liberales, no hacia más que caminar sobre las huellas de Gregorio XVI, de Pio VI y de todos los Papas sus predecesores. Por más extraño que parezca entre católicos, este olvido se explica en un auditorio arrastrado por la fascinacion de una palabra elocuente; pero, ¿cómo explicar que Montalembert haya podido escribir aquellas frases y despues abandonarlas al público? ¿Olvidado habia las actas solemnes de la Santa Sede, que habian condenado su teoría de la libertad del error? ¿No se acordaba de que, para evitar esta condenacion, su antiguo maestro Lamennais acusaba al mismo Papa de no comprender las necesidades de la sociedad moderna, acusacion que es una de las armas favoritas del liberalismo? «El Papa, decia él, es un buen religioso, que no sabe nada de las cosas de este mundo, y no tiene idea alguna del estado de la Iglesia (1).» Si en la boca de un sacerdote, que no ha roto aun con la unidad católica, este lenguaje es culpable é insensato, no se dirá por cierto que esté falto de una cierta franqueza. ¡Para defender el liberalismo no se tiene reparo en censurar al Jefe augusto de sus adversarios! ¿Pero hay buena fe en perseguir con invectivas á aquellos cuyo único delito consiste en seguir la direccion del Papa, cuando se prodigan al mismo testimonios del más profundo respeto? Por cierto que si hubo en el mundo hombre leal por naturaleza y voluntad, es sin duda el caballeresco *hijo de los cruzados;* y la misma simpatía que inspira su noble carácter hace aun más odioso el error, que le condena á ocultar su íntimo pen-

(1) Foisset, *Vida del P. Lacordaire*, c. V.

niento hasta los últimos años de su vida, en los que
nanifiesta con una palabra la más desagradable. Y
o este punto de vista todos los católico-liberales in-
ren en la misma inconsecuencia y ocultan la verdad
ı el velo de las mismas reticencias. Varian al desig-
á sus adversarios, los cuales quién dice son los Je-
tas, quién algunos periodistas, quién por último se
ıtenta con acusar á «una cierta escuela.» Los mis-
s subterfugios se empleaban en la época del Concilio
'a hacer despreciables y odiosos á los defensores de
infalibilidad pontificia; cuyo proceder no es más leal
la primera que en la segunda de estas dos cuestiones,
tes bien históricamente es insostenible; puesto que
infalibilidad del Papa, aunque defendida como una
rdad de fe por el comun de los doctores católicos de
las las edades, habia sido combatida en Francia por
gun tiempo; mientras que el liberalismo no ha tenido
nás por sí escuela alguna ó algun doctor de autori-
d. El galicanismo pretendia sustraer el poder tempo-
l de los reyes del poder, ya directo, ya indirecto, del
pado; pero no sostuvo jamás la libertad de propagar
error, ni tampoco pensó en separar la sociedad civil
la sociedad religiosa. Los liberales, pues, tienen por
versarios, no un partido, no una escuela, sino toda la
ıdicion católica. Su doctrina es de ayer, y ha sido
ıtinuamente por parte de la Iglesia objeto de repro-
:ion inequívoca. Verdad es que hasta ahora esta re-
)bacion no se ha dado bajo la forma de anatema; pero,
ın qué derecho se podria limitar á la fulminacion del
ıtema el poder doctrinal de la Iglesia? Cuando Jesu-
ısto dijo á los Apóstoles: «Id, enseñad á todas las
:iones. Quien creyere á vuestra palabra será salvo,

quien no creyere será condenado,» no puso al poder de los Apóstoles el límite dentro del cual pretenden restringirlo los católico-liberales. ¿De dónde, pues, deducen la facultad que se arrogan de circunscribir la palabra suprema é inmutable del Verbo de Dios? Esta pretension es tanto más insostenible para ellos, en cuanto, si la Iglesia consintiese á sus deseos, nunca jamás pronunciaria anatemas. Y á la verdad, ¿no les hemos acaso oido en el tiempo del Concilio reprobar, como contraria á las costumbres tolerantes de nuestros dias, la manera segun ellos demasiado imperiosa de imponer una creencia? Por lo que por una parte quisieran que la Iglesia no pronunciase jamás un anatema, y por otra no se avienen á obedecerla, sino solamente cuando se ven obligados del anatema; así que, para contentarlos, no le quedaria á la Iglesia otra cosa que hacer sino despojarse de su poder doctrinal. Por cierto que cuantos entre ellos son verdaderamente católicos no pueden por largo tiempo mantenerse en esta ilusion, viendo al Papa condenarla en el *Syllabus* con el asentimiento de todo el Episcopado católico (1). Desde el momento que la Iglesia ha manifestado su pensamiento sobre todo lo que atañe á los grandes intereses que le están confiados, no le es permitido á un católico atribuirse la libertad de negarle la debida obediencia. Aho-

(1) La proposicion 22 del *Syllabus*, condenada ya en el Breve *Tuas libenter* del 21 de diciembre de 1863, está así concebida: «La obligacion que absolutamente liga á los profesores y escritores católicos se restringe á aquellas cosas solamente que como dogmas de fe se proponen para creer á todos por el juicio infalible de la Iglesia: *Obligatio qua catholici magistri et scriptores omnino adstringuntur, coarctatur in iis tantum infallibili Ecclesiæ judicio quæ veluti fidei dogmata ab omnibus credenda proponuntur.*

ra bien, en la cuestion del liberalismo, el pensamiento de la Iglesia se ha manifestado cien veces y no se ha cambiado jamás. Solo, pues, la ignorancia y la irreflexion pueden excusar á aquellos que colocan el liberalismo entre las opiniones libres.

II. Pero ¿qué dirémos de aquellos que, no contentos de reclamar la tolerancia á favor de su sistema, pretenderian además imponérnoslo como una tradicion, si no como un dogma de la Iglesia? Hasta tal punto ha llegado la ilusion de los católico-liberales; y para sostener una pretension tan extraña, se han servido de un segundo equívoco, que podria parecer increible, si no le viésemos apoyado por los más ilustres maestros de esta escuela y escrito en los programas más acreditados. Escuchemos de nuevo á Montalembert: «No, la libertad de conciencia no tiene de ningun modo un orígen anticristiano, sino que al contrario tiene el mismo orígen que el Cristianismo y la Iglesia. Ella ha sido creada y puesta al mundo el dia en que el primero de los Papas, san Pedro, respondió al primero de los perseguidores: *Non possumus*. Nosotros no podemos menos de decir lo que hemos visto y oido. ¿Por ventura no debemos obedecer antes á Dios que á los hombres (1)?»

No es menester por cierto gran perspicacia para descubrir que el elocuente abogado confunde aquí dos cosas tan diferentes como el dia y la noche, ó sea la libertad cristiana y la libertad liberal, la libertad de la verdad y la libertad del error. ¿Quién duda que la Igle-

(1) Véase *Asamblea general de los católicos en Bélgica*, 1.ª ses. de Malinas, 18-22 de agosto de 1863, vol. I, p. 306.

sia haya siempre reivindicado el derecho de predicar su doctrina? ¿Puede suponerse que haya un solo católico tan necio que atribuya á la libertad de conciencia así entendida «un orígen anticristiano?» ¿Y para qué, sino para conservar inviolable esta libertad de la verdad, nos negamos á atribuir en principio al error una libertad que jamás ha dejado de ser opresora? El argumento de Montalembert prueba solamente que, habiendo tomado la defensa de una mala causa, se ha visto obligado á recurrir al más infeliz de todos los expedientes; esto es, á desfigurar la doctrina de sus adversarios y la suya propia. Y ojalá que aquí se hubiese detenido; pero él ha alterado además el sentido de la sagrada Escritura. El *Non possümus* de san Pedro está interpretado en un sentido que el Apóstol hubiera rechazado como una especie de apostasía. Quisiéramos saber lo que hubiera contestado á quien le hubiese preguntado si por aquella palabra entendia él pedir á favor de todos los errores una libertad igual á la que pedia por la doctrina de Jesucristo; si se hubiese declarado por satisfecho con que el Sanhedrin colocara al Hijo de Dios vivo al mismo nivel de Júpiter y Adonis. ¡San Pedro liberal, gran Dios! ¿No ha sido él al contrario el primero que solemnemente ha condenado el liberalismo, declarando, lo mismo á los indivíduos que á las sociedades, que no puede haber salvacion sino sometiéndose al único Salvador Jesucristo: *Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oportet nos salvos fieri?* Si los Apóstoles hubiesen admitido la igualdad de derecho entre el error y la verdad, no les habrian faltado ocasiones para hacer manifiesta semejante doctrina. Roma, que tan espontáneamente abria sus templos á todas

las divinidades de los pueblos vencidos, no habria por cierto negado la ciudadanía á Jesucristo, si este hubiese consentido en ser admitido allí con los mismos títulos que los dioses de Persia y Egipto. Lo que atrajo sobre sus primeros Apóstoles y sus sucesores tan crueles persecuciones fué cabalmente su invencible firmeza en confesar á Jesucristo, no solo como el verdadero Dios, sí que tambien como «el único Señor (1).» Habrá, pues, que deplorar que el liberalismo católico no haya sido inventado más pronto; pues habria ahorrado al paganismo tantas crueldades, y al Cristianismo tantas persecuciones. Ni tampoco se podria impedir á los católico-liberales atribuirse una sabiduría que no tuvieron los Apóstoles; pero atribuir á los Apóstoles su manera de entender los derechos de la verdad y de la libertad de conciencia es lo que no pueden hacer, sin ser desmentidos por cada una de las líneas del Evangelio y por toda la historia de la Iglesia.

Ni los doctores cristianos citados por Montalembert le son más favorables que los Apóstoles (2). De que Tertuliano haya censurado el empleo de la fuerza para conducir las almas á la verdad, no puede inferirse que haya atribuido al error los mismos derechos que á la verdad. Pues esta es la cuestion entre los liberales y nosotros, como luego verémos. Además entre los doctores citados por el abogado del liberalismo católico hay uno, san Agustin, que es tan contrario á esta doctrina,

(1) *Siquidem sunt Dei multi et Domini multi. Nobis autem unus Deus Pater, et unus Dominus Jesus Christus.* (I Cor., VIII, 5).

(2) No invocaré los antiguos y célebres textos de Lactancio, Tertuliano *(non est religionis cogere religionem)*, san Atanasio, san Agustin y san Hilario, que se encuentran comunmente citados.

que ha llegado á negar la máxima proclamada por Tertuliano. En efecto, despues de haber tambien él censurado la violencia, reconoció que esta habia dado los más felices resultados con los donatistas, y expresamente retractó su primera opinion. Que los liberales se nieguen á seguir hasta aquí á san Agustin, lo comprendemos; pero en cambio renuncien á presentárnoslo como patrono de sus doctrinas (1).

III. Antes de pasar adelante hemos de sacar de lo discutido hasta ahora una importante consecuencia. Ya que hemos determinado el carácter de la lucha, indiquemos con precision la situacion de los combatientes. Y primero, la doctrina opuesta al liberalismo, siendo la doctrina tradicional de la Iglesia, es del todo injusto imputar á los sostenedores de la misma las deplorables consecuencias que trae consigo esta desagradable controversia; pues no de otra manera que con un equívoco, y equívoco agravado con injusticia, son acusados de turbar la paz, por que pugnan á favor de las tradiciones de la Iglesia. Y sube de punto tamaña injusticia cuando sin prueba alguna se les atribuyen mo-

(1) El mismo P. Lacordaire ha notado lealmente, si bien con disgusto, este cambio de ideas en el Obispo de Hipona: «San Agustin, escribe, que antes habia pertenecido á esta escuela (de la libertad absoluta), pasó más tarde á la escuela contraria. Él creyó ser deudor á la experiencia de dos verdades que la meditacion del Evangelio no le habia hecho conocer, y son que el error es esencialmente perseguidor, y que las inteligencias débiles son oprimidas por las vigorosas, como los cuerpos débiles lo son por los robustos. De ahí infiere que la represion del error es una defensa legítima contra dos tiranías: la de la persecucion y la de la seduccion.» (*Memorias para el restablecimiento en Francia de la Orden de los frailes Predicadores; Obras de Lacordaire*, t. IX, p. 164). Sin duda Montalembert habia leido este escrito de su amigo; ¿pues cómo ha podido citar á san Agustin como favorable al liberalismo?

tivos indignos de hombres de honor y de cristianos. Un hijo, que se conserva fiel á su madre, aunque sea exagerado en su fidelidad, merece siempre respeto; y si álguien se creyese con derecho para despreciarlo, no seria por cierto aquel que ha sido alimentado en un mismo seno. Aun cuando se tratase solamente de una cuestion práctica, ¿cómo podria jamás un católico creer digno de censura á otro católico que toma por norma de sus pensamientos y conducta las decisiones de aquellos á quienes Jesucristo ha prometido su asistencia? Aunque lo hiciera por vanidad, á lo más se podria tomar por insensatez, que no dejaria de tener su mérito por otra parte; puesto que el ídolo de la sociedad moderna es la opinion pública, y esta idolatría seduce mucho más que en la antigüedad el culto de Diana en Éfeso y el de Astarte en Fenicia. Muy bien dice el señor de Montalembert que aquella es el verdadero sol que se levanta, al cual los hombres de nuestro siglo, y especialmente los publicistas, se ven en la tentacion de adorar mucho más que á todos los demás poderes inferiores; siendo más fácil mantenerse firme contra un César cualquiera que sea, que con esta gran diosa, ante la que inclinan la frente por veneracion los mismos césares. Pues aun cuando los adversarios del liberalismo obrasen por mero capricho, no por esto podria negárseles aquel respeto que se lleva á todo hombre que sacude el yugo á que se sujetan los más orgullosos. Pero si ocupándose en tan peligrosa empresa, creyesen ellos cumplir un deber sagrado; si viendo el injusto descrédito con que se ha logrado cubrir las tradiciones y obras admirables de su Madre la Iglesia, saliesen valerosamente al encuentro de la dicha impo-

pularidad: si, en fin, en lugar de aducir en su defensa circunstancias atenuantes, como lo hacen algunos de sus hijos, defendiesen todos sus derechos y glorificasen todo su pasado, ¿cómo podría un católico dejar de amarlos y quedarles reconocido, aunque no participara de sus convicciones? Y sobre todo ¿quién se atrevería á acusarles de *haber ofendido la razon, la justicia y el honor?*

Nada más queremos decir para refutar un escrito deplorable, con razon desestimado por los mismos ejecutores testamentarios del autor, pero cuya publicacion desgraciadamente no pudieron impedir. No tienen por cierto necesidad de defensa los escritores de la *Civiltà cattolica*, á quienes se ataca en aquel escrito; puesto que los elogios dados á los mismos por el Vicario de Jesucristo son más que suficientes para vengarles de las acusaciones é injurias de cualquiera adversario, aunque en el ímpetu de su despecho haya sido más elocuente que un Pascal. Mejor es por ahora no hablar más de semejantes ilusiones que ha disipado ya el hálito de la muerte; pero séanos al menos lícito desear que queden igualmente disipadas entre los vivos. Es de esperar que en interés de nuestra dignidad, no menos que de la verdad y justicia, se deje á un lado de una vez para siempre toda cuestion personal en una controversia, que prescinde de ello completamente. En toda guerra puede suceder que no tengan razon ninguna de las partes contrarias, no siendo jamás suficiente la [illegible] la una para dar razon á la otra; y [illegible] [illegible] la punta de las causas, se puede [illegible] [illegible] el blanco. Nunca he [illegible] [illegible] de los soldados hay[illegible]

encontrado en esto un motivo para desertar de su bandera, ó bien para ultrajar á sus compañeros de armas, que han dado á favor de la causa comun las pruebas más claras de valor y abnegacion. De todos modos la justicia de una causa nada tiene que sufrir por la sinrazon de los combatientes; y porque otro hubiese defendido malamente la tradicion católica, no es lícito á nadie impugnarla jamás. Cuando dos potencias están en lucha entre sí, cada cual acrimina á la otra de turbar la páz, y últimamente Prusia ha demostrado qué ventajas se pueden sacar de semejante acusacion para obligar á quien se quiere combatir, á tomar sobre sí la odiosidad de la agresion. Del mismo modo en la lucha entre los católicos hemos visto á ambas partes cargar una sobre otra la responsabilidad del combate; pero aquí la estratagema no engaña sino á los que quieren ser engañados. Jesucristo lo ha descubierto é inutilizado, estableciendo en su Iglesia un centro de unidad, en virtud del que se puede siempre conocer con certeza quiénes son los que turban la union y quiénes combaten por mantenerla, que la union importa adhesion á la unidad, y por el contrario la division es oponerse á la unidad. Dejad, pues, de acusar á los campeones de la unidad de que turban la union; ya que ellos defienden la causa de la union, aun cuando se valgan de algun atractivo para propagar sus doctrinas. Y verdaderamente se necesitaria haber perdido el sentimiento católico para preferir uno que mina los fundamentos de la unidad con trabajos subterráneos á otro que, combatiendo á cielo descubierto por defender la ciudadela divina, no siempre dirigiese bien sus baterías.

IV. No hay que dudar que los católico-liberales, aunque tengan el espíritu en gran manera ilusionado, con todo, respecto de la tradicion, conocen cuán difícil es su situacion y que el peso de las autoridades contrarias aplasta sus doctrinas. Para evitarlo han recurrido á otro equívoco, pues han dicho: aquí no se discute una interpretacion dogmática, respecto de la cual la autoridad tiene derecho de fallar de un modo inapelable; sino que solamente se trata de la cuestion de conducta que hay que observar. El señor de Montalembert repite muchas veces esta declaracion en su discurso en el Congreso de Malinas. «Yo no vengo aquí á exponer teorías, ni menos teología; no respondo con argumenlos dogmáticos á dogmatizantes que me condenan y que yo recuso. Invoco hechos, y saco de ellos las enseñanzas puramente prácticas que os propongo.»

Examinarémos despues si los liberales, aun suponiendo verdadera su alegacion, tengan el derecho de rechazar la direccion de la Iglesia; por ahora contentémonos en quitar de en medio todos los equívocos con que se ha querido envolver esta cuestion. El equívoco que indicamos es del número de aquellos que el liberalismo católico mantiene con el mayor empeño en el ánimo de sus secuaces; pero por más deseoso que esté de adormecer con semejante ilusion su conciencia, no puede abrir la boca sin desmentirse á sí mismo y entrar en el campo doctrinal, cosa que parecia querer evitar á toda costa. Efectivamente, en aquel mismo discurso en que el más sincero y elocuente de sus patronos hace las protestas poco há indicadas, veinte líneas más abajo de aquellas en que hace burlas *de la soberbia y despreciable pretension* de los soñadores del reinado del absolutismo, suelta es-

...cion: Dicho esto, mas [illegible]
...r que de todas las libertades [illegible]
...didas, la de conciencia [illegible]
...rada, la mas legítima [illegible]
... Sí, es menester amar [illegible]
...; pero la libertad [illegible]
...tuoso respeto y la [illegible]
...la que se levanta [illegible]
... por lo mismo mas [illegible]
...dos vidas y los [illegible]
...po, el cielo y la tierra [illegible]
...la verdad para [illegible]
... hasta la vida, y [illegible]
... el alma en quien [illegible]
... [illegible]
... no sea otra cosa [illegible]
... de justicia [illegible]
... bien, que se nos respete [illegible]
...mente práctico? ¿Es [illegible]
...dera el terreno, y no mas [illegible]
...na doctrina? Este tal, que [illegible]
... querer permanecer en [illegible]
... ha arrojado de un salto [illegible]
... justicia y la caridad ¿han [illegible]
... naturaleza durante el curso [illegible]
... por lo tanto, la hopalanda [illegible]
... el juicio propio por encima [illegible]
... de la Iglesia aquel que [illegible]
... más sagrado, el más [illegible]
... los derechos [illegible]
... [illegible]

sumir amonestarlo acerca de la práctica de semejante virtud ¿no es quizá la más atrevida de todas las usurpaciones que el orgullo del hombre puede cometer en el campo de la teología?

Hé aquí como los más esforzados defensores del liberalismo católico, apenas han querido justificar su sistema, se han visto arrastrados, á pesar de su firme resolucion y sincera piedad, á afirmaciones heterodoxas; ni podia suceder otra cosa. Esta importante cuestion de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, como cualquiera otra cuestion política y moral, está enlazada con principios dogmáticos, acerca de los cuales no se podia permanecer indiferente. Querer tratar esta cuestion bajo el punto de vista meramente práctico, sin tocar para nada los principios, ya sea para afirmarlos, ya sea para negarlos, es una tentativa tan quimérica, como lo seria la de un arquitecto que quisiese construir un edificio, haciendo absoluta abstraccion de las leyes del equilibrio.

Aquí tocamos con la mano la ilusion radical de los católico-liberales, y cuán esencialmente absurdo es su sistema. Su situacion es cabalmente esta: como católicos, profesan en órden á la religion los dogmas enseñados por la Iglesia; pero, como liberales, rechazan las consecuencias necesarias de estos dogmas en órden á la religion. Porque son liberales, admiten la constitucion anticristiana de la sociedad moderna, y porque son católicos rechazan los principios anticristianos sobre los cuales se funda esta misma constitucion. Pues, si el acto principal de la razon consiste en deducir las consecuencias de los respectivos principios y enlazar con los principios las consecuencias, es menester con-

venir en que no hay sistema más irracional que el liberalismo católico.

Mas la lógica tiene su rigor, al que nadie puede enteramente sustraerse, siendo una prueba de ello los mismos católico-liberales. Al punto mismo en que proclaman no querer tocar las teorías, muy á su pesar las tocan; y cabalmente aquella en que se apoya todo el edificio de sus sofismas es el más enojoso de todos los equívocos.

V. Entre tanto roguémosles que nos dén á conocer *este sencillo deber de justicia y caridad,* ignorado por la Iglesia hasta hoy dia, y descubierto por el liberalismo católico. «Es el deber, nos responden, de dar á los otros la libertad que queremos se nos dé á nosotros mismos.»—«Sí, católicos, entendedlo bien, nos grita el Conde de Montalembert haciendo suyas las palabras del P. Lacordaire; si quereis para vosotros la libertad, es necesario quererla para todos los hombres y bajo todos los climas. Si la buscais solamente para vosotros, no la tendréis jamás; concededla en donde vosotros sois señores, á fin de que se os otorgue en donde sois esclavos.» Estas pocas palabras encierran toda la filosofía del liberalismo católico; y este mismo pensamiento, reproducido bajo mil formas, lo vemos en todos los manifiestos y publicaciones de esta escuela.

Pues bien, en todo este pretendido sistema de equidad nada más hay que un odioso equívoco. Por cierto seria una injusticia pedir para *nosotros* una libertad que rehusásemos á nuestros semejantes; ¿pero acaso pedimos nada para nosotros? ¡Para quién, sino para Jesucristo, Hijo de Dios y único Salvador de los hombres, pedimos la sumision que le es debida, y sin la

Ellos sin duda no pensaban que Pio IX, condenando las doctrinas liberales, no hacia más que caminar sobre las huellas de Gregorio XVI, de Pio VI y de todos los Papas sus predecesores. Por más extraño que parezca entre católicos, este olvido se explica en un auditorio arrastrado por la fascinacion de una palabra elocuente; pero, ¿cómo explicar que Montalembert haya podido escribir aquellas frases y despues abandonarlas al público? ¿Olvidado habia las actas solemnes de la Santa Sede, que habian condenado su teoría de la libertad del error? ¿No se acordaba de que, para evitar esta condenacion, su antiguo maestro Lamennais acusaba al mismo Papa de no comprender las necesidades de la sociedad moderna, acusacion que es una de las armas favoritas del liberalismo? «El Papa, decia él, es un buen religioso, que no sabe nada de las cosas de este mundo, y no tiene idea alguna del estado de la Iglesia (1).» Si en la boca de un sacerdote, que no ha roto aun con la unidad católica, este lenguaje es culpable é insensato, no se dirá por cierto que esté falto de una cierta franqueza. ¡Para defender el liberalismo no se tiene reparo en censurar al Jefe augusto de sus adversarios! ¿Pero hay buena fe en perseguir con invectivas á aquellos cuyo único delito consiste en seguir la direccion del Papa, cuando se prodigan al mismo testimonios del más profundo respeto? Por cierto que si hubo en el mundo hombre leal por naturaleza y voluntad, es sin duda el caballeresco *hijo de los cruzados;* y la misma simpatía que inspira su noble carácter hace aun más odioso el error, que le condena á ocultar su íntimo pen-

(1) Foisset, *Vida del P. Lacordaire*, c. V.

amiento hasta los últimos años de su vida, en los que
) manifiesta con una palabra la más desagradable. Y
ajo este punto de vista todos los católico-liberales in-
urren en la misma inconsecuencia y ocultan la verdad
on el velo de las mismas reticencias. Varian al desig-
ar á sus adversarios, los cuales quién dice son los Je-
uitas, quién algunos periodistas, quién por último se
ontenta con acusar á «una cierta escuela.» Los mis-
nos subterfugios se empleaban en la época del Concilio
ara hacer despreciables y odiosos á los defensores de
a infalibilidad pontificia; cuyo proceder no es más leal
n la primera que en la segunda de estas dos cuestiones,
ntes bien históricamente es insostenible; puesto que
a infalibilidad del Papa, aunque defendida como una
erdad de fe por el comun de los doctores católicos de
odas las edades, habia sido combatida en Francia por
lgun tiempo; mientras que el liberalismo no ha tenido
amás por sí escuela alguna ó algun doctor de autori-
dad. El galicanismo pretendia sustraer el poder tempo-
al de los reyes del poder, ya directo, ya indirecto, del
Papado; pero no sostuvo jamás la libertad de propagar
el error, ni tampoco pensó en separar la sociedad civil
le la sociedad religiosa. Los liberales, pues, tienen por
adversarios, no un partido, no una escuela, sino toda la
radicion católica. Su doctrina es de ayer, y ha sido
continuamente por parte de la Iglesia objeto de repro-
bacion inequívoca. Verdad es que hasta ahora esta re-
probacion no se ha dado bajo la forma de anatema; pero,
con qué derecho se podria limitar á la fulminacion del
natema el poder doctrinal de la Iglesia? Cuando Jesu-
risto dijo á los Apóstoles: «Id, enseñad á todas las
aciones. Quien creyere á vuestra palabra será salvo,

quien no creyere será condenado,» no puso al poder de los Apóstoles el límite dentro del cual pretenden restringirlo los católico-liberales. ¿De dónde, pues, deducen la facultad que se arrogan de circunscribir la palabra suprema é inmutable del Verbo de Dios? Esta pretension es tanto más insostenible para ellos, en cuanto, si la Iglesia consintiese á sus deseos, nunca jamás pronunciaria anatemas. Y á la verdad, ¿no les hemos acaso oido en el tiempo del Concilio reprobar, como contraria á las costumbres tolerantes de nuestros dias, la manera segun ellos demasiado imperiosa de imponer una creencia? Por lo que por una parte quisieran que la Iglesia no pronunciase jamás un anatema, y por otra no se avienen á obedecerla, sino solamente cuando se ven obligados del anatema; así que, para contentarlos, no le quedaria á la Iglesia otra cosa que hacer sino despojarse de su poder doctrinal. Por cierto que cuantos entre ellos son verdaderamente católicos no pueden por largo tiempo mantenerse en esta ilusion, viendo al Papa condenarla en el *Syllabus* con el asentimiento de todo el Episcopado católico (1). Desde el momento que la Iglesia ha manifestado su pensamiento sobre todo lo que atañe á los grandes intereses que le están confiados, no le es permitido á un católico atribuirse la libertad de negarle la debida obediencia. Aho-

(1) La proposicion 22 del *Syllabus*, condenada ya en el Breve *Tuas libenter* del 21 de diciembre de 1863, está así concebida: «La obligacion que absolutamente liga á los profesores y escritores católicos se restringe á aquellas cosas solamente que como dogmas de fe se proponen para creer á todos por el juicio infalible de la Iglesia: *Obligatio qua catholici magistri et scriptores omnino adstringuntur, coarctatur in iis tantum infallibili Ecclesiæ judicio quæ veluti fidei dogmata ab omnibus credenda proponuntur.*

ra bien, en la cuestion del liberalismo, el pensamiento de la Iglesia se ha manifestado cien veces y no se ha cambiado jamás. Solo, pues, la ignorancia y la irreflexion pueden excusar á aquellos que colocan el liberalismo entre las opiniones libres.

II. Pero ¿qué dirémos de aquellos que, no contentos de reclamar la tolerancia á favor de su sistema, pretenderian además imponérnoslo como una tradicion, si no como un dogma de la Iglesia? Hasta tal punto ha llegado la ilusion de los católico-liberales; y para sostener una pretension tan extraña, se han servido de un segundo equívoco, que podria parecer increible, si no le viésemos apoyado por los más ilustres maestros de esta escuela y escrito en los programas más acreditados. Escuchemos de nuevo á Montalembert: «No, la libertad de conciencia no tiene de ningun modo un orígen anticristiano, sino que al contrario tiene el mismo orígen que el Cristianismo y la Iglesia. Ella ha sido creada y puesta al mundo el dia en que el primero de los Papas, san Pedro, respondió al primero de los perseguidores: *Non possumus*. Nosotros no podemos menos de decir lo que hemos visto y oido. ¿Por ventura no debemos obedecer antes á Dios que á los hombres (1)?»

No es menester por cierto gran perspicacia para descubrir que el elocuente abogado confunde aquí dos cosas tan diferentes como el dia y la noche, ó sea la libertad cristiana y la libertad liberal, la libertad de la verdad y la libertad del error. ¿Quién duda que la Igle-

(1) Véase *Asamblea general de los católicos en Bélgica*, 1.ª ses. de Malinas, 18-22 de agosto de 1863, vol. I, p. 306.

sia haya siempre reivindicado el derecho de predicar su doctrina? ¿Puede suponerse que haya un solo católico tan necio que atribuya á la libertad de conciencia así entendida «un orígen anticristiano?» ¿Y para qué, sino para conservar inviolable esta libertad de la verdad, nos negamos á atribuir en principio al error una libertad que jamás ha dejado de ser opresora? El argumento de Montalembert prueba solamente que, habiendo tomado la defensa de una mala causa, se ha visto obligado á recurrir al más infeliz de todos los expedientes; esto es, á desfigurar la doctrina de sus adversarios y la suya propia. Y ojalá que aquí se hubiese detenido; pero él ha alterado además el sentido de la sagrada Escritura. El *Non possumus* de san Pedro está interpretado en un sentido que el Apóstol hubiera rechazado como una especie de apostasía. Quisiéramos saber lo que hubiera contestado á quien le hubiese preguntado si por aquella palabra entendia él pedir á favor de todos los errores una libertad igual á la que pedia por la doctrina de Jesucristo; si se hubiese declarado por satisfecho con que el Sanhedrin colocara al Hijo de Dios vivo al mismo nivel de Júpiter y Adonis. ¡San Pedro liberal, gran Dios! ¿No ha sido él al contrario el primero que solemnemente ha condenado el liberalismo, declarando, lo mismo á los indivíduos que á las sociedades, que no puede haber salvacion sino sometiéndose al único Salvador Jesucristo: *Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oportet nos salvos fieri?* Si los Apóstoles hubiesen admitido la igualdad de derecho entre el error y la verdad, no les habrian faltado ocasiones para hacer manifiesta semejante doctrina. Roma, que tan espontáneamente abria sus templos á todas

las divinidades de los pueblos vencidos, no habria por cierto negado la ciudadanía á Jesucristo, si este hubiese consentido en ser admitido allí con los mismos títulos que los dioses de Persia y Egipto. Lo que atrajo sobre sus primeros Apóstoles y sus sucesores tan crueles persecuciones fué cabalmente su invencible firmeza en confesar á Jesucristo, no solo como el verdadero Dios, sí que tambien como «el único Señor (1).» Habrá, pues, que deplorar que el liberalismo católico no haya sido inventado más pronto; pues habria ahorrado al paganismo tantas crueldades, y al Cristianismo tantas persecuciones. Ni tampoco se podria impedir á los católico-liberales atribuirse una sabiduría que no tuvieron los Apóstoles; pero atribuir á los Apóstoles su manera de entender los derechos de la verdad y de la libertad de conciencia es lo que no pueden hacer, sin ser desmentidos por cada una de las líneas del Evangelio y por toda la historia de la Iglesia.

Ni los doctores cristianos citados por Montalembert le son más favorables que los Apóstoles (2). De que Tertuliano haya censurado el empleo de la fuerza para conducir las almas á la verdad, no puede inferirse que haya atribuido al error los mismos derechos que á la verdad. Pues esta es la cuestion entre los liberales y nosotros, como luego verémos. Además entre los doctores citados por el abogado del liberalismo católico hay uno, san Agustin, que es tan contrario á esta doctrina,

(1) *Siquidem sunt Dei multi et Domini multi. Nobis autem unus Deus Pater, et unus Dominus Jesus Christus.* (I Cor., VIII, 5).

(2) No invocaré los antiguos y célebres textos de Lactancio, Tertuliano *(non est religionis cogere religionem)*, san Atanasio, san Agustin y san Hilario, que se encuentran comunmente citados.

que ha llegado á negar la máxima proclamada por Tertuliano. En efecto, despues de haber tambien él censurado la violencia, reconoció que esta habia dado los más felices resultados con los donatistas, y expresamente retractó su primera opinion. Que los liberales se nieguen á seguir hasta aquí á san Agustin, lo comprendemos; pero en cambio renuncien á presentárnoslo como patrono de sus doctrinas (1).

III. Antes de pasar adelante hemos de sacar de lo discutido hasta ahora una importante consecuencia. Ya que hemos determinado el carácter de la lucha, indiquemos con precision la situacion de los combatientes. Y primero, la doctrina opuesta al liberalismo, siendo la doctrina tradicional de la Iglesia, es del todo injusto imputar á los sostenedores de la misma las deplorables consecuencias que trae consigo esta desagradable controversia; pues no de otra manera que con un equívoco, y equívoco agravado con injusticia, son acusados de turbar la paz, por que pugnan á favor de las tradiciones de la Iglesia. Y sube de punto tamaña injusticia cuando sin prueba alguna se les atribuyen mo-

(1) El mismo P. Lacordaire ha notado lealmente, si bien con disgusto, este cambio de ideas en el Obispo de Hipona: «San Agustin, escribe, que antes habia pertenecido á esta escuela (de la libertad absoluta), pasó más tarde á la escuela contraria. Él creyó ser deudor á la experiencia de dos verdades que la meditacion del Evangelio no le habia hecho conocer, y son que el error es esencialmente perseguidor, y que las inteligencias débiles son oprimidas por las vigorosas, como los cuerpos débiles lo son por los robustos. De ahí infiere que la represion del error es una defensa legítima contra dos tiranías: la de la persecucion y la de la seduccion.» (*Memorias para el restablecimiento en Francia de la Orden de los frailes Predicadores; Obras de Lacordaire*, t. IX, p. 164). Sin duda Montalembert habia leido este escrito de su amigo; ¿pues cómo ha podido citar á san Agustin como favorable al liberalismo?

tivos indignos de hombres de honor y de cristianos. Un hijo, que se conserva fiel á su madre, aunque sea exagerado en su fidelidad, merece siempre respeto; y si álguien se creyese con derecho para despreciarlo, no seria por cierto aquel que ha sido alimentado en un mismo seno. Aun cuando se tratase solamente de una cuestion práctica, ¿cómo podria jamás un católico creer digno de censura á otro católico que toma por norma de sus pensamientos y conducta las decisiones de aquellos á quienes Jesucristo ha prometido su asistencia? Aunque lo hiciera por vanidad, á lo más se podria tomar por insensatez, que no dejaria de tener su mérito por otra parte; puesto que el ídolo de la sociedad moderna es la opinion pública, y esta idolatría seduce mucho más que en la antigüedad el culto de Diana en Éfeso y el de Astarte en Fenicia. Muy bien dice el señor de Montalembert que aquella es el verdadero sol que se levanta, al cual los hombres de nuestro siglo, y especialmente los publicistas, se ven en la tentacion de adorar mucho más que á todos los demás poderes inferiores; siendo más fácil mantenerse firme contra un César cualquiera que sea, que con esta gran diosa, ante la que inclinan la frente por veneracion los mismos césares. Pues aun cuando los adversarios del liberalismo obrasen por mero capricho, no por esto podria negárseles aquel respeto que se lleva á todo hombre que sacude el yugo á que se sujetan los más orgullosos. Pero si ocupándose en tan peligrosa empresa, creyesen ellos cumplir un deber sagrado; si viendo el injusto descrédito con que se ha logrado cubrir las tradiciones y obras admirables de su Madre la Iglesia, saliesen valerosamente al encuentro de la dicha impo-

pularidad; si, en fin, en lugar de aducir en su defensa circunstancias atenuantes, como lo hacen algunos de sus hijos, defendiesen todos sus derechos y glorificasen todo su pasado, ¿cómo podria un católico dejar de amarlos y quedarles reconocido, aunque no participara de sus convicciones? Y sobre todo ¿quién se atreveria á acusarles de *haber ofendido la razon, la justicia y el honor?*

Nada más queremos decir para refutar un escrito deplorable, con razon desestimado por los mismos ejecutores testamentarios del autor, pero cuya publicacion desgraciadamente no pudieron impedir. No tienen por cierto necesidad de defensa los escritores de la *Civiltà cattolica,* á quienes se ataca en aquel escrito; puesto que los elogios dados á los mismos por el Vicario de Jesucristo son más que suficientes para vengarles de las acusaciones é injurias de cualquiera adversario, aunque en el ímpetu de su despecho haya sido más elocuente que un Pascal. Mejor es por ahora no hablar más de semejantes ilusiones que ha disipado ya el hálito de la muerte; pero séanos al menos lícito desear que queden igualmente disipadas entre los vivos. Es de esperar que en interés de nuestra dignidad, no menos que de la verdad y justicia, se deje á un lado de una vez para siempre toda cuestion personal en una controversia, que prescinde de ello completamente. En toda guerra puede suceder que no tengan razon ninguna de las partes contrarias, no siendo jamás suficiente la sinrazon de la una para dar razon á la otra; y aun defendiendo la más santa de las causas, se puede tirar mucho y no dar jamás en el blanco. Nunca he oido decir que el más inmaculado de los soldados haya

encontrado en esto un motivo para desertar de su bandera, ó bien para ultrajar á sus compañeros de armas, que han dado á favor de la causa comun las pruebas más claras de valor y abnegacion. De todos modos la justicia de una causa nada tiene que sufrir por la sinrazon de los combatientes; y porque otro hubiese defendido malamente la tradicion católica, no es lícito á nadie impugnarla jamás. Cuando dos potencias están en lucha entre sí, cada cual acrimina á la otra de turbar la paz, y últimamente Prusia ha demostrado qué ventajas se pueden sacar de semejante acusacion para obligar á quien se quiere combatir, á tomar sobre sí la odiosidad de la agresion. Del mismo modo en la lucha entre los católicos hemos visto á ambas partes cargar una sobre otra la responsabilidad del combate; pero aquí la estratagema no engaña sino á los que quieren ser engañados. Jesucristo lo ha descubierto é inutilizado, estableciendo en su Iglesia un centro de unidad, en virtud del que se puede siempre conocer con certeza quiénes son los que turban la union y quiénes combaten por mantenerla, que la union importa adhesion á la unidad, y por el contrario la division es oponerse á la unidad. Dejad, pues, de acusar á los campeones de la unidad de que turban la union; ya que ellos defienden la causa de la union, aun cuando se valgan de algun atractivo para propagar sus doctrinas. Y verdaderamente se necesitaria haber perdido el sentimiento católico para preferir uno que mina los fundamentos de la unidad con trabajos subterráneos á otro que, combatiendo á cielo descubierto por defender la ciudadela divina, no siempre dirigiese bien sus baterías.

IV. No hay que dudar que los católico-liberales, aunque tengan el espíritu en gran manera ilusionado, con todo, respecto de la tradicion, conocen cuán difícil es su situacion y que el peso de las autoridades contrarias aplasta sus doctrinas. Para evitarlo han recurrido á otro equívoco, pues han dicho: aquí no se discute una interpretacion dogmática, respecto de la cual la autoridad tiene derecho de fallar de un modo inapelable; sino que solamente se trata de la cuestion de conducta que hay que observar. El señor de Montalembert repite muchas veces esta declaracion en su discurso en el Congreso de Malinas. «Yo no vengo aquí á exponer teorías, ni menos teología; no respondo con argumentos dogmáticos á dogmatizantes que me condenan y que yo recuso. Invoco hechos, y saco de ellos las enseñanzas puramente prácticas que os propongo.»

Examinarémos despues si los liberales, aun suponiendo verdadera su alegacion, tengan el derecho de rechazar la direccion de la Iglesia; por ahora contentémonos en quitar de en medio todos los equívocos con que se ha querido envolver esta cuestion. El equívoco que indicamos es del número de aquellos que el liberalismo católico mantiene con el mayor empeño en el ánimo de sus secuaces; pero por más deseoso que esté de adormecer con semejante ilusion su conciencia, no puede abrir la boca sin desmentirse á sí mismo y entrar en el campo doctrinal, cosa que parecia querer evitar á toda costa. Efectivamente, en aquel mismo discurso en que el más sincero y elocuente de sus patronos hace las protestas poco há indicadas, veinte líneas más abajo de aquellas en que hace burlas *de la soberbia y despreciable pretension* de los soñadores del reinado del absolutismo, suelta es-

ta declaracion: «Dicho esto, más dispuesto me siento yo á declarar que de todas las libertades hasta ahora por mí defendidas, la de conciencia es la más preciosa, la más sagrada, la más legítima, la más necesaria á mi parecer... Sí, es menester amar y servir á todas las libertades; pero la libertad religiosa es la que merece el más afectuoso respeto y la más absoluta abnegacion; pues es la que se levanta á regiones más elevadas y puras, y por lo mismo más vastas... Ella sola es la que ilumina dos vidas y dos mundos, la vida del alma y la del cuerpo, el cielo y la tierra.» Y más abajo añade: «Creer á la verdad para consagrarle el propio honor, el reposo y hasta la vida, y respetar al mismo tiempo la libertad del alma en quien abandona ó ignora la verdad, *esto ha parecido hasta ahora difícil;* sin embargo, parece que no sea otra cosa esto sino *un acto simple y natural* de justicia, *ó al menos de caridad cristiana.*

Ahora bien, que se nos responda de buena fe: ¿es esto solamente práctico? ¿Es el lenguaje de un soldado que explora el terreno, y no más bien el del doctor que expone una doctrina? Este tal, que dos minutos hace declaraba querer permanecer en lo relativo, ¿por ventura no se ha arrojado de un salto en el campo de lo absoluto? La justicia y la caridad ¿han podido nunca cambiar de naturaleza durante el curso de los siglos? ¿No se viste, por lo tanto, la hopalanda del teólogo al revés y no pone el juicio propio por encima de la infalibilidad dogmática de la Iglesia aquel que canoniza como el más precioso, el más sagrado, el más legítimo, el más necesario de todos los derechos lo que la Iglesia ha declarado injusto y pernicioso? Si el Espíritu Santo que asiste á la Iglesia es el espíritu de caridad por excelencia, pre-

sumir amonestarlo acerca de la práctica de semejante virtud ¿no es quizá la más atrevida de todas las usurpaciones que el orgullo del hombre puede cometer en el campo de la teología?

Hé aquí como los más esforzados defensores del liberalismo católico, apenas han querido justificar su sistema, se han visto arrastrados, á pesar de su firme resolucion y sincera piedad, á afirmaciones heterodoxas; ni podia suceder otra cosa. Esta importante cuestion de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, como cualquiera otra cuestion política y moral, está enlazada con principios dogmáticos, acerca de los cuales no se podia permanecer indiferente. Querer tratar esta cuestion bajo el punto de vista meramente práctico, sin tocar para nada los principios, ya sea para afirmarlos, ya sea para negarlos, es una tentativa tan quimérica, como lo seria la de un arquitecto que quisiese construir un edificio, haciendo absoluta abstraccion de las leyes del equilibrio.

Aquí tocamos con la mano la ilusion radical de los católico-liberales, y cuán esencialmente absurdo es su sistema. Su situacion es cabalmente esta: como católicos, profesan en órden á la religion los dogmas enseñados por la Iglesia; pero, como liberales, rechazan las consecuencias necesarias de estos dogmas en órden á la religion. Porque son liberales, admiten la constitucion anticristiana de la sociedad moderna, y porque son católicos rechazan los principios anticristianos sobre los cuales se funda esta misma constitucion. Pues, si el acto principal de la razon consiste en deducir las consecuencias de los respectivos principios y enlazar con los principios las consecuencias, es menester con-

venir en que no hay sistema más irracional que el liberalismo católico.

Mas la lógica tiene su rigor, al que nadie puede enteramente sustraerse, siendo una prueba de ello los mismos católico-liberales. Al punto mismo en que proclaman no querer tocar las teorías, muy á su pesar las tocan; y cabalmente aquella en que se apoya todo el edificio de sus sofismas es el más enojoso de todos los equívocos.

V. Entre tanto roguémosles que nos dén á conocer *este sencillo deber de justicia y caridad,* ignorado por la Iglesia hasta hoy dia, y descubierto por el liberalismo católico. «Es el deber, nos responden, de dar á los otros la libertad que queremos se nos dé á nosotros mismos.»—«Sí, católicos, entendedlo bien, nos grita el Conde de Montalembert haciendo suyas las palabras del P. Lacordaire; si quereis para vosotros la libertad, es necesario quererla para todos los hombres y bajo todos los climas. Si la buscais solamente para vosotros, no la tendréis jamás; concededla en donde vosotros sois señores, á fin de que se os otorgue en donde sois esclavos.» Estas pocas palabras encierran toda la filosofía del liberalismo católico; y este mismo pensamiento, reproducido bajo mil formas, lo vemos en todos los manifiestos y publicaciones de esta escuela.

Pues bien, en todo este pretendido sistema de equidad nada más hay que un odioso equívoco. Por cierto seria una injusticia pedir para *nosotros* una libertad que rehusásemos á nuestros semejantes; ¿pero acaso pedimos nada para nosotros? ¿¡Para quién, sino para Jesucristo, Hijo de Dios y único Salvador de los hombres, pedimos la sumision que le es debida, y sin la

cual le es imposible cumplir su mision de salud á favor de la sociedad civil? Los incrédulos, pero no los católico-liberales, podrán equivocarse sobre esta idea nuestra. Saben muy bien que, si pedimos una especial proteccion para la verdad católica, la pedimos porque Dios mismo la ha puesto por fundamento indispensable del órden social. Pero en este caso, ¿á qué se reduce el pretendido derecho de justicia? En las citaciones alegadas pongamos la expresion exacta en lugar de las expresiones equívocas; y desde luego aquello que figuraba ser la misma equidad aparecerá, cual es, una impiedad. Hé aquí como es necesario traducir aquellas máximas:

«La Iglesia católica quiere para sí la libertad, y en esto no tiene por cierto gran mérito; pues, generalmente hablando, todo hombre quiere para sí propio toda clase de libertad. Mas la libertad que la Iglesia de Jesucristo debe de aquí en adelante pedir y aceptar, como la más sagrada, la más legítima, la más necesaria de todas, es la libertad religiosa en sí misma, la libertad de cultos, que ella reniega y rechaza.— Católicos, entendedlo bien, si deseais la libertad para Jesucristo y la doctrina por El revelada á los hombres como único camino de salud, es necesario querer tambien esta libertad para todos los errores y seducciones diabólicas. Otorgadla á todos los enemigos de este Salvador divino allí donde aun manda como soberano, á fin de que se conceda á sus siervos en donde ellos son esclavos.» De tal suerte formulada la teoría liberal, manifiesta claramente el fundamental error que en sí contiene, y que sus defensores tratan de ocultar bajo formas ambiguas; error que consiste en la paridad de dere-

chos entre la verdad y la mentira, entre Cristo y Belial. Una vez admitido que la doctrina revelada por el Hijo de Dios y confiada en depósito á su Iglesia es una opinion como todas las otras que se agitan en el mundo religioso, político y filosófico, las conclusiones de los liberales se convierten en leyes necesarias. Pero supuesto que aquella doctrina tiene señales irrefragables é infalibles de verdad, y que por lo mismo es tan obligatoria para la salvacion de los hombres y de la sociedad, como lo son las leyes de la justicia conmutativa y de la moralidad individual; ¿cómo puede pedirse, en nombre de la equidad, á favor de los hombres que impugnan aquella doctrina con las armas más desleales, la proteccion debida á los que están encargados por el mismo Dios de propagarla y defenderla? ¿Osaríais vosotros adoptar semejante teoría en cualquiera otro interés social, por ejemplo, en la higiene pública? ¿Diríais quizá que no se puede invocar la libertad de vender alimentos sanos y negar al mismo tiempo á los envenenadores la libertad de ejercer su criminal negocio? Si sois católicos, habeis de creer que la propaganda anticristiana hace mucho mayor mal á las almas que los venenos á los cuerpos. ¿Cómo, pues, llegais á sostener que sea un simple deber de caridad y justicia la libertad de semejante propaganda?

VI. Además en esta misma palabra de libertad se encierra otro equívoco, contra el que no hemos de cansarnos jamás de protestar. Cuando los liberales argumentan contra la doctrina católica, siempre suponen que entre ellos y sus adversarios se trata de una cuestion de *violencia,* mientras que en realidad se trata de una cuestion de *defensa.* ¿Por qué motivo la Iglesia recha-

za en principio la libertad de imprenta y la de conciencia, entendidas en sentido liberal? Porque son instrumentos de opresion, y de la más inmensa y funesta opresion; de la opresion de los espíritus débiles bajo el yugo doblemente ignominioso de la mentira y de la inmoralidad. Sabida es la manera con que, antes de abolirla trata de esclavos, los traficantes de carne humana comenzaban por procurarse los objetos de este infame comercio. Ofrecian á los salvajes pueblos del África bebidas alcohólicas, de que tan ávidos son, y en cambio estos infelices abandonaban en sus manos á sus semejantes, y algunas veces hasta á sus propios hijos. ¿Y no es quizá un tráfico mucho más inhumano el que lleva consigo la libertad de imprenta, pues, en lugar de ejercerse en los cuerpos, embriaga las almas para formar de ellas otros tantos esclavos de los maestros de mentira? Harto lo habia comprendido el P. Lacordaire, cuando, condenada por la Encíclica *Mirari vos* la libertad de imprenta, defendida en el *Avenir,* esforzábase por hacer comprender esta verdad á Montalembert, siempre enamorado de tan falsa libertad, escribiéndole: «¿Estás bien persuadido de que la libertad de imprenta no es la opresion de las inteligencias honradas por parte de las inteligencias perversas, y que Dios, sometiendo todos los espíritus á la autoridad de la Iglesia, no ha hecho por la verdadera libertad del linaje humano más de lo que han hecho los escritos de Lutero, Calvino, Hobbes y Voltaire? ¿Para tí no está harto demostrado que la libertad de imprenta seria la ruina de la libertad europea y de la literatura?»

Si aquel, á quien eran dirigidas estas líneas, las hubiese tenido constantemente presentes á su espíritu, no

hubiera hecho culpable de la injusticia de presentar loctrina tradicional de la Iglesia como enemiga de ibertad. La libertad que esta doctrina reprueba, es amente la libertad de la tiranía. Ella no se dirige iás á la potestad civil para que emplee la fuerza maial con el fin de imponer la fe á los incrédulos; sique pide que, en una sociedad civil que goza del ieficio de la unidad de fe, no sea permitido á la ntira levantarse á romper esta unidad y arrancar la le los ánimos débiles por medio de la seduccion y de sofismas. No da ella á la potestad civil el derecho de nir la verdad ó de ingerirse en las cuestiones docales; sino que, siendo la mision de esta potestad ender los derechos sociales, y en la sociedad civil stianamente constituida poseyendo la doctrina cató- una existencia social, la potestad civil debe defenla como el bien comun de todos los miembros de la iedad (1). Y tan razonable es esta obligacion, que el smo liberalismo se ha visto forzado á reconocerla, al nos de palabra. «Lo que nosotros debemos pedir á la

) Al afirmar el P. Ramière que la potestad civil no debe emr la fuerza material con el fin de imponer la fe á los incrédulos, la de los que son propiamente tales, esto es, de los que nunca gozado del beneficio de la fe; pero de ningun modo debe dedue de esto que la potestad civil no tenga obligacion de castigar los nenes religiosos, como son la apostasía, la herejía, y en general actos que sean contrarios á los derechos y leyes de la Iglesia. este objeto escribia san Leon á Augusto que no se le habia dado oder civil puramente para el bien temporal de sus súbditos, sino icipalmente para la defensa y apoyo de la Iglesia. *Regiam potesn tibi non solum ad mundi regimen, sed maxime ad Ecclesiæ præsii esse collatam.* Asimismo debe entenderse que en una sociedad ha gozado del beneficio de la unidad de la fe y en la que desiadamente se han introducido falsos cultos, el poder civil no ha reerse relevado de la obligacion de hacer todo lo prudentemenosible para que desaparezcan estos y se restituya aquella. Al

fuerza pública, al Estado, dice el Conde de Montalembert, es que no impida *ni permita impedir* la observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia, y que *proteja los derechos religiosos* como los demás derechos.» Acepte, pues, francamente el liberalismo católico este principio, y admita todas sus consecuencias prácticas, y dejarémos nosotros de combatirlo. Pero en tal caso renuncie á implorar para el error derechos políticos iguales á los que pretende la verdad; pues son absolutamente incompatibles estas dos pretensiones. Para que los católicos sean plenamente libres en el ejercicio de sus derechos religiosos, y la observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia sea preservada y franqueada de todo obstáculo, merced á la proteccion del Estado, es necesario, como se ve, que el Estado salga del terreno neutral á que el liberalismo le condena. No puede igualmente proteger los derechos religiosos del obrero cristiano que quiere observar el reposo del domingo, y la libertad del impío patron, que le pone como condicion del salario la violacion de semejante deber, como tampoco dejar de asegurar al niño bautizado el sagrado derecho á una educacion cristiana, y dar libre campo á los promotores de la educacion atea. Cese, pues, el liberalismo católico de decirnos que él solo rechaza la violencia; no, sus principios llevan necesariamente á la opresion de las almas,

efecto pueden consultarse las encíclicas *Mirari vos* de Gregorio XVI y *Quanta cura* de Pio IX.

Por último, el poder civil no solamente ha de sostener en la dicha sociedad los derechos de la Iglesia como los otros derechos sociales. sino que debe considerarlos como sagrados y divinos, y por lo mismo ha de atenderlos de un modo preferente, so pena de faltar á su mision, que es procurar el mayor bien de la sociedad, como se deduce de la Bula de Bonifacio VIII *Unam Sanctam*.

(Nota aclaratoria).

por lo tanto jamás serán aceptados por la Iglesia, ıadre de las mismas y encargada por Jesucristo de deender su libertad.

VII. Tiempo es ya de acabar con el otro odioso equí'oco con el que los católico-liberales representan á sus ıdversarios como defensores del poder arbitrario y de la ·sclavitud nacional. Sobre este mismo punto el P. La:ordaire, cuarenta años hace, habia refutado las sofís·icas declamaciones que debian continuar haciendo el gasto de la polémica liberal, escribiendo á su amigo en a carta por nosotros citada: «La Encíclica del Santo ᵓadre no contiene aquella doctrina, de que tú huyes spantado. De ningun modo trata de hacerse cortesano el emperador Nicolás ó enemigo de la libertad del ıundo ó de la Iglesia.»—«¿En qué estamos nosotros esacordes, escribíale poco despues (3 de febrero de 834)? En nada, excepto que tú sin fundamento te has naginado por una singular preocupacion que Roma ondena la libertad en sí misma, y que nada más desea ino ver á los reyes llevar la religion, con grillos en los iés y esposas en las manos, al cuerpo de guardia de us palacios.» Pero la elocuencia del P. Lacordaire no astó para quitar de la mente de los católico-liberales sta imaginacion, la que para ellos es una verdad tan vidente, que de la misma se valen como de fundamen) para reducir á clases los sistemas propuestos con el n de arreglar las relaciones de la Iglesia y del Estado.)ueriendo Montalembert explicar y justificar su perersa fórmula de *la Iglesia libre en el Estado libre,* exresábase del siguiente modo en una nota elaborada ɔn mucho estudio: «Preguntamos nosotros si en el resente estado del mundo se puede imaginar otra si-

tuacion fuera de estas cuatro: la Iglesia libre en el Estado libre; la Iglesia esclava en un país esclavo, como en Rusia y otras partes; la Iglesia esclava en un país libre, como en Suiza, Portugal y Piamonte; y la Iglesia libre en un país esclavo.» Si estas cuatro soluciones fuesen las únicas que permite el problema, no podria rechazarse la primera, que es la solucion liberal, sin aceptar la cuarta, ó sea «la Iglesia libre en un país esclavo,» como fórmula de la doctrina tradicional de la Iglesia católica.

Ciertamente que la Esposa de Jesucristo en ningun tiempo consintió en ser esclava, ni en un país esclavo, ni en un país libre; pero, ya que el Conde de Montalembert reconoce que hasta ahora no ha sido admitida su solucion de « la Iglesia libre en un Estado libre,» y de ella forma el *modus vivendi* de la Iglesia con la sociedad moderna, habrá de inferirse que el anterior estado de cosas, aquel que los católicos habian mirado hasta el presente como estado normal, no puede ser expresado de otra manera sino con la fórmula, «la Iglesia libre en un país esclavo.» Mas ¿quién se atreveria á sostenerlo? ¿quién podria llamar la Francia de san Luis un país esclavo sin desmentir á la historia? No nos ha dicho quizá el mismo Montalembert que cien años atrás, despues que el órden cristiano era sistemáticamente turbado por cuatro siglos de invasion del despotismo real, «habia en Francia un órden completo de garantías, de libertades individuales, locales y municipales, que hoy dia ha desaparecido?» Por lo tanto, haciendo votos por la restauracion del órden cristiano, es evidente que nosotros no invocamos la esclavitud. Por lo demás aquel mismo que nos presenta esta alternativa

entre la Iglesia libre en un país libre, y la Iglesia libre en un país esclavo, se apresura á decirnos que no se ha efectuado ni se efectuará jamás esta segunda solucion del problema. Pues en tal hipótesis, ¿á qué se reduce toda aquella argumentacion? ¿cuál es el lugar de la doctrina católica en estos cuatro sistemas, entre los que se pretende que es necesario optar? ¿Acaso se ha querido hacerla desaparecer con un juego de manos para obligarnos á aceptar la solucion liberal?

Y aquí deseáramos que nadie se engañase acerca de nuestras intenciones al tomar el discurso del Conde de Montalembert en el congreso de Malinas como objeto especial de esta primera parte de nuestra discusion. Hemos escogido con preferencia aquel discurso, porque no conocemos ninguna otra exposicion del catolicismo liberal más idónea, completa y autorizada; pero de ningun modo nos hemos propuesto insultar la persona que lo escribió. Examinando de cerca aquel discurso, hemos visto á qué viene á reducirse; á una série de equívocos, que son especiosos mientras ocultan el pensamiento, cuya expresion parecen ser, pero que, descubierta la idea dominante, se convierten en abominables errores.

VIII. Por otra parte no se nos podrá censurar haber subido demasiado alto para combatir la doctrina católico-liberal, si se considera que en vano hubiéramos buscado una exposicion más reciente de ella en los escritos de los jefes de escuela, que han sobrevivido al Conde de Montalembert (1). Desde que el Sumo Pontífice hubo

(1) El conde de Falloux, en la noticia que ha escrito sobre Agustin Cochin, no sabe de otra manera justificar la doctrina liberal del *Correspondant*, sino con punzantes acusaciones contra sus adversa-

reprobado más explícitamente sus ideas, ellos han dejado de defenderlas, y la mayor parte no han vacilado en repudiar hasta el nombre de católico-liberales, que en otro tiempo tenian por un título de gloria. No, dicen ellos, nosotros somos puramente católicos en religion, pero solamente somos liberales en política. Bajo cuya fórmula, que expresa la última evolucion de la escuela, tememos que se oculte aun otro equívoco. En efecto, ¿cuál es este liberalismo político á cuya sombra se cree escaparse de los anatemas de la Iglesia? ¿se trata quizá de la preferencia que se quiere dar á los gobiernos representativos respecto de la monarquía abso-

rios. Pero, ¿qué es lo que les echa en cara? Les acusa de confundir la causa de la Iglesia con la del absolutismo, de declarar la guerra á todo lo que forma la sociedad moderna, de exasperar sus llagas en vez de curarlas, de seguir un camino opuesto al del Salvador, quien nunca desafió al pueblo, de hacer inaccesible el camino que lleva al manantial de aguas vivas, de asignar el principio de todos los males al 1789, cuando es notorio que mucho mal hubo en los siglos precedentes. *(Correspondant*, 10 de mayo de 1874). Todas estas acusaciones, como ve cualquiera, son extrañas á la controversia entre los católico-liberales y sus adversarios. Si algunos de estos últimos se han hecho culpables de las imputaciones del ilustre escritor, sobre ellos caiga la responsabilidad, pero no se trate de ofuscar al lector, dándole á entender que el liberalismo católico no tiene que saldar deudas más sérias que estas. Sus derechos tiene la amistad, pero tambien tienen los suyos la Iglesia y la verdad. Pues, ¿no es acaso violar los derechos más sagrados encubrir los verdaderos motivos de las censuras pronunciadas por la Iglesia, y decir, por ejemplo, que el libro del abate Godard, intitulado: *La doctrina de la Iglesia y los principios del* 89, ha sido censurado por la Congregacion del Indice á causa de su irritante título y del mal terreno escogido por el autor, quien «unia á la vez los principios esenciales del estado social presente y de su moderna legislacion con la *declaracion de los derechos del hombre?»* Es evidente que el señor de Falloux, inteligente como es, no ha podido suponer que, si esto que él llama *principios esenciales del estado social presente*, no encerrase nada contrario á la doctrina de la Iglesia, esta hubiera censurado al abate Godard por haber unido estos pretendidos derechos á una declaracion cualquiera.

luta? Mas esto está completamente fuera de cuestion, y los adversarios del liberalismo católico no le han echado en cara esta preferencia. Atribuirnos este designio equivale á cambiar de baraja. Lo cierto es que todo induce á creer que no es otra cosa este liberalismo político á que se recurre, sino la teoría liberal sobre las relaciones de la sociedad civil con la sociedad religiosa. Es político este liberalismo, pero se refiere igualmente á los derechos de la Iglesia; y pretender que esta nada tenga que ver con él seria suponer la verdad del principio fundamental de la herejía liberalesca. Si aquellos que se han mostrado antes de ahora favorables á este error, quieren que no se les impute ya, es indispensable que renieguen de él; mas esto no podrán hacerlo, presentando una fórmula á lo menos tan ambigua, cuanto lo era aquella con que trataban de encubrirse los semiarrianos.

Esta es, finalmente, nuestra primera conclusion: el liberalismo católico, en lugar de sólidos argumentos, tiene por punto de apoyo simples equívocos; y por lo tanto es imposible sostenerlo como sistema práctico bajo la triple consideracion del objeto á que tiende, de la conducta que observa y de los resultados que obtiene. Nuestra demostracion resultará completa, si probamos que bajo este triple aspecto la realidad de las cosas desmiente del todo las brillantes promesas en que de cuarenta años á esta parte nos viene meciendo el liberalismo católico.

CAPÍTULO III.

Valor práctico del sistema.

El P. Newman recordaba no ha mucho que para apreciar bien una doctrina hay que mirarla por el lado de sus defensores. Apliquemos esta regla á nuestra controversia con el liberalismo católico. Por la boca de su más elocuente campeon le hemos oido declarar que renuncia defenderse en el terreno doctrinal. «Yo no me meto en teorías y mucho ménos en teología; yo no respondo con argumentos dogmáticos á dogmatizadores que me condenan y que yo rechazo... Invoco los hechos, y saco de ellos las doctrinas puramente prácticas que os propongo.» No discutimos esta pretension, suponemos verdadero lo que es del todo falso; esto es, que pueda existir práctica sin teoría, y consecuencia sin principios. Tomemos el liberalismo católico cual él se nos presenta, como un sistema práctico, que mejor que otro concilie los eternos intereses de la verdad con las condiciones y necesidades de la sociedad moderna, y preguntemos si este sistema suple con su utilidad práctica la completa ausencia de bases doctrinales.

El mérito de un sistema práctico se deduce de la grandeza del fin á que tiende, de la nobleza del principio de que parte, de la eficacia de los medios que pone en obra, y del valor de los resultados que obtiene. Si el fin propuesto es irrealizable, si es insostenible el prin-

cipio proclamado, si los medios adoptados están en oposicion directa con las intenciones de quienes los emplean, si por último los resultados obtenidos son precisamente lo contrario de las ventajas esperadas y prometidas, todo aquel modo de obrar debe necesariamente ser considerado como un completo desbarajuste. Pues tal es el justo valor del liberalismo católico mirado bajo su aspecto más favorable.

¿Cuál es realmente el fin que se propone? La conciliacion del dogma cristiano de la soberanía social de Jesucristo con el error liberal de la negacion de esta soberanía, lo cual es una contradiccion manifiesta.

¿Cuál es el principio general á que se refiere la táctica de los católico-liberales? Es menester capitular, dicen, con un enemigo de quien se desespera vencer: principio que pone á los nuevos defensores de la Iglesia en oposicion con todos sus predecesores.

¿Cuál es el camino adoptado por el liberalismo católico para obtener su fin? Un camino reprobado por la Iglesia, y por consiguiente opuesto á las creencias é intenciones de los católicos que lo siguen.

¿Cuáles son los efectos de semejante sistema? El más grave detrimento ocasionado á la causa cuyo triunfo debian asegurar.

Para decirlo en ménos palabras: el liberalismo católico es quimérico en su fin, anticatólico en su proceder y desastroso en sus efectos.

Harto comprendemos que son estas acusaciones gravísimas; pero al proferirlas tenemos plena conciencia de la responsabilidad que asumimos. Ponderen nuestros lectores las razones en que nos apoyamos, y despues díganno si hemos traspasado los límites rigurosos de la justicia y verdad.

I.

Mas antes de llegar á esta última parte de nuestra demostracion, quisiéramos explicar nuestro pensamiento con tanta exactitud que se haga imposible cualquiera equívoco; pues nada hay más que temer en esta controversia, en la que tenemos por adversarios á hombres que creemos consagrados como nosotros á la verdad, los que la combaten solamente porque la consideran bajo una luz engañosa. Entiéndase bien: bajo el nombre de liberalismo católico no queremos reprobar la actitud tan legítima como leal tomada respecto de las libertades modernas por muchos católicos que habitan en países en que estas libertades son la única salvaguardia posible de los derechos de la verdad. Sin condenar de ningun modo el pasado de la Iglesia, sin comprometer tampoco su porvenir, sin negar ninguno de los derechos del Hombre-Dios, estos católicos toman tal cual es la constitucion de la sociedad en cuyo seno viven; se esfuerzan en utilizar sus ventajas y disminuir sus inconvenientes; y firmemente resueltos á cumplir concienzudamente los deberes que les impone, reivindican con entereza los derechos que les otorga. Así se portan nuestros hermanos de Inglaterra y América; ¿y qué hay en su conducta que no sea perfectamente loable? ¿quién les censurará por preferir el gobierno francamente libre bajo el que viven, al régimen hipócrita y bastardo que nos impone el liberalismo europeo, que, atento todo él á negarnos el reconocimiento teórico de los derechos de la verdad, no remueve ninguno de los obstáculos, á cuyo precio los poderes del régimen an-

tiguo les hacian práctica y abusivamente comprar este reconocimiento?... No, mil veces no. Ser *liberal* no equivale á querer la libertad de la Iglesia; antes bien, porque nosotros no queremos sacrificar nada de esta libertad, detestamos á su más capital enemigo, el liberalismo.

Ser liberal no es tampoco querer las verdaderas libertades sociales; y creemos haber suficientemente probado que estas libertades, tanto individuales y domésticas, como comunales y municipales, son incompatibles con el liberalismo (1).

No es, pues, ser liberal buscar en las aspiraciones de la sociedad moderna lo que tienen de generoso, y demostrar que la sociedad moderna no encontrará la satisfaccion de sus nobles aspiraciones sino en su reconciliacion con la Iglesia. Como todos los errores, el liberalismo católico contiene una parte de verdad que desnaturaliza, y merced á la cual seduce á una buena porcion de almas puras. Dos maneras hay de sorpren-

(1). En el libro intitulado: *El movimiento comunal y municipal en la Edad media*, Eduardo Demolins demostró con hechos evidentes é irrefragables que el orígen, desarrollo y caida de las libertades públicas en Francia (*y en todas partes*) ha seguido al desarrollo y decadencia de la influencia social de la Iglesia católica. No conocemos refutacion histórica del liberalismo más perentoria que esta. Un juez cuya imparcialidad é ilustracion nadie puede poner en duda, Le Play, ha escrito estas notables palabras: «Conduciéndonos á la historia de los pasados tiempos y al respeto de nuestros mayores, vos nos suministrais las fuerzas que han de curar los males presentes y preparar á nuestros hijos un porvenir mejor... El rasgo principal de nuestra historia está ahora puesto en plena luz; la Edad media, á pesar de sus lagunas y defectos, habia comunicado á nuestras poblaciones cualidades que cada dia van desapareciendo bajo la influencia de los falsos dogmas de la Revolucion. Estos errores son la sola novedad que el análisis de las dos *declaraciones de derechos* haga descubrir en los llamados *principios del* 1789.»

derle y desprestigiarle: ó hacer propio lo que contiene de verdadero, y demostrar su identidad con la doctrina católica, ó bien impugnar lo que tiene de contrario á la enseñanza católica y probar su absurdidad. Por el primero de estos medios se atraen los ánimos sinceros, por el segundo se confunden los sofistas. Uno y otro son buenos, pues se completan mútuamente. Solo la exageracion es peligrosa, y lo es en dos sentidos; puesto que, si hay peligro de llevar la conciliacion hasta paliar el error, no lo hay ménos en revestir la refutacion del error con formas que hagan odiosa la verdad. Aquellos cuya índole les lleva á este exceso, acusarán de debilidad la polémica que emplee maneras más templadas. Pero basta considerar los ejemplos de Jesucristo y de los Apóstoles para convencernos que no es imposible unir á formas benévolas inexpugnable firmeza de doctrina.

Finalmente, seria injusto acusar de liberalismo á aquellos que esperan que la Iglesia saldrá triunfante de la prueba á que la somete la sociedad moderna, como ha triunfado de las crísis igualmente peligrosas, en que se encontró en el mundo pagano y durante ciertos períodos de la Edad media. Esta esperanza es tambien la nuestra, como tambien la de ilustres personajes que nada tienen de liberales. Nosotros creemos que Dios en todos los acontecimientos que ordena ó permite, se propone sobre todo el triunfo de su Iglesia, triunfo que no debe tener por teatro solamente el cielo, sí que tambien la tierra. La Iglesia en los anteriores siglos ha pasado por dos estados; en sus relaciones con la sociedad civil tuvo que aceptar dos regímenes: el régimen de la persecucion y el régimen de la union. Sin poner

en un mismo nivel los dos regímenes, hay que reconocer que el segundo no ha expuesto la Iglesia á ménos peligros que el primero, no habiéndose ella jamás encontrado bajo los perseguidores en un estado peor que al principio del siglo XI. Con esto no queremos de ningun modo reprobar aquella union, y sí solo hacer una aplicacion de aquel antiguo adagio: «Los peores abusos son los de las cosas mejores.»

La Iglesia ha triunfado de todos estos peligros, saliendo victoriosa de las violencias de la persecucion y de las vejaciones de la proteccion cambiada en tiranía. Nosotros confiamos que saldrá igualmente vencedora del régimen de la separacion. Pero ¿de dónde esperamos este triunfo? No por cierto de la virtud inherente á la libertad; antes al contrario, estamos persuadidos, y en esto nos diferenciamos de los católico-liberales, de que considerada la corrupcion natural del hombre, la libertad del error es de por sí mortífera, más mortífera que la persecucion violenta. Mas nosotros esperamos que Dios, que sabe sacar bien del mal, se servirá de los desastres causados por esta funesta libertad, como se sirvió de las violencias de la persecucion para reconducir á Jesucristo, su único Salvador, las naciones cuyo imperio le ha prometido (1).

¿Cuál es, pues, en último análisis el error que com-

(1) Ultimamente los periódicos llevaban un Breve de Su Santidad á los Obispos de Sicilia, en que, despues de agradecerles los testimonios que le dan de su adhesion, añade: «Estos testimonios, mientras nos demuestran que Diós está con nosotros, deben alentarnos é infundirnos la esperanza de un socorro del que no se puede dudar, y de una brillante y segura victoria. ¿No está acaso la Iglesia acostumbrada á salir de la pelea con una aureola tanto más resplandeciente, cuanto mayor ha sido la violencia con que se la ha combatido y más numerosos han sido sus peligros?»

batimos bajo el nombre de liberalismo católico? El que sin atreverse á sostener la necesidad ó la absoluta excelencia de la separacion de las dos sociedades, cual es el liberalismo puro, no oculta por lo mismo sus preferencias por este régimen; el que, reconociéndola aún como una hipótesis, la pone por encima de la misma tésis; el que la declara la sola apropiada á las necesidades de la humanidad adulta, no habiendo podido el régimen de la union de las dos potestades ser útil sino durante la infancia de los pueblos, y aun entonces haber ocasionado inconvenientes mayores que las ventajas. Si los tales se contentasen con buscar para las sociedades democráticas del porvenir una cierta manera de alianza con la sociedad espiritual, diferente de la adoptada por las monarquías del antiguo régimen, nada tendríamos tal vez que reprocharles; puesto que, cambiado uno de los términos, justo es que se modifique igualmente la relacion. Pero los católicos no pueden reconocer la independencia de la sociedad respecto de Jesucristo y de su Iglesia, sin negar los derechos de este divino Rey; y esta negacion, si no expresa, al ménos implícita, constituye el error y peligro del liberalismo católico.

Mas ni este error ni este peligro los conocen la mayor parte de los que se han dejado seducir por este especioso sistema, y esta es la razon porque nosotros podemos, sin ningun artificio oratorio, protestar que no pretendemos de ningun modo hacer pesar sobre sus personas las gravísimas acusaciones que dirigirémos contra su doctrina. Al contrario, sentimos especial satisfaccion en unir nuestro testimonio al de un publicista que, siendo de los últimos que han entrado en es-

te palenque, desde el principio ha ocupado ya un lugar muy distinguido. Antes de dar al liberalismo católico un vigoroso asalto, así habla el P. At de los adversarios á quienes se propone combatir: «Parece que todos los ingenios de nuestra época se hayan dado cita al rededor de esta teoría. En el Instituto, en el foro, en la tribuna, en la imprenta y en todos los ramos de la ciencia y literatura; en las filas del clero secular, en las Órdenes religiosas, y hasta en las sillas episcopales se encuentran hombres adictos á la causa que combatimos. No solamente estos hombres tienen elevacion de ideas y belleza de lenguaje, sí que tambien han prestado á la Iglesia servicios que esta Madre agradecida no olvidará jamás, y es nuestro deber proclamarlo altamente. Ellos han iniciado á nuestra juventud en las cosas de la fe, han disipado muchas preocupaciones y reconciliado un gran número de antagonismos con Jesucristo... Nombrar á Lacordaire y Montalembert, es nombrar á dos apóstoles, cuya ardiente palabra ha dejado vestigios en nuestro siglo, y cuyas obras inmortales continúan la feliz influencia que ejercieron durante su vida (1).»

No hay exageracion alguna en estas líneas; y tanto ménos dudamos en confirmarlas con nuestro sufragio, que, léjos de debilitar el acta de acusacion con que vamos á herir al liberalismo católico, ellas agravan los cuatro capítulos en que demostrarémos la falsedad de esta teoría. No tendríamos la justa medida del mal, cuya causa es, si no se apreciase en su justo valor el mé-

(1) *Lo verdadero y lo falso en materia de autoridad y libertad segun la doctrina del Syllabus,* por el R. P. At, sacerdote del Sagrado Corazon, t. II, p. 164.

rito de los hombres que ha seducido. Pues bien, nosotros creerémos haber dado en el blanco si demostráremos que el efecto de su fascinacion sobre inteligencias tan ilustradas y corazones tan rectos ha sido: 1.° hacerles, á pesar de su habilidad, víctimas de un verdadero engaño; 2.° imponer á su reconocido valor una cobarde capitulacion; 3.° dar á su fidelidad el carácter de revuelta; 4.°, y por último, hacer sus servicios tan funestos como una verdadera traicion. Así mientras reconocemos buenamente el talento, lealtad, valor y celo de los católico-liberales, resumimos en estas cuatro palabras el balance de la bancarrota del liberalismo católico: *engaño*, *cobardía*, *revuelta* y *traicion*.

II.

El liberalismo católico hace de sus más esforzados adalides víctimas de un verdadero engaño.—No conocemos en nuestro lenguaje una palabra más á propósito para caracterizar la conducta de un hombre que, arrastrado por una excesiva buena fe, cree verdaderas las más groseras mentiras, y favorece á su costa el éxito de una pérfida estratagema. Pues cabalmente así se portan los excelentes católicos que se dejan fascinar por las ilusiones liberales.

1. Ellos quieren, nos dicen, asegurar la libertad de la Iglesia. ¿Y de quién esperan esta libertad? de sus más encarnizados enemigos. Y á la verdad nosotros no tenemos que habérnoslas con el liberalismo americano, sino con los católicos de Europa, cuyas ilusiones tratamos de desvanecer, pues estos son los que se mues-

tran dispuestos á aliarse con los porta-estandartes del liberalismo europeo. Suponiéndoles alejados de la Iglesia católica solamente porque sospechan que ésta no ama las libertades que tan caras les son, se persuaden estos católicos que podria concertarse la paz apenas la Iglesia proclamase las sobredichas libertades (1); pero esta esperanza es tan vana, como gratuita la suposicion en que se funda. Despues que conocemos este liberalismo, cuya benevolencia se lisonjean poder ganar, su lenguaje y sus actos nos revelan suficientemente sus verdaderas tendencias; y se necesitaria cerrar voluntariamente los ojos para hacerse aún la menor ilusion sobre las mentirosas promesas que une á veces con sus harto sinceras amenazas. Desde su primera aparicion el liberalismo nunca ha cesado de perseguir á la Iglesia, y en todas las regiones de Europa en que ha conquistado algun poder, se ha esforzado siempre en emplearlo en la opresion de la verdad; y solamente cuando ha cesado de temerla ha aflojado algun poco sus lazos, siempre dispuesto á estrecharlos de nuevo apenas diese aquella alguna señal de recobrar su imperio. Una simple mirada á las diversas naciones que el liberalismo ha sometido á su yugo nos ha sido suficiente para convencernos de que, entre todas las libertades de que él es acérrimo enemigo, la libertad de la Iglesia obtiene los honores de su más encarnizado odio.

(1) «Finalmente hoy, ¡cosa nueva y afortunada! la paz puede hacerse. Las libertades, tan caras para los que nos acusan de no amarlas, nosotros las proclamamos, las invocamos para nosotros como para los demás.» Estas palabras escritas por un ilustre Prelado, antes que la polémica liberal fuese sériamente empeñada, fueron transcritas por Montalembert en su discurso en el Congreso de Malinas en 1863. (*La Iglesia libre en el Estado libre*, París, Douniol, p. 70).

¿Cómo, pues, pueden nuestros católico-liberales corresponder á la obstinacion de este odio con la obstinacion de su confianza? Esta conducta es tanto más inexplicable en cuanto ellos mismos desde mucho tiempo reconocieron su insensatez. Desde el 3 de febrero de 1834 el P. Lacordaire escribia á Montalembert: «Tú convienes conmigo en que los liberales de Francia, Alemania, Italia, España y del mundo entero (ó por lo ménos del mundo europeo) son los mayores enemigos de la libertad, y llegas hasta á llamarlos infames: lo cual es más de lo que yo digo. Tú convienes conmigo que se hace imposible estrechar alianza con ellos, que así se viene á destruir todo el concepto del *Avenir* y todas las ideas del abate de La Mennais. Con mayor motivo tú convienes conmigo que es imposible al Papa y á la Iglesia aliarse con ellos, y precisamente esto dicen el Papa y la Iglesia.»

Desde 1834, pues, los jefes de la escuela católico-liberal convenian entre sí en que estaban en una falsa posicion; que el concepto fundamental del periódico *L'Avenir,* primer órgano de esta escuela, era erróneo; que el liberalismo europeo era el mayor enemigo de la Iglesia y de la libertad; y que, por último, toda alianza con él era imposible é insensata. Ahora bien, ¿cómo se explica que treinta años despues aquellos mismos hombres empleen toda su elocuencia en encomiar el sistema cuyo peligro reconocido habian, y en aceptar aquella alianza cuya imposibilidad les era tan evidente? ¿Habia tal vez en aquel intervalo cambiado de naturaleza el liberalismo europeo? ¿Cómo, pues, no entrever un engaño en la complacencia que le demuestran los que parecen tan convencidos de su perfidia?

2. ¿Acaso se querrá explicar esta complacencia por la verdad y belleza intrínseca de la doctrina de la cual sus defensores harian solamente un abuso accidental? Ciertamente que si el liberalismo fuese verdadero y justo en sí mismo, nosotros obtendríamos el mayor mérito en defenderlo á pesar de la injusticia de sus representantes. Mas esta explicacion es inadmisible. Nosotros lo hemos demostrado desde el principio de esta controversia: la doctrina liberal es no solamente errónea en algunas de sus aplicaciones, es mentirosa por esencia, porque una mentira constituye su fondo; se apoya en la confusion de dos nociones que se contradicen: la independencia en órden á Dios, y la libertad respecto de los hombres. La una de estas dos nociones destruye la otra, puesto que los hombres no pueden ser libres en sus mútuas relaciones, si su libertad no es respetada por sus semejantes; respeto que no puede existir en una sociedad en la que es despreciada la autoridad de Dios. Es menester desconocer completamente la naturaleza humana para suponer que ella pueda conservar jamás, respecto de los derechos de Dios, la actitud de una neutralidad benévola. Un inferior ¿puede cesar de reconocer la autoridad de Dios sin hacérsele enemigo? Que esta neutralidad sea posible en una sociedad en la que la soberanía de Jesucristo y la supremacía espiritual de la Iglesia no han sido aún reconocidas, se puede concebir; pero en aquellas que por largo tiempo han estado sometidas á este glorioso yugo y lo han sacudido despues culpablemente, en aquellas que, debiéndolo todo, aún su existencia, á Jesucristo y á su Iglesia, han correspondido despues con su rebelion á doce siglos de beneficios, contar todavía con una

equidad diferente de la sumision equivale á hacer de una imposibilidad moral el objeto de las propias esperanzas. El liberalismo puro es, pues, una pura mentira; el liberalismo católico, que persiste en creer en la verdad de esta mentira, es un engaño persistente.

3. Engaño tanto más doloroso en cuanto favorece el éxito de una pérfida estratagema. A la verdad la secta liberal no es una escuela de filosofía especulativa; es un partido á la vez religioso y político que defiende su mentirosa teoría para obtener un objeto del todo práctico, objeto que las personas inteligentes habian desde mucho tiempo adivinado, y que los hechos despues han puesto en tanta evidencia, que ya no es posible ahora dudar de él. Se trataba de destruir toda autoridad divina, primero en el órden político, y despues en el órden religioso. Para ocultar todo lo que hay de diabólico en este designio, se cubrió con el nombre altisonante y especioso de libertad; nombre que por sus muchos significados, más que otro alguno, se presta á la ilusion, y que, más poderosamente que otro cualquiera, excita las más nobles aspiraciones del corazon humano, al mismo tiempo que lisonjea sus más depravados deseos.

Para combatir la libertad, el error empleó siempre fórmulas que bajo una apariencia engañosa ocultaban la negacion de su dogma revelado; y la nueva herejía, para atacar el más fundamental de todos los dogmas, la autoridad de Dios, emplea la más engañosa de todas las fórmulas, la libertad del hombre. En vista de tan peligroso asalto, ¿qué es lo que hacen los liberales católicos? Entran en el pensamiento del enemigo; se le unen proclamando la libertad, sin distinguir la verda-

dera de la falsa, y callan sistemáticamente sobre el dogma de la autoridad divina, que el error se esfuerza en oscurecer. Pero, ¿qué otra cosa mejor podian hacer, preguntamos nosotros, para favorecer el éxito de la estratagema? Y ya que no podemos suponer en ellos una intencion perversa, ¿cómo calificar de otra manera su conducta, sino suponiéndoles engañados?

III.

Considerado en su principio, el liberalismo católico es una cobardía que paraliza los esfuerzos de los más valientes defensores de la Iglesia. — Nada es más contrario á las apariencias que esta asercion; pero nada está más de acuerdo con la realidad. Considerando solamente la superficie de las cosas, se podria creer que el liberalismo católico habia inspirado á sus adeptos un admirable valor. ¿No fué quizá esta escuela la que, cuando los hijos de Voltaire creian su triunfo consumado por la revolucion de 1830, levantó animosamente el estandarte católico, y sin esperanza alguna de éxito emprendió aquella memorable campaña, que devolvió á la Religion el lugar debido, primero en la opinion pública y parcialmente despues en las públicas instituciones? Nombrar á Montalembert, ¿no es recordar aquellas célebres luchas en que el *hijo de los cruzados* combatia solo, ó casi solo, contra las preocupaciones más incurables, ó la hostilidad declarada del Gobierno y de las Cámaras? Guárdenos Dios de decir nada que pueda oscurecer la gloria de aquellas luchas y disminuir el reconocimiento debido á aquellos que las han sostenido

tan esforzadamente. Léjos de envolver tal injusticia é ingratitud, nuestra afirmacion la excluye expresamente, dejando á los católico-liberales la aureola de valor, y reservando para el liberalismo católico la vergüenza de la cobardía. Toda nuestra demostracion se funda en esta antítesis; por lo mismo es necesario que el lector nos perdone que se la pongamos constantemente á la vista. Lo que él tiene derecho de exigir es que le presentemos la demostracion rigurosa, cosa por otra parte sumamente fácil en esta cuestion.

A la verdad se le puede hacer traicion de dos maneras: por las exageraciones que, haciéndola odiosa, la privan de su atractivo poder, y por las diminuciones que, mutilándola, la hacen seductora. Hemos tenido ya ocasion de señalar y denunciar la primera de estas dos tendencias, con la que los liberales gustan de acriminar á todos sus adversarios, como si realmente fuese comun esta sinrazon accidental de un pequeño número. No, no son todos los católicos antiliberales los que se complacen en hacer más difícil la reconciliacion de la sociedad moderna con la Iglesia, exagerando ya los errores de la primera, ya las enseñanzas de la segunda, ó sea manifestando únicamente los puntos de desacuerdo. Si acordándonos de las palabras y ejemplos del Salvador, no tememos más de lo justo por su doctrina la impopularidad que Él el primero desafió, estamos muy léjos de complacernos en ello, antes bien de todo corazon anhelamos el restablecimiento de aquel reino social de Jesucristo, que con el favor divino al fin obtendrá el espontáneo consentimiento de los pueblos. Nosotros rechazamos, pues, como efecto de una temeridad nociva, las exageraciones que tenderian á llevar,

más allá de lo que la Iglesia exige, la defensa y aplicacion de los principios.

Pero, si es una temeridad herir tan gratúitamente la opinion pública, ¿cómo calificarémos la tendencia contraria, ó sea, la que por extraviar la opinion disimula los principios, rehusa confesar los derechos de Jesucristo, y comunica abiertamente con los despreciadores de sus leyes divinas? Esta tendencia, que es el liberalismo católico, ¿no merece la calificacion de cobardía? La Escritura sagrada enaltece el valor de aquel santo anciano, que invitado á salvar la vida, simulando simplemente violar la ley de Moisés, prefirió morir que dar este escándalo con su silencio. Si hubiese observado una conducta diferente, ¿no se habria hecho culpable de una verdadera cobardía? Pues bien, ¿qué hace el liberalismo católico? Dice á sus adeptos: «Entre los dogmas de vuestra fe hay uno que la sociedad moderna está resuelta á suprimir; tal es la soberanía social del Hombre-Dios. Si persistís en confesar este dogma, os cerraréis la puerta de las altas funciones del Estado y la entrada en las doctas academias, deberéis renunciar á los favores de la opinion y á las ventajas sustanciales que acompañan las lisonjeras distinciones que ella dispensa. Disimulad, pues; sin negar abiertamente el odiado dogma, demostrad con vuestro silencio que no le dais mucha importancia; fraternizad con los que lo reniegan, y conservad todas vuestras antipatías por los que lo sostienen declaradamente. Vosotros permaneceréis todavía dentro del Catolicismo, no negando ninguna de las verdades enseñadas por la Iglesia, y al mismo tiempo recogeréis todas las ventajas que el liberalismo promete á todos sus secuaces.

Por cierto, ¿no es esta la expresion exacta de la situacion en que coloca á sus adeptos el liberalismo católico? Y todas las ilusiones que, segun los católicos liberales, excusan la aceptacion de semejante partido, ¿pueden acaso constituir otra cosa que una capitulacion, y por lo mismo dejar de ser una cobardía?

Ni se trate de justificar la capitulacion, recordándonos los actos de heroismo, por los cuales muchos de ellos se han inmortalizado. El argumento es un puro sofisma, del cual da fácil respuesta el buen sentido católico: los católico-liberales, *aunque* liberales, han hecho actos heróicos, mas no *como* liberales. Ellos han sido admirables al defender los derechos de Jesucristo menos impugnados por la sociedad moderna; pero, ¡cuánto mas dignos de alabanza habrian sido, si con la prudencia, de la cual no se separa jamás el verdadero valor, hubiesen sostenido la verdad completa y evitado sacrificar una parte de su dominio para mejor salvar la otra! Así obran en nuestros dias aquellos otros hijos de los cruzados que no ceden un punto en elocuencia á sus ilustres predecesores, y tienen sobre ellos la inestimable ventaja de defender á Jesucristo todo entero. Habiendo entrado en lucha despues que el *Syllabus* hubo impedido cualquier error acerca de los sentimientos y doctrinas de la Iglesia, tienen el mérito de haber aceptado sus enseñanzas con generosa sumision, cuando aceptarlas era hacerse impopular. Pero ellos, buscando primero el reino de Dios y su justicia, se encuentran con que han obtenido las mismas ventajas que parecian haber sacrificado. Y luego van conquistando la popularidad, no la malsana, que desprecia, al aplaudirlos, á los aduladores de la opinion pública, sino

ella que corona á los defensores de la verdad com-
;a; popularidad que es resultado del aprecio y ad-
acion, no solamente de sus adherentes, que siempre
más numerosos, sí que tambien de sus adversarios,
se ven obligados á aplaudir su valor y reconocer su
:eridad. A los tales, despues de Pio IX, redundará
ıcipalmente la gloria de haber destruido el libera-
ıo católico. Mientras el inmortal autor del *Syllabus,*
autoridad soberana, señalaba los errores de este sis-
.a, aquellos valientes cristianos, profesando abier-
ıente, en el seno de las públicas asambleas, la doc-
.a contraria á aquel sistema, destruian la ilusion
por demasiado tiempo fascina y subyuga las mejo-
inteligencias.

IV.

'l liberalismo católico da á la fidelidad de sus adep-
:l aspecto de la revuelta.—La revuelta es el acto de
:úbdito que, no contento de violar por cuenta pro-
las órdenes de su superior, se esfuerza por arras-
á otros á la misma rebeldía y humillar así la auto-
d que desconoce.

ues no de otra manera obra el liberalismo católico
ecto de la doble autoridad concedida por Jesucris-
su Iglesia, quiero decir, la autoridad de gobierno
.señanza.

El liberalismo católico se levanta primero con-
a autoridad de gobierno, que posee en su plenitud
ımo Pontífice. Jesucristo no dijo solamente á sus
;toles: «Id y enseñad;» Él dijo tambien á Pedro:

«Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Mas, ó estas palabras no tienen ningun significado, ó significan que en todo lo que concierne á la salud de las almas y al bien de la Iglesia los fieles deben dejarse guiar por el sucesor de san Pedro. Por lo cual la Iglesia católica ha hecho siempre profesion de creer lo que el Concilio de Florencia expresamente definió, ó sea, que á san Pedro y á sus sucesores ha sido confiado el *pleno poder* de apacentar, regir y *gobernar* la grey de Jesucristo. Y el Concilio Vaticano ha renovado esta definicion bajo una forma más explícita en el capítulo III de su Constitucion dogmática (1).

Entre los hábitos del liberalismo católico hay el de no hacer caso de este poder. Si no lo niega abiertamente, lo considera al menos como no existente. ¿Y no es quizá negarlo por completo creerse autorizado para retener sus opiniones hasta que no hayan sido condenadas por una definicion expresa, ó sea por el supremo ejercicio de la potestad docente? Si Montalembert no hubiese olvidado la existencia de este poder disciplinar, ¿habria tal vez creido justificarse bastante diciendo que él no hacia cuestion de teorías, sino que se contentaba con interrogar los hechos y sacar de ellos prácticas enseñanzas? «No sabré harto repetir que no cuestiono de teología, sino de política, y especialmente de

(1) Hé aquí el texto del Concilio Vaticano que renueva y confirma el decreto del de Florencia: «Quapropter apertis innixi sacrarum litterarum testimoniis... innovamus œcumenici Concilii Florentini definitionem, qua credendum ab omnibus Christifidelibus est... Pontificem Romanum successorem esse Beati Petri principis apostolorum, et verum Christi vicarium, totiusque Ecclesiæ caput, et omnium christianorum Patrem ac doctorem existere, et ipsi in Beato Petro pascendi, regendi ac gubernandi universalem Ecclesiam a Domino nostro Jesu Christo plenam potestatem traditam esse.»

istoria. Cada vez que hablaré de la Iglesia, no trato
e ser intérprete de sus leyes ó de sus doctrinas, sino
omo simple cristiano, como hombre político, domina-
o por la idea de lo que es posible y de lo que no lo
s; y en tal caso tampoco profeso una teoría absoluta,
no una doctrina práctica, sacada de la instruccion
ue dan los acontecimientos, no pretendiendo jamás
ansformar en cuestion de ortodoxia una cuestion de
ráctica conducta. En una palabra, yo no quiero pasar
or doctor, sino por soldado, por soldado de vanguar-
ia, obligado á explorar el terreno sobre el que ha de
ombatir (1).»

¿Cuál es, pues, la idea hábilmente escondida bajo
stas figuras? Es sin duda que la cuestion de las rela-
ones de la Iglesia con la sociedad civil puede ser juz-
ada por dos tribunales, independientes uno de otro:
tribunal de la teología, en el que el Papa es juez su-
remo, y el tribunal de la política y de la historia, en
que se sientan los que se creen á él llamados por sus
studios y conocimientos. El primero de estos tribuna-
s no extiende su jurisdiccion más que á la teoría; el
gundo solo tiene el derecho de dirigir la práctica; el
apa juzga de lo que es verdadero, el simple cristiano
e lo que es posible, cosa que el Papa no está en estado
e apreciar segun el liberalismo. El Papa diga todo lo
ue quiera, el político tiene el derecho de rechazarlo,
or lo mismo que no es intérprete de los derechos y
octrinas de la Iglesia. Consultar los sentimientos de
Iglesia atañe al doctor; pero el soldado, y sobre todo
soldado de vanguardia, obligado á explorar el terre-

(1) Discurso segundo de Malinas, *La Iglesia libre en el Estado li-
e*, p. 93.

no sobre el cual ha de combatir, no debe consultar más que su experiencia, nada importándosele conocer las instrucciones del jefe del ejército.

En esto el liberalismo se muestra fiel á su orígen. Repite ahora, aunque con alguna ligera variante, la frase del fundador de la escuela: «Si se rechazan mis conclusiones, no veo yo otro medio de defender la religion (1).» Empero Lamennais no restringia tanto, como el conde de Montalembert, el campo de la autoridad espiritual. Él admitia que en la cuestion de las relaciones de la Iglesia con el Estado el Papa era juez supremo, aun bajo el punto de vista práctico. «Mis doctrinas permanecen intactas, escribia un año despues de la publicacioń de la Encíclica *Mirari vos;* solo que queda más y más demostrado que el Papa teme y desaprueba completamente mis ideas políticas. *En sus relaciones con el gobierno de la Iglesia,* él es juez y yo de ningun modo lo soy; á él pertenece el mando, á mí la obediencia: tal es mi deber, y, á Dios gracias, espero no faltar á él jamás. Pero fuera de la Iglesia, en el órden puramente temporal, yo no reconozco autoridad alguna que tenga el derecho de imponerme una sola opinion, ni de dictarme la conducta que he de seguir (2).» ¿Quién no se queda espantado, al leer estas líneas, del increible poder que tiene la ilusion, y del peligro á que se expone un católico que se permite limitar los derechos de la Iglesia? ¡Aquel que se declaraba tan resuelto en no faltar jamás á la obediencia al

(1) Lamennais en su carta al abate Carron, citada por Jousset en la *Vida del P. Lacordaire*, c. III.

(2) Carta á la Marquesa de Seufft, 1.° de agosto de 1833. Véase la *Vida del P. Lacordaire*, c. IV.

Papa, tenia ya en su bufete, pronto á publicarse, el libro que habia de consumar su apostasía!

Pero al menos en teoría, Lamennais era mucho más ortodoxo que aquellos que se arrogan una cierta independencia respecto de la autoridad y disciplina de la Iglesia, y aún de aquellos que le prescriben una línea de conducta en lo que concierne á la determinacion práctica de sus relaciones con la sociedad. No hay por cierto que tener una grande perspicacia para descubrir esta pretension bajo ciertas fórmulas, más ó ménos respetuosas, de que se sirven los católico-liberales. De otra manera en vano se trataria de explicar ciertos rasgos del manifiesto publicado en el *Correspondant* en la vigilia del Concilio y firmado por el secretario de la redaccion (1).

Despues de haber altamente censurado «las especulaciones temerarias» de aquellos que se atreven á atribuir al Concilio la idea de condenar el liberalismo, despues de haber prometido observar la mayor reserva, el autor del manifiesto viene poco á poco á preguntar á los Obispos de todas las regiones del mundo, «peregrinos de todas las playas, cuál es *la primera necesidad de sus iglesias;*» y él mismo les sugiere la respuesta, «*que deberán dar con la mano sobre su conciencia.* Todos habrán de confesar que el primer bien reclamado por sus iglesias es la libertad; pero que ellos no tienen otro medio con que asegurar esta libertad, que garantizándola con la libertad comun de todos sus conciudadanos.»

No se podia dictar con más claridad al Concilio la

(1) *Correspondant*, 10 de octubre de 1869.

solucion que habia de dar á la más espinosa de todas las cuestiones sometidas á su exámen; mas por temor de que no hubiese comprendido bastante bien la leccion, se quiso emplear un lenguaje todavía más enérgico. «Para que esta defensa de la verdad por la libertad pueda sostenerse por nosotros con honor y alguna esperanza de buen éxito, hay una condicion *indispensable, que nos atrevemos á recordar hoy á nuestros Padres espirituales con voz modesta, pero firme.*» Y esta condicion indispensable que con tanta modestia se recuerda á los Pastores de la Iglesia es la renuncia nada menos á la idea de condenar el liberalismo. ¿Habrian jamás podido los católico-liberales hablar con mayor confianza, si Jesucristo les hubiese cometido el gobierno de la Iglesia, y prometido la asistencia concedida á Pedro y á sus sucesores? Para que pudieran expresar con tanta osadía su pensamiento, que sabian estaba en oposicion con el del Papa y de la gran mayoría del Episcopado, habria sido necesario admitir, al menos como posible, que, en una cuestion relativa á los más vitales intereses de su Iglesia, Jesucristo, olvidado de sus promesas, hubiese ocultado la verdad á la Iglesia docente para revelarla á algunos hombres sin mision. ¿Y esto es aceptable?

A este propósito escuchemos una voz que no podrá ser sospechosa á los liberales, la del P. Lacordaire: «Si la Iglesia en cosas tan graves dirige mal la grey, ¿quién podrá dirigirla? Para mí, si yo llegase á creer que la Iglesia, sobre un punto en que exige mi sumision, pudiera conducirme á un abismo, habria concluido la fe. Pero, si al contrario reconocemos á la Iglesia como continuamente inspirada por Dios, someterémos

nuestro juicio al suyo en el grado por ella exigido, y desde luego renacerá la calma en nuestro espíritu (1).»

Mas el católico-liberal no se dejará tal vez vencer de estas consideraciones, y bajo el pretexto de que se trata de una cuestion de conducta práctica, persistirá en su pretension de saber mas que el Papa. Escuche, pues, las fulminantes palabras que le dirige la misma voz. «Héte por lo tanto solo con tu propio espíritu, ventilando en la soledad graves cuestiones, y atreviéndote á decirte á tí mismo que si la Iglesia piensa como el Papa, tú no piensas, ¡tú! como la Iglesia. El benéfico yugo de la autoridad no existe ya para tí; tú razonas en vez de adorar; tú niegas á Dios el sacrificio de Isaac. Tú te encuentras, con las debidas proporciones, en el mismo estado en que se han encontrado todos los herejes despues de la condenacion de sus errores, no resolviéndose á sacrificar los pensamientos que asaltaban su mente.»

2. ¿Y la autoridad doctrinal de la Iglesia es más respetada por el liberalismo que su potestad gubernativa? De ninguna manera. Verdad es que por obtener el derecho de no dar oidos á esta autoridad, altamente pregona que ella no ha hablado; mas cuando todo el mundo retumba con el sonido de su voz, no puede menos que verse en tan obstinada sordera una forma bastante ruda de desobediencia. Sí por cierto; la Iglesia docente ha manifestado muchas veces su manera de pensar sobre los errores del liberalismo, la ha dado á conocer desde que salieron á luz, en todas las ocasiones ha repetido lo mismo, y nunca ha cambiado de parecer.

(1) Lacordaire, *Carta á Montalembert*, 3 de febrero de 1834.

Salvo un anatema formal, ella no podia proscribir con mayor energía las doctrinas é instituciones abiertamente sostenidas por el liberalismo católico, ni definir con mayor precision la verdad que este se niega á confesar.

Sin retroceder hasta los tiempos de los Apóstoles, cuyas decisivas palabras hemos recordado más arriba, hablemos de los documentos oficiales, por lo que la Iglesia condena el error y proclama la verdad. Uno de los más solemnes es la Bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII. En ella no puede menos que reconocerse un juicio dogmático, por el que el Papa inflige á una doctrina la mayor de todas las censuras, la de herejía: *Quod falsum et hæreticum judicamus,* definiendo la doctrina contraria como necesaria á la salvacion: *Definimus et pronuntiamus omnino esse de necessitate salutis.* ¿Y cuál es esta doctrina condenada? La que nosotros hemos indicado antes, como el fondo comun del liberalismo y cesarismo; ó sea, la independencia completa del poder civil respecto de la potestad espiritual. En tiempo de Bonifacio VIII este poder estaba en manos de un rey absoluto; hoy está dirigido por los Parlamentos: diferencia que no cambia en nada la cuestion presente, y á la que el Papa no hace la menor alusion. En efecto, el Pontífice no habla de aquel que posee el poder, sino del poder mismo que designa con el nombre de *espada.* El Padre Santo reconoce explícitamente dos espadas ó dos poderes, el uno temporal, espiritual el otro; y este último solamente está en las manos de la Iglesia; pero enseña que ambos poderes, derivándose de Dios, no pueden ser independientes. «La una de estas espadas debe servir á la otra, y la autoridad tem-

poral ha de estar sometida al poder espiritual.» Y antes de esto el Pontífice funda semejante subordinacion en el órden esencial del mundo, que exige que las cosas inferiores sean como guiadas á su fin por las superiores. «Ahora bien, la potestad espiritual sobrepuja en nobleza y dignidad á todo poder terreno; lo cual hemos de creer tan firmemente, como manifiesto es que las cosas espirituales están muy por encima de las temporales.» É igualmente es indudable que al establecer la Iglesia Jesucristo ha constituido los pastores supremos por maestros y jueces de todos los fieles, no exceptuando siquiera á aquellos que están revestidos del poder. «Si, pues, la potestad terrena se extravía, será juzgada por la potestad judicial.» Sostener lo contrario seria caer en el error de los maniqueos, quienes admitian dos principios, «lo cual nosotros juzgamos ser falso y herético.» «Por esto, concluye el Papa, afirmamos, definimos y pronunciamos que es necesario á la salvacion que toda humana criatura esté sujeta al Romano Pontífice (1).»

(1) «Ideo subesse Romano Pontifici omnem humanam creaturam declaramus, dicimus, definimus et pronuntiamus omnino esse de necessitate salutis.» En su libro sobre la *Verdadera y falsa infalibilidad*, Mons. Fesler hace justamente observar que estas últimas palabras de la Bula *Unam Sanctam* contienen una definicion de fe propiamente dicha. Mas nos parece que no es admisible lo que añade dicho Prelado, ó sea, que la subordinacion del poder temporal al espiritual en todo aquello que entra en el dominio de este último no está afirmada de una manera indudable por esta definicion. En primer lugar las palabras mismas, tomadas en su sentido literal, expresan bastante esta subordinacion, siendo como son generales, y no exceptuando nada de lo que pertenece á la humanidad: *Omnem humanam creaturam*. En segundo lugar, el preámbulo de la Constitucion, aunque no define aun la doctrina, empero afirma el sentido y objeto de la definicion. Cabalmente contra aquellos que sustraen una criatura humana, como seria el poder temporal, de la jurisdiccion de la Iglesia, el Pontífice define como necesario á la salud la subordinacion de toda humana criatura á esta jurisdiccion.

Esta definicion lo mismo se refiere al estado democrático que á la monarquía autocrática. Por lo que los católico-liberales están obligados á aceptarla, si quieren permanecer católicos; y si la admiten dejen una vez para siempre de llamarse liberales, porque el liberalismo consiste precisamente en la negacion de esta doctrina.

Luego que, á fines del pasado siglo, el liberalismo, condenado ya en su principio con ocasion del cesarismo monárquico de Felipe el Hermoso, apareció en su forma propia, fué proscrito por Pio VI, como directamente encaminado á la destruccion de la religion católica. «A este objeto, decia el Pontífice, se admite como un derecho del hombre social esta libertad absoluta, la que no solamente asegura el derecho de no ser molestado por sus opiniones religiosas, sí que tambien otorga la libertad de pensar, hablar, escribir y publicar impunemente todo lo que en materia de religion puede sugerir la imaginacion más extravagante; *derecho monstruoso,* que sin embargo le parece á la Asamblea que se deriva de la igualdad y libertad necesarias á todos los hombres. Mas, ¿puede darse nada más insensato que establecer para todos los hombres una igualdad y libertad que no hacen caso alguno de las prerogativas de la razon, por la que el hombre se eleva sobre los animales? ¿Acaso Dios, despues de haber criado al hombre y colocádole en un lugar de delicias, no le amenazó con la muerte si llegaba á comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y con esta prohibicion no vino á poner límites á su libertad? ¿En dónde está, pues, esta libertad de pensamiento y de obra, que la Asamblea concede al hombre social, como

un derecho imprescriptible de su naturaleza? Este derecho quimérico ¿no es contrario á los derechos del supremo Criador?» Y concluye Pio VI confirmando los anatemas fulminados contra errores semejantes, sostenidos ya por los valdenses, viclefitas y luteranos (1).

Ya el año precedente (10 de julio de 1790), en un Breve dirigido al Arzobispo de Burdeos, el citado Pontífice habia formulado con la mayor precision el juicio de la Iglesia sobre los grandes principios del 89. «Los designios de los novadores actuales, se dice en aquel Breve, no tienen otro objeto que el de abolir el Catolicismo, confirmar á los incrédulos en su incredulidad y destruir la fe de los que creen. Hé aquí á dónde se quiere llegar con la proclamacion de una libertad que, bajo un hermoso nombre, no promete más que instabilidad y libertinaje.»

Apenas Pio VII hubo subido al trono pontificio, en su Encíclica *Diu satis videmur* del 13 de mayo de 1800, apresuróse á condenar las funestas libertades proscritas por su predecesor desde su primera aparicion en el mundo; y como iluminado de profética luz, predijo que si esa desenfrenada licencia de pensar, hablar, escribir y leer no fuese por de pronto reprimida, la fuerza material seria impotente despues para sofocar los desórdenes de la revolucion. «No siendo arrancadas las raíces del mal, este se propagará aún por los países lejanos, se robustecerá y rodeará toda la tierra.»

Estas mismas censuras, estas mismas advertencias, fueron de nuevo reproducidas por Leon XII y Pio VIII, sucesores de Pio VII, en las Encíclicas que dirigieron

(1) Breve *Quod aliquantum*, dirigido al Cardenal de la Rochefoucauld, miembro de la Asamblea nacional, el 10 de marzo de 1791.

al mundo cristiano inmediatamente despues de su exaltacion al supremo pontificado (1). Pero de todas las condenaciones que la Iglesia ha fulminado contra las libertades favoritas del catolicismo liberal, la más solemne y expresiva es la que él mismo provocó con su primera y gran manifestacion. Lo hemos dicho más arriba, hasta 1830 este error no se habia manifestado sino oscuramente y sin resultados en las páginas de algunos escritores aislados; mas en aquella época su escuela se formó bajo la direccion de un maestro célebre, y adquirió un órgano que por do quiera difundia con grande aparato sus doctrinas. Cada dia, en las columnas del *Avenir*, escritores de talento desarrollaban con todas las seducciones de su estilo y el ardor de su juventud las teorías de Lamennais sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado. Combatidos en Francia por católicos fieles á las antiguas tradiciones, los nuevos polemistas apelaron á Roma, y Roma les respondió con la Encíclica *Mirari vos,* documento que no citamos por ser harto conocido. Sabido es con qué severidad el Papa estigmatizó «la opinion absurda y errónea, ó más bien el delirio de que hay que reivindicar para todo hombre la libertad de conciencia: error contagioso que allana el camino á aquella libertad absoluta y desenfrenada de opiniones que en detrimento de la Iglesia y del Estado va por do quiera difundiéndose merced á la desvergonzada impudencia de algunos hombres que no temen presentarla como ventajosa hastr cierto punto á la Religion. Pero, ¿qué muerte más

(1) Estos documentos y otros relativos á la cuestion presente se encuentran coleccionados en la *Civiltá cattolica*, série IV, vol. VI.

funesta, exclamaba san Agustin, puede herir el alma que la libertad del error?»

En cuanto á la libertad de la prensa, Gregorio XVI la llamaba *una libertad detestable y digna de execracion,* y deploraba «la insultante osadía de los que se atreven á afirmar que la muchedumbre de los errores viene compensada por esta ó aquella obra dada á luz, en medio del diluvio de iniquidad, en defensa de la Religion y de la verdad.» «Sin duda, añade el Papa, es cosa ilícita y contraria á toda nocion de equidad obrar con premeditado designio un mal cierto y mayor por la esperanza de sacar algun bien. ¿Qué hombre de buen sentido dirá jamás que hay que dejar expender libremente venenos, y transportarlos públicamente, y beberlos aun, porque existe algun antídoto con el que los que lo usan escapan alguna vez de la muerte?»

Cuando, pues, Pio IX, en la Encíclica *Quanta cura* y en el *Syllabus,* condenaba de nuevo el sistema liberal, no hacia más que seguir fielmente las huellas de sus predecesores, y el liberalismo no puede rehusar someterse á esta última condenacion, sin renegar de la tradicion constante de la Iglesia. Para él ha llegado el caso de recordar el principio del Lirinense, que tan mal á propósito empleó en tiempo del Concilio para impedir la definicion de la infalibilidad pontificia: *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus traditum est.* ¿Cómo no ve que este principio cae sobre él con todo su peso? Si la oposicion de una sola escuela por un tiempo limitado podia impedir que se declarase dogma de fe la infalibilidad, ¿cómo despues las condenaciones constantemente repetidas por los Sumos Pontífices, con el asentimiento de todo el Episcopado y de

todas las escuelas católicas, permitirán dudar que el liberalismo sea contrario á la fe?

Por estos actos reiterados los Papas no han pretendido por cierto glorificar los abusos del antiguo régimen (1), ni proscribir los progresos de la sociedad moderna; sino que han querido decir, y han dicho muy claramente, que en el antiguo régimen habia una cosa excelente, el acuerdo de los dos poderes, y que en la sociedad moderna hay una cosa detestable, la apostasía social. Cuando despues de tan explícitas declaraciones el catolicismo liberal osa decir, como en el Congreso de Malinas, por la boca de Montalembert, que «en el antiguo órden de cosas los católicos no tienen nada que llorar, y en el nuevo nada que temer,» no solo opone su juicio al de la Iglesia, sino que emplea la elocueneia y el prestigio de que gozan sus defensores para apartar á la juventud católica de prestar fe en esta materia á las enseñanzas de la Iglesia. ¿No tenemos, pues, razon de decir que un obsequio de tal naturaleza toma todo el aspecto de la revuelta?

Con esto habríamos demostrado nuestra segunda té-

(1) En el mismo Breve en que Pio VI condena los errores dogmáticos contenidos en la *Declaracion de los derechos del hombre*, protesta enérgicamente contra la acusacion de querer restablecer los abusos, ó tambien las formas políticas del régimen antiguo: «Debemos sin embargo advertir... que no es nuestra intencion impugnar las nuevas leyes civiles, á que el rey ha podido dar su aprobacion, y que se relacionan con el solo gobierno temporal de que está encargado... Nosotros, al recordar estas máximas, no tenemos por objeto provocar el restablecimiento del régimen antiguo de la Francia. Suponer todo esto seria renovar una calumnia que se ha esparcido con arte para hacer odiosa la Religion.» Y no obstante las protestas del Papa, esta calumnia se ha continuado difundiendo en nuestros dias. El liberalismo, que es una mentira, no tiene mejores armas que la calumnia para defenderse contra la verdad.

sis aun cuando no pudiésemos citar algun texto que hable en términos expresos del liberalismo católico; mas ¿quién ignora que su persistencia en considerar como no dadas las sentencias ménos explícitas ha obligado á la Santa Sede á abandonar las maneras suaves con que le habia tratado por largo tiempo? Viendo que su condescendencia no servia sino para confirmar á los católico-liberales en su error, Pio IX ha aprovechado todas las ocasiones para disipar su ilusion y quitarles los vanos pretextos con que se lisonjean. Es verdad que los documentos en los que ha dado sus advertencias no son Bulas solemnes, pero tampoco deben parecer simples cartas de recomendacion dadas por el Papa á los escritores católicos que le hacen homenaje de sus escritos. Aunque muchos de estos Breves han sido escritos con ocasion de semejantes homenajes, el Padre Santo, en vez de enviar una simple bendicion, da con ellos una direccion determinada á los escritores católicos, reprueba, llamándolo con su nombre, el catolicismo liberal, caracteriza sus doctrinas, censura sus tendencias, da á conocer sus peligros. Lo señala «como una doctrina equívoca, la cual, aunque sostenida por un grupo de personas amigas, es más de temer que la misma impiedad (1).» En efecto, «aquellos que sostienen estas doctrinas, que se llaman católico-liberales... son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, puesto que secundan sus esfuerzos sin ser vistos; y como se mantienen, por decirlo así, en el límite extremo de las opiniones condenadas, presentan el aspecto de una verdadera probidad y de una doctri-

(1) Breve al Vizconde de Morogues, del Comité católico de Orleans.

na sin tacha, que halaga á los imprudentes amadores de la conciliacion, y engaña á las personas honradas, que sin esto se opondrian firmemente al error manifiesto. Así es que dividen los ánimos, rompen la unidad y debilitan las fuerzas, que seria necesario reunir para dirigirlas todas á la vez contra el enemigo (1).» Igualmente el Padre Santo felicita á los miembros de los Círculos de Bélgica «por su aversion á los principios católico-liberales.» El Papa reconoce que los que están embebidos de estos principios «hacen profesion de amor y respeto á la Iglesia, y parecen consagrar sus talentos y fatigas á la defensa de la misma; pero que no por esto dejan de trabajar por pervertir su doctrina y sentimientos; y cada uno de ellos, segun la diversidad de sus gustos y temperamentos, se inclina, ó á ponerse al servicio del César, ó á hacer causa comun con los defensores de una falsa libertad (2).» Podríamos continuar estas citas, mas ¿qué aprovecharia? El pensamiento del Jefe de la Iglesia harto claramente se conoce por las palabras referidas poco há, y toda persona de buena fe debe concluir con el Obispo de Poitiers, «que despues de haber leido en estos Breves la condenacion explícita y motivada del liberalismo religioso, se requiere una singular pertinacia para querer conciliar este sistema con la ortodoxia católica (3).»

Aún más, uno de los canonistas romanos más distinguidos, el doctor Avanzini, en su Comentario de la Bula *Apostolicæ Sedis,* propone, tratando de los católi-

(1) Breve al Presidente del Círculo de San Ambrosio de Milan.

(2) Breve al Senador Cannart d'Hamale y á la Federacion de los Círculos católicos de Bélgica.

(3) *Obras completas* de Mons. Pie, obispo de Poitiers, t. VIII.

co–liberales, una cuestion que ha de darles mucho que entender. Comentando el artículo tercero de esta Bula, que declara excomulgados á todos aquellos «que obstinadamente se sustraen á la obediencia debida al Sumo Pontífice,» se pregunta, «si en esta censura incurren aquellos católicos llamados liberales, quienes, rechazando las leyes y disposiciones del Romano Pontífice, se portan públicamente como si fuesen exentos de su autoridad, aunque no se adhieran á ninguna otra autoridad religiosa.» — El Avanzini responde: «Sí, yo creo que están comprendidos en la censura, porque son verdaderamente rebeldes á la autoridad del Papa; ya que para incurrir en la excomunion no es necesario adherirse á una autoridad cismática, sino que basta desobedecer obstinadamente á la autoridad legítima (1).» Nada, pues, hemos exagerado al calificar de rebelion la persistencia de los católico–liberales, que siguen un sistema reprobado por los que Dios nos ha dado por jefes.

Fáltanos examinar el sistema bajo otro aspecto, que es lo que vamos á hacer.

V.

El liberalismo hace los servicios de sus adeptos tan funestos como si realmente fuesen una traicion. — Dos cosas hay en la traicion: la intencion que la hace criminal, y los efectos que la hacen sumamente peligrosa. Léjos de nosotros ningun pensamiento de atribuir á los católico–liberales la intencion de faltar á la Igle-

(1) *Comentario* sobre la Bula *Apostolicæ Sedis*, unido á las *Acta Sanctæ Sedis*, 2.ª edicion, p. 10.

sia; creemos franca y buenamente que ellos desean favorecerla, y que muchos le han hecho grandes servicios; pero sostenemos, y lo demostrarémos, que el sistema liberal, por medio del que pretenden servirla, á pesar suyo, lleva precisamente los mismos resultados que una traicion deliberada.

Y á la verdad, si un oficial, rehusando ejecutar el plan de batalla formado por sus superiores, expone sin defensa el ejército á los golpes del enemigo; si siembra la discordia entre los diferentes cuerpos del ejército, desalienta á los mejores soldados y corrompe á los nuevos reclutas; si, finalmente, en el momento decisivo aleja los refuerzos de que depende la victoria, todo el mundo dirá por cierto que este tal ha hecho todo lo que era menester para que su conducta apareciese como una traicion. Pues bien, no hay una sola de estas causas de ruina, de que desgraciadamente la sociedad cristiana no sea deudora al liberalismo católico.

1.° Si en su debilidad divina la Iglesia conserva frente de los poderes de la tierra una fuerza invencible, esto se debe sobre todo á la verdad que incorruptiblemente guarda en depósito, y á la incontrastable sinceridad con que le ha confesado delante de todas las tiranías. Al contrario, el error se ha encontrado siempre débil delante de ella, y á pesar de los ejércitos que lo defendian, se ha visto siempre obligado á desmentirse á sí propio. Mas hé ahí que por razon del liberalismo católico, la Iglesia, en su lucha con el liberalismo anticristiano, se diria que tiene todas las apariencias de la mala fe, mientras sus adversarios fundan las medidas opresivas que toman contra ella en las pretendidas contradicciones de su víctima. Y sino vedlos en Suiza, Ale-

mania, Inglaterra y otras partes justificar sus leyes de proscripcion, porque la Iglesia, dicen, no pide la libertad sino para privar de ella á sus adversarios, luego que, gracias á su generosidad, habrá adquirido la fuerza necesaria para llegar á ser perseguidora.

Pero no son solamente los enemigos de la Iglesia los que hacen valer contra la misma este argumento; los mismos católico-liberales lo revuelven contra nosotros con una violencia de lenguaje nunca vista. Escuchémosles: «A nadie damos el derecho de levantar una duda, una sospecha sobre la equidad, delicadeza y estricta lealtad de nuestras intenciones, como tambien de nuestros procedimientos. No tratamos de querernos introducir en la sociedad moderna, enarbolando su bandera, invocando sus principios, reclamando garantías, mientras somos los más débiles, á fin de poder, en un dia dado, volvernos contra los derechos de nuestros adversarios bajo pretexto de que el error no tiene derechos... Esto es colorar, diré mejor, autorizar, justificar todas las exclusiones, todas las opresiones, todas las iniquidades, de las que ellos no se harán ningun escrúpulo para impedirnos que alcancemos ó gocemos plena y tranquilamente aquellas libertades, de que anticipadamente se les anuncia que quedarán privados cuando serémos los más fuertes. ¡Ah! yo me dirijo á todos los corazones honrados y leales que me escuchan y especialmente á los jóvenes que van dentro de poco á ocupar nuestro puesto en la lucha; yo les pido que conmigo reprueben en la polémica católica lo que en la vida pública ó privada seria una deslealtad inexcusable (1).»

(1) *La Iglesia libre en el Estado libre*, p. 136.

Detengámonos aquí, aunque aquí no se pare el impetuoso orador en el desarrollo de este tema, y pacatamente démonos cuenta de la posicion que el catolicismo liberal toma frente de la Iglesia, como tambien de la posicion que él asigna á la Iglesia frente de sus enemigos. Mas antes observemos que la doctrina combatida con tanta violencia en este pasaje, es cabalmente la que hemos visto promulgada por los Sumos Pontífices con el asentimiento del Episcopado y de todas las escuelas católicas, ó sea, que en una sociedad constituida cristianamente y que goza del inestimable beneficio de la unidad religiosa, no se ha de dar al error el derecho de combatir libremente á la verdad. La enseñanza y conducta de la Iglesia se impugna como «una deslealtad inexcusable;» se abandona «á la reprobacion de todos los corazones honrados y leales, especialmente á los de los jóvenes;» y se presenta por último como aquello que «autoriza y justifica todas las exclusiones, todas las opresiones, todas las iniquidades,» de que ha sido víctima la Iglesia. De lo que se sigue que la Iglesia habiendo siempre é invariablemente defendido esta doctrina, todas las exclusiones, todas las opresiones, todas las tiranías quedan justificadas en el tribunal del liberalismo católico.

Ahora nosotros preguntamos: ¿Este modo de defender la Iglesia puede tener otro resultado que hacerla odiosa? ¿y por lo mismo no equivale acaso á una traicion?

¿Y á quién debe imputarse la tan desfavorable situacion hecha á la Iglesia? ¿de quién es la culpa de que parezca que quiere introducirse en la sociedad moderna, enarbolar su bandera, invocar sus principios, re-

clamar sus garantías, mientras es la más débil, para poder en un dia dado volverse contra los derechos de sus adversarios? ¿ha sido quizá la Iglesia la que ha enarbolado la bandera de la sociedad actual, la que ha invocado sus principios, la que ha reconocido, cuando era débil, los derechos del error? ¿no ha sido únicamente el liberalismo católico quien, arrogándose el derecho de hablar en nombre de la Iglesia, le ha hecho representar un papel contra el que ella no ha cesado nunca de protestar? Búsquense en hora buena para él circunstancias atenuantes, supóngasele aun sincero, si así se quiere, en esta falsificacion de las demandas hechas por la Iglesia; pero sea con la condicion de no hacerla responsable de sus errores, ni, despues de atribuirle una capitulacion que rechaza, de manchar con el nombre de deslealtad una protesta, que para ella es un riguroso deber. ¡Vive Dios! que capaz es la Iglesia de hablar por sí misma, y desde el instante en que se cesará de falsear la expresion de su pensamiento, nadie se verá tentado ya de sospechar de su buena fe. Ella irá llevando á todos los siglos y á todas las *civilizaciones* de la tierra el mensaje que le confió Jesucristo, y diciendo al mundo moderno lo que ha dicho al antiguo, que solamente la verdad puede salvarlos. Entre los pueblos esclavos como entre los pueblos libres, ella reclamará su libertad, no como un derecho comun á todas las opiniones, sino como la herencia inalienable de la verdad, á los gobiernos que proclaman la libertad ilimitada del pensamiento; la pedirá tambien para su doctrina, la que, siendo el pensamiento de Dios, no tiene por cierto menores derechos que el pensamiento del último de los hombres. Pero jamás dirá ella una palabra

que la pueda exponer á las odiosas acusaciones que le imputan los únicos que han proporcionado materia para ella, al pretender hacerse sus representantes é intérpretes.

2.° No le basta al liberalismo católico abandonar la Iglesia á los asaltos de sus enemigos y unírseles para dirigirle los golpes más dolorosos. Él la priva aun de su principal fuerza, sembrando la division en sus filas, destruyendo el prestigio de sus jefes y debilitando el nervio de su disciplina. Hay en esto un triple mal que nunca podrán ocasionarle sus más peligrosos enemigos, á lo menos en las mismas proporciones. En efecto, por violentos que sean los asaltos que le vengan de fuera, por lo mismo que parten del campo enemigo, son para todo el ejército un motivo de ponerle en guardia y estrechar sus filas para rechazarlos. Pero una doctrina que es propagada por algunos de los más ilustres campeones de la verdad católica, una táctica tan decantada por los jefes que el ejército tiene costumbre y se honra de seguir en los combates, y bajo cuya direccion ha reportado brillantes victorias, la elocuencia de unos, el carácter sagrado de otros, los servicios y la gloria de todos, ejercen sobre una parte del campamento una fascinacion irresistible. Especialmente los jóvenes reclutas, encantados con la fama de estos héroes, y arrastrados por un ardor no moderado aun por la experiencia, se enardecerán todos ellos por combatir bajo sus estandartes. Sin embargo, la táctica tan estrepitosamente aplaudida se encuentra en contradiccion con las órdenes positivas del jefe supremo, y con las tradiciones del ejército; así es que las tropas veteranas permanecerán inmobles en sus tiendas y solo marcharán á la indicacion de aquel que Dios mismo ha colocado á su

cabeza. El ejército, pues, quedará dividido en dos partidos hostiles, y desde luego se suscitará en el interior del campamento una lucha que formará las delicias de los enemigos. Realmente estos siempre ganarán, sean quienes fueren los vencidos; y en los dos partidos encontrarán auxiliares tanto más útiles, cuanto más los vean en oposicion unos con otros. Ellos saben muy bien que la verdad, invencible por sí misma, solo puede sucumbir por culpa de sus defensores, y que las divisiones son para la armada de la unidad incomparablemente más funestas que todos los demás asaltos.

Dispénsenos de pintar con más vivos colores la triste realidad harto visible ya bajo el velo de esta alegoría. No está tan léjos la época del Concilio para habernos hecho olvidar las crueles divisiones introducidas por el liberalismo en el campo católico; el descrédito echado sobre las autoridades más venerandas; las insinuaciones más malignas propagadas contra el Vicario de Jesucristo; las novedades más subversivas opuestas á la tradicion de los siglos; la sinceridad de la Iglesia, nuestra Madre y Maestra, entregada á los ultrajes de la incredulidad; la majestad del Concilio arrojada en el fango por escritores católicos; el cisma en perspectiva é igualmente temible, tanto si la Iglesia definia su creencia, como si dejaba de definirla. ¿Y cuál ha sido la verdadera causa de tales peligros? ¿Se deben imputar al galicanismo teológico? No vacilamos en decirlo: de ningun modo. Si se hubiese tratado solo de una doctrina teológica, la tempestad no habria sido, ni tan larga, ni tan violenta, dentro y fuera de la Iglesia. La definicion de la infalibilidad pontificia no habria sido acogida de diferente modo que lo fué la de la

Inmaculada Concepcion de María diez y seis años antes. Mas detrás de la condenacion del galicanismo se veia la del liberalismo; y esta perspectiva levantó contra el Concilio á todos los fautores, creyentes y no creyentes, de este gran error moderno. Y ¡ay! es preciso reconocerlo, en esta circunstancia el liberalismo católico no cedió, ni en acrimonía, ni en violencia, á los más encarnizados enemigos de la Iglesia.

3.° A Dios gracias, esta tempestad se ha apaciguado; pero la calma está muy léjos de haberse restablecido. Los trastornos políticos, que quizá nos han preservado de los horrores del cisma, han arrojado á la Francia, á la Italia, á la Europa entera á un estado tan violento, que casi se asemeja á las convulsiones de la agonía. El principio liberal parece estar á punto de producir las últimas consecuencias. La negacion de la autoridad divina ha reducido á los pueblos católicos, más culpables que los demás en su apostasía, á la impotencia de reconocer ninguna autoridad humana. La anarquía que devora la España (1), amenaza á Francia é Italia, y no hay país civilizado que esté libre de este contagio. Para hablar de la Francia, notemos que han sido tentados todos los remedios humanos, y que todos se han reconocido ineficaces. El sistema parlamentario, antes que podernos salvar, parece de cuatro años á esta parte que no es capaz de otra cosa sino de llevarnos al abismo.

Esto no obstante, la misericordiosa providencia del Señor está pronto á ofrecernos la salud. Siendo el principio revolucionario el que nos arrastra á la perdicion,

(1) Recuérdese que esto lo escribia el autor en los años 74-75.

ɔodemos ser salvados sino por el principio contra- por la autoridad cristiana. Para hacer más segura ɟficacia y más fácil la restauracion de Francia, Dios ıonificaba este principio en un hombre que en sí ıe la lealtad de Enrique IV á la virtud de san Luis. ; Príncipe, educado en el destierro en la severa es- a de la desgracia, en la meditacion de las glorias rores de su dinastía, léjos del ruido de nuestras ɔrdias, nos habria llevado un corazon libre de re- imientos, como tambien de concupiscencias; un :itu tan exento de las demasías de un tiempo, co- le las ilusiones de nuestros dias. Por un singular ilegio, él ha sabido hacerse respetar de todos en iglo y en un país en que nada se respeta. Amigos .emigos, todos hacen justicia á su lealtad y desin- ; todos saben y reconocen que su única ambicion . felicidad de la Francia, y todos se ven obligados ɑfesar que con él solo la Francia podria encontrar uevo sus antiguas alianzas, su prestigio y prospe- l. ¿Qué falta, pues, para que, entre la Francia tan .mente trabajada y un príncipe tan apto para ha- ı feliz, no se concluya por último una alianza que ı para la Europa entera la aurora de la salud? To- los obstáculos que dificultaban su union han sido idencialmente removidos. Habia dos monarquías, ora no hay más que una; y delante de esta, á la debe la Francia catorce siglos de prosperidad, no brirse sino dos caminos: el Imperio, que la ha con- do á Waterloo y á Sedan, y la República, que le lado los degüellos del 93 y las jornadas de junio. consiguiente, á un lado está la vida, á otro lado .oble género de muerte. ¿Es posible vacilar? Y

cuando no es menester sino alargar la mano para poseer la vida, ¿qué genio maléfico nos aleja aún de ella y nos obliga á precipitarnos en brazos de la muerte? ¿Es la demagogia? ¿es la impiedad? ¿es el liberalismo volteriano? No, no; sino que el autor inmediato de nuestra ruina, sobre el que la historia hará caer la principal responsabilidad, es el liberalismo católico.

Pero expliquémonos claramente: cuando decimos que es el liberalismo católico, con plena deliberacion hacemos uso de una expresion que ella sola puede dar á conocer toda la amplitud de nuestro pensamiento y toda la verdad de los hechos. Lo que nos arruina no es tal ó cual hombre, sino las doctrinas, ó más bien la falta total de doctrina. Hé aquí lo que ha hecho imposible el medio de salud, que era el solo y único posible. Al Príncipe destinado por la Providencia para cerrar la Era de las revoluciones en Francia, aquellos que hubieran debido ayudarle en esta obra saludable han pretendido imponerle el programa de 1830, que le habria obligado á echarnos en el círculo fatal, dentro el que en vano se agita la Francia desde un siglo. El liberalismo consentia en reconocer su legitimidad solo con la condicion de que él, al menos tácitamente, prometiese gobernarnos segun sus principios. Para adquirir el derecho de contraponer al nieto de Enrique IV el ejemplo de su abuelo, se imponian al primero condiciones del todo contrarias á las que habia aceptado el segundo. La Liga pedia á este último solamente que reinase como rey cristiano, mientras el liberalismo ha hecho todo lo posible para poner á su heredero en la impotencia de restaurar la monarquía cristiana. Y esto no lo quieren comprender los que con tanta ligereza

censuran al Príncipe por no haber aceptado un poder, cuyo ejercicio le habria sido imposible, atendidos los deberes de su conciencia á la vez que nuestros propios intereses. Detrás de la cuestion, insignificante por sí misma, de la bandera tricolor, la sola que ha deslumbrado á los ánimos irreflexivos y preocupados, se agitaba una cuestion capital, la única que ha provocado por una parte pretensiones sin motivo, y por otra denegaciones sin esperanza. ¿Y cuál es la cuestion? No se trataba de las libertades públicas y de la monarquía absoluta; el Príncipe habia dado espontáneamente, respecto de esto, garantías que nosotros no le exigíamos. Él no ha retrocedido sino cuando ha visto, en los mismos que le invitaban, y muchos de los cuales son cristianos, la firme resolucion de imponerle su liberalismo y rechazar los principios de la monarquía cristiana. Estos tales no tienen por los principios el mismo odio que los liberales anticristianos, sino que les tienen miedo; y por lo tanto, los rechazan tan violentamente, y quizás aún más que aquellos que los odian. Pues bien, este miedo á los principios, inherente al liberalismo, ha alejado de nosotros la salvacion y nos va llevando á la ruina.

Tal vez era indispensable esta última leccion para completar la grande enseñanza que la Francia ha de dar al mundo, y para acabar la refutacion del error liberal. Habia una forma de este error que no habia podido aún justificar sus pretensiones de sustituirse á la soberanía de Jesucristo y salvar sin Él á los pueblos. En tiempo del Concilio habíamos llegado á comprender cuán *perspicaz* era el liberalismo católico para apreciar los intereses de la Iglesia; pero todavía no se habia

manifestado su mérito por dirigir y administrar los intereses del Estado. Si no le hubiésemos visto trabajar en esta obra, habríamos podido conservar alguna ilusion acerca de ello, y nuestra curacion no habria sido completa. Y si para terminar la dolorosa operacion á que nos ha condenado nuestra locura, no era necesario otra prueba que esta, podrémos bien consolarnos con que no habrá de durar largo tiempo. Evidentemente volvemos á tomar el camino que no há mucho nos habia colocado al borde del abismo: los hombres han cambiado, pero en el fondo el sistema es el mismo. ¿No vemos por ventura que la marcha regular del sistema parlamentario nos arrastra á la peor de todas las revoluciones, á la revolucion legal? El acuerdo entre los malos ¿no va estrechándose cada dia más y más, mientras el liberalismo sigue dividiendo á los buenos? Segun nos atestigua nuestra historia de un siglo, este sistema neutraliza las fuerzas conservadoras y favorece todas las de destruccion.

Todo, pues, induce á creer que él va á dar un último golpe, y que acabará negándose á sí mismo. *Convenia que en la general bancarrota del liberalismo, la parte principal de contradiccion y vergüenza fuese para la fraccion de aquella escuela que mayores obligaciones tenia para con la verdad.* Así es que nada le falta ya bajo este punto de vista, para su completa derrota, al liberalismo católico. Sostenido por políticos y escritores de indisputable talento, los ha hecho aparecer como estúpidos, miserablemente engañados, ante enemigos cuya benevolencia pretendian conciliarse. Abrazado por fervientes católicos, los ha arrastrado á hablar y obrar, en diferentes ocasiones, como cismáticos.

Preconizado como el único sistema á propósito para devolver á la Iglesia su libertad y antiguo prestigio en el seno de la sociedad moderna, lo ha hecho todo para perderla, si ella no hubiese sido inmortal é indestructible; y no deberá por cierto atribuirse al mismo, si las naciones cristianas que pretendia regenerar por medio de la libertad, no sean mañana aprisionadas con las cadenas del despotismo, ó destrozadas por los furores de la anarquía.

Séanos permitido á lo menos esperar que, aún esta vez, Dios no nos tratará con el rigor de su justicia. Si Él permite que nuestra voluntaria locura lleve consigo su expiacion, del dolor mismo de este castigo su bondad sabrá sacar el remedio. Y despues de habernos presentado al mundo como la refutacion viviente del liberalismo, del cual hemos sido los más ardientes propagandistas, Él se complacerá en hacer ver, al curarnos de nuestra mortal enfermedad, que, hoy como siempre, Él solo es el Salvador omnipotente lo mismo de las naciones que de las almas.

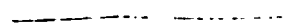
TABLA DE MATERIAS.



FE DE ERRATAS.



Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
147	26	crimenes religiosos.	crimenes contra la Religion.
160	13-14	una cierta manera de alianza con la sociedad espiritual.	una cierta manera de alianza (que no podria ser más que accidental) con la sociedad espiritual.
191	27	herencia inalienable.	herencia exclusiva.
	30 33	no tiene por cierto menores derechos que el pensamiento del último de los hombres.	tiene por cierto mayores y supremos derechos sobre todos los pensamientos de los hombres.



Este libro se halla de venta á 2 reales en Barcelona y 2 1/2
en Provincias, remitido franco de portes por correo.

EL VOTO DE CONSAGRACION Á LA SANTA SEDE

Opúsculo escrito por el P. S. M. Giraud, superior de los Misioneros de Nuestra Señora de la Saleta.—Está destinado á dar á conocer y propagar la Asociacion que con el mismo título fundó el autor, que ha sido bendecida y alentada por el Padre Santo.—Véndese á 1 real cada ejemplar. Por cada diez se dan dos gratis.

LA PERSECUCION PRESENTE Y EL FUTURO TRIUNFO

DE LA IGLESIA.

Estudio altamente profundo y consolador que sobre este asunto publicó la *Civiltà cattolica*.—Véndese á 6 cuartos el ejemplar y ... el ciento. Por cada diez se dan dos gratis.

LOS CATÓLICO-LIBERALES

pintados por la *Civiltà cattolica*.—Véndese al mismo precio que el anterior. Por cada diez se dan dos gratis.

MI MADRE:

RECUERDOS DE SU VIDA Y DE SU SANTA MUERTE.

El popular escritor y piadoso obispo Mons. de Segur nos ha escrito en esta obrita una sencilla é interesante narracion de la vida y edificante muerte de su madre.—Véndese á 1 real el ejemplar. Por cada diez se dan dos gratis.

